

SIETE VECES SÉPTIMA

El imaginario político de un escenario narrado

MARIANA TORO NÁDER

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora Social

Campo profesional Periodismo

Director Daniel Guillermo Valencia Nieto

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Comunicación Social

Bogotá, 2015

Reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana

Artículo 23

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus Trabajos de Grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo a buscar la verdad y la justicia”.

AGRADECIMIENTOS

La gratitud es la memoria del corazón.

Jean-Baptiste Massieu.

Dedicado a ellos, doy gracias infinitas a mis papás, Zuleima y Andrés, por siempre creer en mí, por guiarme con amor y paciencia para que explotara mis talentos y por ayudarme diariamente a tomar las decisiones que me llevaron a ser quien soy.

Gracias a mi familia y a mis amigos por la compañía y el ánimo constante, por las palabras de aliento y por ser mi polo a tierra.

Gracias a mi asesor de tesis, Daniel Valencia, por haberme ayudado a encaminar este lindo proyecto y haberme apoyado para que saliera cada vez mejor.

Gracias a todos aquellos que me ayudaron a superar los obstáculos típicos de una investigación.

Gracias sobre todo a Luis Fernando Marín por haber creído en mi tema desde el primer instante, a Andrés Dávila por el acompañamiento politológico, a Nelson Castellanos y Jorge Cardona por la ayuda periodística, a Alexander González y Martha Gutiérrez por las recomendaciones metodológicas y a Germán Mejía Pavonni y María Isabel Zapata por la ayuda histórica.

Gracias a Antonio Ramírez, Carlos Alemán Zabaleta, Gustavo Salazar, Abel López, Luis Fernando Marín y Miguel Andrés Fierro, por haberme ofrecido su voz y su tiempo en entrevista, y por brindarme sus percepciones y memorias para que queden plasmadas en el tiempo.

Gracias a las Facultades de Comunicación y Lenguaje y de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, a mis profesores y compañeros, por facilitar la culminación de mis dos carreras y ayudarme a lograr el cumplimiento de mis metas.

Gracias a Dios y a los Ángeles por la voluntad y la disciplina que me llevaron a elaborar este trabajo y llegar al fin de esta maravillosa etapa de mi vida.

Gracias, gracias, gracias.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1: MARCO TEÓRICO	7
1. El espacio público	7
a. Concepciones clásicas de espacio público	7
b. El declive de lo público	8
c. La ciudad y la movilidad: urbanismo para concentrar	10
d. La movilización por el espacio público.....	11
e. Las redes de comunicación y la mente pública	12
2. Narrativas, medios y opinión pública	13
a. Teorías de opinión pública	13
b. El marco de los medios de comunicación	15
c. Las narrativas mediáticas	16
d. Construcción de significado e identidad	17
3. Los imaginarios colectivos.....	19
a. Definiendo los imaginarios	19
b. Comunicación mediática y producción de significado	21
c. La ciudad como constructo imaginario	22
d. Sentido e identidad.....	23
CAPÍTULO 2: LA CARRERA SÉPTIMA DE BOGOTÁ: ESCENARIO URBANO DE LA HISTORIA POLÍTICA COLOMBIANA	26
1. Los escenarios urbanos	26
2. Los hitos políticos	27
3. Breve historia de la Carrera Séptima de Bogotá.....	28
4. La Plaza de Bolívar como lugar de encuentro	30
CAPÍTULO 3: PROCESIÓN VS. CONCENTRACIÓN. EL ESPACIO PÚBLICO-POLÍTICO ALREDEDOR DEL GLOBO	32
1. El espacio <i>público-político</i>	32
2. Los escenarios simbólicos en las ciudades del mundo.....	34
3. La ciudad en procesión: casos de la Quinta Avenida y la Nevsky Prospekt.....	34
4. La ciudad concentrada: casos de la Plaza de la Independencia y la Plaza de Armas	36
5. ¿Posibilidad de hibridación?: casos de la Plaza de Mayo y la Avenida Paulista	38
CAPÍTULO 4: LENGUAJE, NARRATIVAS Y OPINIÓN PÚBLICA. ANÁLISIS DE DISCURSO EN LA PRENSA COLOMBIANA 1948-2008	41
1. El lenguaje y la opinión pública política.....	41
2. Metodología de análisis de discurso	43
3. Análisis de resultados	44
a. Plaza de Bolívar.....	45
b. Magnitud y simbología.....	46
c. Otras vías	47
4. Conclusiones del análisis de discurso	50
CAPÍTULO 5: EL IMAGINARIO POLÍTICO DE LA MOVILIZACIÓN. UN ANÁLISIS DESDE LAS PERCEPCIONES CIUDADANAS	53
1. El imaginario político	53
2. Metodología de la entrevista semi-estructurada	55
3. Análisis de resultados y conclusiones de las entrevistas.....	57
CONCLUSIONES	62
BIBLIOGRAFÍA	66
ANEXOS	71
Anexo 1: Entrevistas.....	71
Anexo 2: Base de datos: sistematización análisis de discurso	(digital)
Anexo 3: Fotografías análisis de prensa.....	(digital)

INTRODUCCIÓN

–Un laberinto de símbolos -corrigió-.

Un invisible laberinto de tiempo.

Jorge Luis Borges.

Acababa de cumplir 18 años. Era la primera vez que me iba a vivir lejos de casa, lejos de las colinas de clima cálido y el olor a café de mi ciudad natal. Tenía miedo. Como un personaje de Borges, me sentía entrando expectante a una especie de jardín de los senderos que se bifurcan. Todavía recuerdo mi rostro reflejado en la ventanilla, viendo pasar los edificios de la Carrera Séptima: altos, bajos, grises, de ladrillo, locales, casas abandonadas, universidades, grafitis... Sentí el vacío de la ciudad nueva, los colores, los olores. Y en especial sentí el retumbar de la calle, aspecto poco común en una ciudad intermedia como Pereira. Escuchaba los pitos, sentía el hedor a polución, a llantas quemadas; veía las caras de los conductores aturdidos, el paso rápido de los peatones en los andenes grises. Pero estas percepciones típicas de Bogotá no eran hechos aislados, constituían algo más grande, que los recogía, hacían parte de un todo. La Carrera Séptima se convirtió en mi zona de referencia, en la entrada al laberinto. Por eso decidí obsesionarme con ella, con la vía arteria que tanto me ayudó a ubicarme en la capital desconocida. Y, también, por eso, me llamó tanto la atención que su papel como escenario de la historia política del país estuviera tan relegado. Los medios de comunicación han concentrado el cubrimiento de las movilizaciones en la Plaza de Bolívar como lugar de arribo y han presentado los acontecimientos como sucesos aislados. Los hitos que han definido a Colombia entera no han sido enmarcados en una realidad política y urbana. Pero la historia no solo se queda en el pasado, sino que se convierte en un fantasma que nos ayuda o nos persigue, según lo mucho que sepamos de ella. La historia marca nuestra realidad, lo cual la hace una aliada de nuestro lenguaje, de nuestro diario vivir.

Desde que comencé mi carrera en Comunicación Social y, posteriormente, cuando decidí estudiar Ciencia Política, la pregunta que rondaba mi cabeza se situaba en por qué somos lo que somos, qué nos hace ser colombianos, bogotanos, pereiranos, costeños, llaneros. Siempre me pregunté por qué nos quedábamos en lo superficial, por qué no utilizamos nuestra historia para construir una nueva realidad. Creyendo firmemente que no solo la realidad crea el lenguaje, sino que la dinámica también se establece al revés, quise comprender la comunicación humana desde los mediadores de lo que sucede en nuestra cotidianidad. Por ese motivo estudié periodismo. Quería saber cómo se narraba nuestra vida y, más que eso, por qué de esa manera. Luego

comprendí que la comunicación siempre ha ido de la mano con la política. Una y otra siempre han estado entrelazadas y la memoria del país debe erigirse desde esa unión, con el periodismo como campo profesional que la permita y la analice sin un camino atropellado.

Sin embargo, comencé a darme cuenta de que el periodismo se empeñaba en contar lo noticioso, dejando de lado su rol de contador de historias, de narrador de la realidad del país. La falta de análisis, la superficialidad histórica, han sido una de las razones por las cuales en Colombia se repiten una y otra vez los mismos fenómenos y el motivo de por qué no sabemos usar nuestros espacios. Juan Carlos Pérgolis Valsecchi (2002) dijo una vez que recuperar la historia es la única alternativa para recuperar la realidad. Con la idea de rescatar un pedazo de nuestra memoria y de reivindicar el papel unido de la Comunicación y la Ciencia Política, decidí ofrecerle mis horas a pensar en esa calle que tanto me marcó hace cinco años. La Carrera Séptima se levantó como mi objeto de estudio para analizar cómo narran los medios de comunicación los hitos que sobre ella acontecieron y los imaginarios políticos que alrededor de ella se tejieron. Había que dejar de pensar en la Séptima como una vía más de la movilidad de Bogotá; tenía que pensársela como un espacio público trascendente... como un espacio *público-político*. Y para estos efectos, se necesitaba tener claridad sobre los hitos que tuvieron lugar en ella. Con un barrido inicial, empecé a investigar qué había sucedido sobre la Carrera Séptima que tuviera la viva marca de la política y de la comunicación.

Encontré que, además de algunos acontecimientos violentos, la Séptima era utilizada constantemente para la movilización, sobre todo de índole política. Se pudieron elegir otros hitos, pero la idea era recuperar la historia de la vía en los últimos sesenta años, tan salpicados de sangre por el conflicto colombiano, y tan olvidados en lo que de memoria urbana se trata. Ya fueran contra el poder, por el poder o al margen del poder, así fueran de resistencia, apoyo o crítica, estas movilizaciones pasaron por la Séptima para llegar a la Plaza de Bolívar, sin discriminación de ideología, época o razón. Uno por década, se seleccionaron siete hitos: la Marcha del Silencio de febrero de 1948, la movilización estudiantil contra el gobierno militar de junio de 1954, la movilización contra la renuncia del presidente Carlos Lleras en junio de 1968, el Paro Cívico de septiembre de 1977, la marcha contra el asesinato del líder de la Unión Patriótica Jaime Pardo Leal en octubre de 1987, la movilización contra el asesinato del candidato presidencial y excombatiente del M-19 Carlos Pizarro en abril de 1990, y la Marcha Un millón de voces contra las Farc de febrero de 2008. Sin dudar que muchos otros hitos pudieron ser abordados y que tal vez el periodo temporal podía ser cortado o extendido, la decisión metodológica y académica fue estudiar cómo la prensa narró esas movilizaciones, pero, principalmente, cómo narró a la Séptima. Precisamente por este motivo se dejó una única

pregunta de investigación: ¿De qué manera las narrativas mediáticas contribuyen a la construcción de un imaginario político sobre la Carrera Séptima como espacio *público-político*?

Se decidió plantear unos objetivos que estuvieran dirigidos a las narrativas mediáticas sobre la Carrera Séptima, pero sin dejar de lado los relatos de primera mano de ciudadanos que hayan vivenciado los hitos de movilización. La descripción de las narraciones de la prensa y aquellas de los entrevistados, permitirían pensar cómo se ha ido construyendo un imaginario político sobre la vía arterial de Bogotá. Ajustando los objetivos, se resolvió que era necesario hacer un breve recuento de la historia de la Carrera Séptima y demostrar su relación estrecha con la Plaza de Bolívar. Además, era interesante revisar otros espacios que, en otras capitales del mundo, se erigieron como símbolos, como emblemas urbanos de la movilización política. La idea no era simplemente basarse en los medios de comunicación, sino en todos los aspectos que contribuyen en la construcción de un imaginario colectivo, revisando, particularmente, el papel de los medios, aunque sin acotar la investigación a esa cuestión.

Se eligió un enfoque teórico que revisara los tres conceptos principales de la investigación: el espacio público, las narrativas mediáticas y los imaginarios colectivos. En casos como este, cuando se trata de nociones polisémicas, es adecuado usar un lente constructivista y del interaccionismo simbólico, pues permiten tener una visión hermenéutica. La metodología elegida fue cualitativa, basada en un análisis documental, de discurso y entrevistas semi-estructuradas. Desde la interpretación de los hitos, se entiende que puede haber un alto grado de subjetividad, pero considero que es la forma más apropiada para estudiar fenómenos sociales.

El proceso de recolección de la información no fue lineal. Las entrevistas comenzaron en el primer semestre de 2014, con la voz de un liberal de 96 años que participó en la Marcha del Silencio. Luego, con el pasar de los meses, se comenzaron a encontrar los demás entrevistados, tarea siempre complicada, ya que debían ser personas que hubieran marchado en las movilizaciones o que las hubieran visto personalmente para, de esta forma, poder descubrir realmente las percepciones ciudadanas. El hito que en especial generó dificultades fue aquel de 1968, ya que no era posible contactar a nadie que hubiera estado allí. Luego de unos quince intentos de descubrir a un ciudadano que lo hubiera presenciado, se decidió entrevistar a un historiador que no participó de la marcha, pero que supo el porqué de la renuncia de Carlos Lleras y lo que desató el acontecimiento.

En cuanto al análisis de discurso, la fuente de recolección de datos fue la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde luego de varias visitas, logré pasar a la sala de los investigadores y saltar de los

microfilmes –a veces en mal estado o con registros de días perdidos– a revisar los periódicos en físico. Así resultó más fácil encontrar los artículos pertinentes, aunque a veces no hablaran directamente de la movilización. En total se estudiaron 50 días en cuatro líneas editoriales: *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Siglo* (o *El Nuevo Siglo* en las fechas más recientes y *El Diario de Colombia* cuando se cerró *El Siglo* en el gobierno militar) y el *Semanario Voz* (o la *Revista Sábado* en 1948 y 1954 para intentar revisar un medio con tendencias izquierdistas). Finalmente, con las fotografías de las 105 noticias más relevantes, se produjo una matriz con categorías básicas de rastreo, completando así una base de datos para el análisis de discurso que tuviera en cuenta las particularidades de cada hito y relato, pero que intentara descubrir rasgos comunes y narrativas semejantes.

Este Trabajo de Grado es el resultado de una investigación dirigida a la excelencia, para buscar contribuir a la producción de conocimiento tanto en la Comunicación Social como en la Ciencia Política, en el marco de pensar la historia y la realidad, a través del estudio de los discursos, los imaginarios y la apropiación de los espacios. Es una tentativa por generar una nueva discusión sobre lo que nos hace ser lo que somos, y sobre el papel que cumplen los medios de comunicación en el acontecer público, en los usos políticos de nuestros escenarios emblemáticos. Se trata de unir la Comunicación, el Periodismo y la Ciencia Política sin que uno dependa o esté por debajo del otro, sino en la mutua complementariedad. Narrar es un acto político. Imaginar es un acto político. Usar la Carrera Séptima por encima de otras calles también es un acto político. Y es en el estudio de nuestros acuerdos tácitos, previos, sin análisis, que encontraremos una nueva vía para la construcción de memoria y de identidad.

Este trabajo contiene cinco capítulos que buscarán responder a la pregunta de investigación y a los objetivos planteados. En el primer capítulo, se presentará un marco teórico dividido en tres partes: en primer lugar, el espacio público; en segundo lugar, la opinión pública y las narrativas mediáticas; y, por último, los imaginarios colectivos. El segundo capítulo explicará qué se entiende por hitos políticos y por escenarios urbanos, se dará una breve historia de la Carrera Séptima y se esbozará su relación con la Plaza de Bolívar. En el tercer capítulo, se define el espacio *público-político* y se observan algunos escenarios procesionales, de concentración o de, lo que será llamado, hibridación en el mundo. En el cuarto capítulo se presenta el análisis de discurso de la prensa colombiana y, por último, el quinto capítulo exhibe el estudio de las percepciones individuales y lo que se comprende como imaginario político. Finalmente, se darán las conclusiones generales del Trabajo de Grado. Esto es *Siete veces Séptima: el imaginario político de un escenario narrado*.

CAPÍTULO 1 MARCO TEÓRICO

1. El espacio público

¿Cómo puede una sociedad multicultural necesitar el desplazamiento más que la seguridad y la comodidad?

Richard Sennet.

a. Concepciones clásicas de espacio público

En *La condición humana*, Hannah Arendt sostiene que ser público es estar en presencia de los demás, es tener la posesión de verlos y oírlos y de ser visto y oído por ellos. “‘Público’ tiene una doble significación: es aquello que aparece y como tal puede ser visto y oído por otros. [...] Esta aparición se efectúa a través de la acción y el discurso (*speech*)” (Rabotnikof, 2005: 115). Con base en el pensamiento aristotélico, en la Grecia antigua, el hombre es un *zoon politikon* (animal político) que se desenvuelve en sociedad: “*Ser político, vivir en una polis, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión*” (Arendt, 1993: 40). Para persuadir se debe ser subjetivo, se deben hacer juicios personales para implementar el lenguaje en lo que se busca decir. “*Para que un asunto pueda ser observado desde distintas perspectivas, debe salir a la luz. Arendt cree encontrar en el juicio reflexivo [...] un procedimiento para afirmar la validez intersubjetiva en el ámbito político*” (Rabotnikof, 2005: 159). Citando la *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas (1987), Rabotnikof explicita que “*a través de la acción y del juicio, [...] se genera un “mundo en común”, que es la condición de la pluralidad de interpretaciones. El mundo solo cobra objetividad por el hecho de que una comunidad de sujetos dotados de lenguaje y capaces de acción lo reconoce*” (Rabotnikof, 2005: 160).

Podemos decir entonces que los individuos utilizan el lenguaje y su capacidad de producir juicios para interpretar los sentidos de lo público y sus relaciones con la esfera de lo común. Para los griegos, lo privado significaba privación en el sentido estricto de la palabra, es decir, se estaba desprovisto de algunas capacidades humanas. Por este motivo, un hombre que no pudiera hacer parte de la esfera pública, no era plenamente humano; lo público le daba humanidad. La esfera pública es la unión entre publicidad y el propio mundo, lo cual hace pensar en el sentido de identidad y de permanencia de la cultura. Se pasa del *oikos* (el ámbito privado, la familia) a la *polis* (la ciudad), lo cual, a través de un sentido de pertenencia fundamentalmente lingüístico, crea lo público. Entonces, en el capítulo “El espacio público como comunidad política”, Rabotnikof sintetiza el pensamiento arendtiano:

Espacio de apariencias y mundo en común conforman los sentidos básicos de la esfera de lo público y sus rasgos son: aparición, pluralidad, espacio de la acción y del discurso, fragilidad contrarrestada por la memoria y la perdurabilidad de los artefactos e instituciones, espacio de interacción, de búsqueda de lazos comunes y de diferenciación a la vez. (Rabotnikof, 2005: 118).

Sin embargo, es también necesario pensar el espacio público desde el poder. Este se da en el contexto de pertenecer a una vida colectiva y, para Arendt, se caracteriza por el “estar-juntos” (Rabotnikof, 2005: 266); es decir, el poder aparece en la experiencia comunal, en el sentir la *polis*, donde hay discurso y acción. Por su lado, Habermas transforma el poder en poder comunicativo, que además de crear comunidad, es autorreferente, y surge en la praxis pública, llevando a la formación de voluntad y de opinión pública. El poder habermasiano se define en el ejercicio de la argumentación, en la acción que busca un acuerdo: “*Los espacios públicos se conciben como arena de encuentro entre el poder comunicativamente generado y el poder social y administrativo*” (Rabotnikof, 2005: 269). Para Niklas Luhmann (1995), el poder es un medio de comunicación y, como tal, “*es un código de símbolos generalizados que posibilita la transmisión de decisiones, es decir, que transmite la posibilidad de reducir la complejidad para el otro*” (Rabotnikof, 2005: 271, 272). Los individuos están entrelazados de manera que comienzan a tejer una red de acción, de interpretación y de pensamiento de la realidad.

b. El declive de lo público

Para Richard Sennet (1974), en *El declive del hombre público*, la configuración del espacio social es el resultado de una dinámica de ideologización, que representa quiénes somos y cuáles han sido los procesos de transformación de la sociedad que llevarán a nuevas relaciones en el futuro. La construcción del espacio público a través del tiempo lleva a comprender que este se ha ido deteriorando en cuanto a su validez para las relaciones humanas. Se dejan de lado los espacios que antiguamente proyectaban el estar del hombre público, como lo dice Habermas (2005) en *Historia y crítica de la opinión pública*, los cafés, las plazas, etc. Juan Carlos Velasco (2003), en su libro *Para leer a Habermas*, afirma que la esfera pública, desde el pensamiento habermasiano, está:

Configurada por aquellos espacios de espontaneidad social libres tanto de las interferencias estatales como de las regulaciones del mercado y de los poderosos medios de comunicación. En estos espacios de discusión y deliberación se hace uso público de la razón; de ahí surge la opinión pública en su fase informal, así como las organizaciones cívicas y, en general, todo aquello que desde fuera cuestiona, evalúa críticamente e influye en la política (Velasco, 2003).

Es en esta esfera pública donde se producen los procesos de formación de la voluntad y de la opinión pública, pues *“son el lugar donde se repliega la racionalidad argumentativa. Esta no ha logrado disolver el poder, aunque sí ha aprendido a conocerlo un poco mejor”* (Rabotnikof, 2005: 217). La argumentación en lo público genera procesos de poder que influyen en el desarrollo político de la sociedad. Sin embargo, Sennet (1974) afirma que la decadencia de lo público hace que los individuos se confinen a lo privado, encontrando ahí la estabilidad y seguridad que no pueden encontrar en lo público, ya que no se materializa como un espacio para la interacción de las relaciones humanas. Se invierte así la postura griega donde lo privado se trataba de ‘privación’ y lo público era el lugar para vivir la humanidad, para ser lo público el lugar de la inseguridad y la desazón y lo privado el lugar de encuentro. Zygmunt Bauman dice que

se considera el espantoso estado actual de la esfera privada-pública, una esfera de la que ‘lo público se ha retirado’, buscando amparo en lugares políticamente inaccesibles, y a la que ‘lo privado’ está a punto de remodelar a su propia imagen y semejanza. Para que el agora sea adecuada para la sociedad autónoma de individuos autónomos es necesario detener, simultáneamente su privatización y su despolitización (Bauman, 2002: 117).

Esta despolitización de lo público ha hecho que la política se private, contribuyendo al “débil sentido de lo público”, que *“no hace referencia a la argumentación pública, a la participación en las decisiones, a la apatía política, ni a un débil sentido de pertenencia comunitaria; atañe, más específicamente, a regiones o zonas sociales [...] donde “se esfuma la distinción entre lo público y lo privado”*” (Rabotnikof, citando a Portantiero (1989), 2005: 304). Así, el ciudadano no sería un personaje constituido en busca de un espacio público que le permita expresarse, sino que la identidad ciudadana se forjaría en los mundos privados. Para solucionar este problema, los individuos deben poder restituir la política al ámbito de lo público, para que se supere su debilidad actual. Deben instituir juntos actos capaces de promover y proteger su libertad, pero la racionalidad individualista es un obstáculo para la capacidad de agencia.

No es fácil restituir lo público pues existe un *“desconcierto ante un problema contemporáneo: la privación sensorial que parece caer como una maldición sobre la mayoría de los edificios modernos; el embotamiento, la monotonía y la esterilidad táctil que aflige el entorno urbano”* (Sennett, 1994, 18). Se piensa entonces una ciudad moderna y caótica, como la presenta Marshall Berman (2012) en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. El embotamiento lleva al

individualismo, a que cada cual busque llegar a su destino final, sin vivir la ciudad, sin comprender que se está pasando por un espacio público donde se construye significado.

Los cuerpos individuales que se desplazaban por el espacio urbano poco a poco se independizaron del espacio en que se movían y de los individuos que albergaba ese espacio. Cuando el espacio se fue devaluando en virtud del movimiento, los individuos gradualmente perdieron la sensación de compartir el mismo destino que los demás. (Sennett, 1994: 344).

La pérdida del sentido de compartir se une a que todos los individuos, además de poder generar múltiples juicios e interpretaciones altamente subjetivas, tienen la capacidad de racionalizar la comunicación, lo cual hace que sea aún más difícil homogeneizar las opiniones de toda una sociedad. Sin embargo, a pesar de las intersubjetividades personales, en la racionalidad comunicativa los individuos “*superan la subjetividad inicial de sus respectivos puntos de vista y, merced a una comunidad de convicciones racionalmente motivada, se aseguran a la vez de la unidad del mundo objetivo y de la intersubjetividad del contexto en que desarrollan sus vidas*” (Habermas, 1987: 27). Entonces, sí es posible superar la libre interpretación individualista para lograr un consenso social frente a temas específicos de comprensión de la realidad y llegar a la construcción de imaginarios colectivos. El problema estaría ahora en que tal vez los individuos no se están encontrando en la racionalidad comunicativa de lo público pues podrían estar buscando únicamente el desplazamiento.

c. La ciudad y la movilidad: urbanismo para concentrar

El desvanecimiento del sentir lo colectivo no permite que el espacio público se entienda como tal, sino como un simple lugar de paso, que solo existe en pos de la movilidad. Esto puede comprenderse desde el urbanismo, ya que

El diseño urbano del siglo XIX facilitó el movimiento de un gran número de individuos en la ciudad y dificultó el movimiento de grupos, los amenazadores grupos que aparecieron en la Revolución Francesa. Los planificadores urbanos del siglo XIX se basaron en sus predecesores ilustrados, que concibieron la ciudad como arterias y venas de movimiento, pero dieron un nuevo uso a esas imágenes. El urbanista de la Ilustración había imaginado individuos estimulados por el movimiento de la muchedumbre de la ciudad. El urbanista del siglo XIX imaginó individuos protegidos del movimiento de la muchedumbre (Sennett, 1994: 346).

El espacio público de movilización se elimina, lo cual convierte a la ciudad en un espacio contingente para el movimiento de masas. Baudelaire pensaba una ciudad moderna, llena de

“*soubresauts y mouvements brusques*” (Berman, 2012). A veces dejamos de lado el hecho de que “*las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memoria, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque [...] de palabras, de deseos, de recuerdos*” (Calvino, 1972). Estudiar la ciudad significa pensarla desde diferentes perspectivas, desde la movilidad, desde la urbanización, desde la biopolítica... En *Para comprender qué es la ciudad* de Víctor Urrutia (1999), se dice que lo urbano es “*una forma particular de ocupación del espacio por una población*” (Urrutia, 1999: 148). Se habla de una cultura urbana que se inscribe en una ‘sociedad urbana’, “*definida ante todo como [...] un cierto sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de transformación*” (Urrutia, 1999: 152).

De esta forma, “*asistimos en la actualidad a sociedades cada vez más urbanizadas, sociedades donde las ciudades adquieren mayor protagonismo como instituciones socializadoras totales; es decir, como construcciones sociales, económicas, políticas y culturales que se estructuran estructurando (sic) el mundo contemporáneo*” (Rubio Gallardo, 2011: 222). Y sí. Las ciudades son, desde el constructivismo, instituciones constructoras de socialización, para la relación entre individuos. Sin embargo, “*nuestras ciudades modernas padecen y se transforman en una conflictiva vida urbana*” (Rubio Gallardo, 2011: 226). Para huir de esa vida urbana de conflicto y brusquedad, “*en la ciudad, la calle adquiere entonces una función particular, la de permitir el movimiento. [...] El espacio se vuelve insignificante e incluso irritante a menos que pueda subordinarse al movimiento libre* (Sennett, 1978: 24). En Bogotá, se privilegia la movilidad por encima de la cultura urbana, prepondera sobre la participación, sobre la acción colectiva.

d. La movilización por el espacio público

Pero afirmar que los ciudadanos solo buscan moverse como autómatas sería invalidar la posibilidad de que se unan para expresar sus intereses o exigencias. La acción colectiva, pensada desde Tarrow (1997), es la interacción de un grupo de individuos que encuentran una oportunidad política que llevaría a aumentar su beneficio personal, sobrepasando la lógica racional individualista y llevando a la solidaridad en la protesta y la movilización (Tarrow, 1997, 49). En efecto, una movilización o protesta no necesariamente es un movimiento social, y no necesariamente se necesitan incentivos para mantener agrupada a esa población que decidió expresar sus intereses compartidos. Si se piensa desde Castells (2009), los movimientos sociales sirven para explicar el uso del espacio público. Estos representarían la movilización de intereses de un grupo como reacción para hacer efectivas sus demandas sociales, políticas o económicas, buscando una reivindicación democrática (Negri, 2010: 17). Se dice que

los movimientos sociales y políticos, insurgentes o no, florecen y viven en el espacio público. El espacio público es el espacio de la interacción social y significativa donde las ideas y los valores se forman, se transmiten, se respaldan y combaten; espacio que en última instancia se convierte en el campo de entrenamiento para la acción y la reacción (Castells, 2009: 395).

El espacio público es entonces el lugar donde toma lugar la movilización, sea esta un proceso de movimiento social o solo la expresión de una protesta organizada sin que se trate de un grupo específico. *“El espacio puede definirse como el soporte material de las prácticas sociales simultáneas”* (Castells, 2009: 62). Es en el transcurrir por el espacio que la expresión de lo social toma forma. Y no solo la expresión, sino también la resignificación de los lugares y hasta su recuperación. La reunión de los intereses múltiples e individuales en un interés compartido hace que la movilización y la protesta den un uso al espacio público más allá de la simple circulación. Pero, precisamente, esa expresión se hace posible cuando se comparten imágenes y significados que permiten pensar la posibilidad de movilizarse, en este caso, políticamente.

e. Las redes de comunicación y la mente pública

El compartir intereses y significados en un grupo de individuos se da en lo que Manuel Castells (2009) llama la mente pública. Esta *“se construye mediante la interconexión de mentes individuales”* (Castells, 2009: 553) que llevarían a la producción de redes de comunicación. Como estas *“son multimodales, diversificadas y omnipresentes, las redes de comunicación pueden incluir y abarcar la diversidad cultural y la multiplicidad de mensajes en mayor medida que ningún otro espacio público en la historia”* (Castells, 2009: 396). Y como espacio público, captan la mente pública, *“limitando el impacto de las expresiones independientes ajenas a dichas redes* (Castells, 2009: 396).

De esta forma, se une el espacio público con los medios de comunicación, ya que estos son las mayores redes para difundir mensajes e imágenes. Los procesos de construcción simbólica en una sociedad *“dependen en gran medida de los mensajes y marcos mentales creados, formateados y difundidos en las redes de comunicación”* (Castells, 2009: 536). La mente pública se construye a través de la asociación de mentes individuales que utilizan las redes comunicativas para interpretar la realidad, aunque queda claro que a pesar de que *“el espacio público sigue siendo un ámbito muy disputado [...] las mentes individuales no podrían reconstruir una nueva mente pública”* (Castells, 2009: 396). Son las redes de comunicación,

sobre todo los medios masivos, quienes producen las narrativas que enmarcan las mentes individuales en una sola mente pública.

Según García Canclini, los medios masivos de comunicación han operado un cambio en la ciudad como espacio físico, pues a estos se ha trasladado la vivencia del espacio público. Los circuitos mediáticos ahora tienen más peso que los tradicionales lugares de encuentro, donde se formaban las identidades y se construían los imaginarios sociales (Aguirre, Carrión y Kingman, 2005: 61).

Se puede afirmar entonces que, como los medios de comunicación difunden los mensajes y las imágenes que más contribuyen a la construcción de simbolismos sociales, son estos los principales formadores de imaginarios colectivos en la opinión pública, sobre los temas de lo público y sobre sus espacios compartidos.

2. Narrativas, medios y opinión pública

Somos los hijos de los relatos.

Omar Rincón.

a. Teorías de opinión pública

La *Vox populi* romana, la fama maquiavélica, la voluntad general de Rousseau, todas son aproximaciones a lo que hoy llamamos opinión pública. A veces, un concepto tan utilizado como complejo, se utiliza indiscriminadamente, sin tener en cuenta cuál es el trasfondo, o el punto de vista desde el cual se la está considerando. Se habla de la opinión pública en los sondeos, en las encuestas, en la calle, en los medios de comunicación, ilustración de la pluralidad de teorías. Aquí se utilizará la aproximación de Giovanni Sartori (1999), en tanto se comprende la opinión pública como *"un público o una multiplicidad de públicos, cuyos estados mentales difusos, interactúan con los flujos de información sobre el estado de la cosa pública"* (Sartori, 1999). No obstante, esta definición tampoco deja todo claro, ya que habría que revisar qué significan estados mentales 'difusos' y cuáles son los 'flujos de información' que circulan sobre lo público. Por otro lado, para Víctor Sampedro (2000), existen dos tipos de opinión pública (OP): *"La OP agregada es un resultado: la suma de juicios individuales a través del voto y los sondeos. La OP discursiva es el proceso de un agente colectivo (el pueblo) que conversa en ambientes formales o informales procesando experiencias propias, conocimientos e informaciones"* (Sampedro, 2000: 20).

El problema de estas definiciones es que no se explicita de dónde sale la información sobre la cual conversa la opinión pública discursiva. Alejandro Muñoz (1992) afirma que

como condición necesaria para el desarrollo de la opinión pública se ha considerado tradicionalmente esencial el papel de la prensa. Los primeros diarios que, como tales, se consolidan precisamente a lo largo del siglo XVIII son, sin ninguna duda, un elemento sin el que resulta imposible la existencia de una opinión pública (Muñoz, 1992: 35).

Así, “*es la prensa la que funciona como un auténtico agente catalizador de todo el proceso*” (Muñoz, 1992: 41) de surgimiento y desarrollo de la opinión pública. Es importante resaltar de inmediato que, a pesar de que aparezcan históricamente varias teorías que buscan minimizar el poder de los medios de comunicación en la formación de opinión pública, aquí se sostiene su preponderancia, puesto que estos “*forman una agenda mediática que domina el discurso social. Ese discurso dominante puede modificar las opiniones de la audiencia. Es decir, los medios expresan y cambian la OP*” (Sampedro, 2000: 93). Además, esta agenda mediática no se limita a la sumatoria de las noticias, sino que “*resulta crucial para la argumentación política (Weiss, 1992) porque determina los asuntos colectivos sobre los que piensan los ciudadanos y cómo los piensan (McCombs, 1993: 62)*” (Sampedro, 2000: 73). Esto hace pensar nuevamente en la capacidad argumentativa de la cual habla Habermas y la importancia que esta tiene en el uso y formación de la esfera pública. Pero esta es puesta en tela de juicio, ya que, como lo demuestra Sampedro (2000), hay múltiples corrientes para concebir a ese ‘público o multiplicidad de públicos’ de Sartori:

El elitismo considera al público inerte ante unos medios controlados por los grupos dirigentes. El pluralismo concibe públicos diversos y soberanos, que demandan contenidos variados, usándolos e interpretándolos con libertad. [...] El elitismo institucional sostiene que la autonomía del público está condicionada –pero no determinada– por sus estructuras y recursos sociales, así como por la lógica institucional o modo de proceder de los medios (Sampedro, 2000: 93).

Existen diversas posturas para comprender la opinión pública, que a su vez son muchas veces contradictorias entre sí. Lo que se busca aquí es afirmar que, a pesar de que los medios de comunicación no son los únicos productores de opinión pública –pues también existen unos “procesos intermediarios” (Sampedro, 2000: 109) donde el discurso mediático es solo un marco sobre el cual la sociedad discute e interactúa– estos son el pilar sobre el cual se erige la opinión pública. Esto no quiere decir que los medios sean la única fuente cognitiva para que el público conozca, entienda e interprete la realidad, pues “*los periodistas no nos dicen lo que tenemos que pensar, pero sí pensamos sobre los asuntos de los que nos informan. Delimitan las fronteras de nuestros conocimientos y juicios*” (Sampedro, 2000: 97).

b. El marco de los medios de comunicación

Para Castells (2009), la creación de imágenes se da en la comunicación socializada, aquella que tiene el potencial de llegar a la sociedad en su conjunto y *"en la sociedad contemporánea, en todo el mundo, los medios de comunicación son la forma de comunicación decisiva"* (Castells, 2009: 261). Ahora bien, la investigación de la comunicación, establece diferentes procesos *"que intervienen en la relación entre los medios y las personas durante la emisión y recepción de noticias sobre las que los ciudadanos se perciben en relación con el mundo: el establecimiento de la agenda (agenda setting), la priorización (priming) y el enmarcado (framing)"* (Castells, 2009: 216). En este último proceso se trata de *"seleccionar y resaltar algunos aspectos de los acontecimientos o asuntos y establecer relaciones entre ellos con el fin de promover una determinada interpretación, evaluación y/o solución"* (Castells, 2009: 218) y se realiza *"principalmente en los medios de comunicación"* (Castells, 2009: 216). La narración transmitida activa la mente humana, generando imágenes e interpretaciones de la realidad compleja:

Medios y OP forman un subsistema social que, como tal, tiene la única función de "concebir y reducir la complejidad (Luhmann, 1973: 146). No cabe juzgar la racionalidad o falsedad de las opiniones nutridas por los medios porque "la función de la opinión pública [...es...] la institucionalización de los temas variables que siempre son políticamente factibles" (Luhmann, 1973: 162) (Sampedro, 2000: 98).

De esta manera, el rol jugado por los medios de comunicación es clave para el conocimiento público de lo que sucede en una sociedad, generando efectos cognitivos sobre lo que se conoce y lo que se piensa, produciendo y reflejando la opinión pública (Sampedro, 2000: 96). Se hablaría así de la corriente del elitismo institucional, ya que *"los medios confieren dimensión general y compartida"* (Sampedro, 2000: 138) a los acontecimientos aislados, pero sin dejar de lado los 'procesos intermedios' donde la sociedad también es un actor. Sampedro (2000) presenta el dibujo de Gamson y Neuman de un *"modelo circular de la construcción mediática de la OP integrando todos los participantes"* (Sampedro, 2000: 139). Las fuentes oficiales proporcionan información con un ángulo conveniente a los medios de comunicación, que a su vez *"reconstruyen la realidad para la audiencia"*, la cual finalmente rehace una versión de la realidad, compuesta de los mensajes dominantes de la esfera pública y de la conversación interpersonal propia de la opinión pública discursiva (Sampedro, 2000: 139). Sin embargo, *"las fronteras entre medios de comunicación de masas y demás formas de comunicación son difusas"* (Castells, 2009: 99), ya que *"la gente recurre a los medios de comunicación para obtener la mayor parte de su información política"* (Castells, 2009: 264).

Los medios tienen el poder de dar un marco para la interpretación de los acontecimientos sociales, ya que este se ejerce “*mediante la construcción de significado partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían sus acciones*” (Castells, 2009: 33). Pero esto “[no] significa que los medios de comunicación ostenten el poder. No son el Cuarto Poder. Son mucho más importantes: son el espacio donde se crea el poder. Los medios de comunicación constituyen el espacio en el que se deciden las relaciones de poder entre los actores políticos y sociales rivales” (Castells, 2009: 262). Se vuelve así a la concepción de que los medios son el lugar donde se desarrolla la opinión pública y se piensa el espacio público; son los formadores principales de las imágenes de la mente pública, pues estos se establecen en la mente colectiva, entendida como “*el contexto cultural en el que se recibe el mensaje*” (Castells, 2009: 537). Y es este contexto el que permite entender cómo y por qué se dan los relatos y narraciones que buscan explicar y dar la interpretación de lo real.

c. Las narrativas mediáticas

“Comunicación con sentido” (*a meaningful communication*): así define Walter Fisher (1988) la narrativa. Esta depende del contexto cultural –la mente colectiva de Castells– en el que los individuos se encuentran para crear sentido. Las narrativas sirven para comprender la vida a través de la manera en que se interactúa con ella, pues son “*estrategias de contar (no solo de representación) y modos de interpelación comunicativa (no de difusión de contenidos)*” (Rincón, 2006: 102). La narrativa se compone de una estructura de significados, en una secuencia ordenada de sucesos, que circula culturalmente como válida y que permite interpretar y estructurar la vida cotidiana. Para Silvia Pappe,

sin tradición disciplinaria o interdisciplinaria unívoca, la narrativa se observa y estudia como relato sobre el mundo, como género discursivo –estructura temporal–, como organización del conocimiento, –representación de determinados acontecimientos o de su memoria–, como producto estético, como posibilidad de comunicar y explicar el conocimiento, así como también de cuestionarlo y deconstruirlo (Pappe, 2005: 54).

A pesar de que se le utiliza para múltiples contextos, como serían las narrativas audiovisuales, las narrativas históricas, literarias, conversacionales, etc., aquí la narrativa se percibirá mediáticamente, sobre todo desde la prensa escrita. Una definición amplia de narrativa podría llevar a entenderla como “*una cadena de signos con sentidos sociales, culturales y/o históricos particulares, y no generales. Esta definición significa que las narrativas pueden implicar*

conjuntos de signos que se mueven temporalmente, causalmente o de alguna otra forma socioculturalmente reconocible” (Squire, 2014: 273). La narrativa se conoce como una manera de ordenar y presentar una visión del mundo, en la cual se describe un acontecimiento en el que se involucran actores, acciones y un escenario –¿un espacio público?–. Esta se organiza imponiendo un orden, un marco, para que los individuos que la toman como válida le den sentido a los eventos de la realidad y la interpreten. Su intención es persuadir de manera en que su estructura sea adherida por el público. Sin embargo, la narrativa no es una imagen, puede llevar a la producción de imágenes mentales que luego se traducirán en representaciones propias o compartidas, pero se limita a la dote de sentido a través de un relato, de una comunicación. Y la imagen mental lleva a que los seres humanos se relacionen entre sí para construir representaciones de la realidad.

d. Construcción de significado e identidad

Ya se sabe que el significado se produce gracias a los mensajes de los medios de comunicación, a sus narraciones, que determinan imágenes con carga simbólica. Las narrativas son una herramienta para construir una representación sobre la realidad, entendiendo que *“la principal función de la mente es la construcción del mundo (Bruner, 1987: 11)”* (Guirland Vieira y Rangel Henriques, 2014: 164).¹ En el constructivismo, *“se arguye que el ser humano vive en medio de un entorno social que le condiciona en su capacidad para conocerse a sí mismo y a su entorno y, por ende, un entorno que hace imposible la objetividad y la certeza”* (Losada y Casas, 2003: 195). Entonces, se supone que los fenómenos sociales son construidos socialmente, teniendo como conceptos primordiales la identidad, el significado, el sentido y la construcción social. *“Para los constructivistas, la realidad material que rodea al ser humano solo adquiere significado social en la medida que es interpretada por la sociedad”* (Losada y Casas, 2004: 197). Así, el lenguaje y la historia se establecen como elementos fundamentales para la construcción narrativa de la identidad en una sociedad, pues

es a través de la narrativa que el sujeto da significado a su historia y planea sus acciones futuras. La identidad, como espacio de construcción del sujeto psicológico parece ser un locus privilegiado donde podemos observar el funcionamiento del paradigma narrativo en términos de negociación de significados entre los acontecimientos históricos/biográficos y el modo cómo el sujeto los significa² (Guirland Vieira y Rangel Henriques, 2014: 168).

¹ Traducción libre del original.

² Ídem.

Los individuos viven constantemente en una pulsión narrativa, ya que son herederos del impulso de narrar, por su naturaleza cultural e histórica (Sola Morales, 2013: 32). A través de los medios de comunicación, se producen narrativas que comienzan a ser compartidas culturalmente y que *“pueden ser entendidas como relatos cargados de valor simbólico que incorporan secuencialmente diversas matrices espacio-temporales y elementos esenciales en la constitución de las identidades sociales y los imaginarios simbólicos compartidos”* (Sola Morales, 2013: 33). Se entiende entonces que lo mediático y lo sociocultural *“tienden a generar determinadas formas de percepción estereotipadas acerca de las identidades”* (Sola Morales, 2013: 34). La narrativa enmarca la realidad en el lenguaje; la forma como yo narro un hecho hace que mi producción de sentido sea subjetiva y tenga un marco de pensamiento tanto propio como colectivo, basado no solo en mi experiencia de percepción sino también en la multiplicidad de imágenes e historias compartidas que mi sociedad inculca en mí. *“Si algo nos caracteriza como sociedad es la abundancia de signos sin sentido establecido, signos vacíos de relación y experiencia; signos que deben ser llenados de significados a través de intervenciones narrativas y argumentativas (Laclau, 2003). Significar es, entonces, un acto político”* (Rincón, 2006: 10). Es decir que día a día pasamos por delante tantos signos que, al final, debemos llenarlos de significado para poder producir relaciones, una función que generalmente es suplida por los medios de comunicación.

En su libro *Narrativas mediáticas*, Omar Rincón (2006) afirma que

una de las actuaciones más celebradas de la narración es su potencial para generar referentes de sentido común entre productores y audiencias, referentes que se convierten en marcas de la memoria y la identidad. [...] Los medios de comunicación “funcionan como soportes culturales uniendo memoria, representación, ritual y narración” (Buxó y de Miguel, 1999: 17)” (Rincón, 2006, 102).

La narrativa es entonces el método para construir sociedad, para construir relaciones, para producir sentido y lograr una identidad y una memoria que comienzan a marcar el desenvolvimiento de lo público y la manera en que vivimos la realidad actual. Esto es posible puesto que siempre estamos construyendo una cultura mediática, unas redes de significados colectivos de carácter público

caracterizadas por convertir los medios de comunicación en nuevos territorios por los cuales viajar en la aventura de producir sentido; nuevos ejercicios del poder cada vez más productivos, móviles y efímeros, pero efectivos; nuevos símbolos que se establecen como realidad más allá de lo vivido (Rincón, 2006: 17).

A través de los signos se afirma la condición lingüística de la experiencia humana con el entorno, nuestra mente crea constantemente relaciones de imágenes y a través de los símbolos se interpretan los signos generalmente inconscientes. *“No hay narración que no esté mediatizada por signos, símbolos y textos”* (Rincón, 2006: 97). Las interpretaciones pueden ser conflictivas, ya que son actos subjetivos, pero es a través de los textos, del discurso, que se llega a una mayor comprensión del acontecer público. La mediación está en manos de los medios de comunicación, pues su potencial de acción simbólica *“está en la competencia que tienen para producir vínculo y conexión entre los seres humanos, para imaginar relatos en los que quepamos todos”* (Rincón, 2006: 99). Si todos produjéramos sentido por separado, no habría realmente representaciones colectivas. Pero cuando son los medios los productores de sentido, se tejen relaciones de significado y de simbolismo que permiten comprender los acontecimientos cotidianos. *“El acto y el acontecimiento de narrar construyen modelos comunicativos en los que interactúan todos los actores”* (Buxó y De Miguel, 1999:14)” (Rincón, 2006: 100). Que los medios de comunicación narren la realidad hace que todos podamos inscribirnos en el transcurrir del tiempo, que podamos reaccionar frente al otro y frente a las situaciones con marcos (*framing theory*) colectivos que permiten el sentimiento de identidad. Las narrativas de los medios de comunicación crean significado y producción simbólica, llevando así a la construcción de imaginarios compartidos.

3. Los imaginarios colectivos

*Entender cómo imaginamos nuestro alrededor
ayuda a comprender el porqué de nuestra realidad.*

Mariana Toro Náder.

a. Definiendo los imaginarios

A las imágenes que producimos en nuestra cabeza se las ha llamado de muchas formas: creencias, significados, símbolos, redes mentales, representaciones... pero aquí se les llamará ‘imaginarios’. Sin embargo, todas estas nociones están entrelazadas a causa de su polisemia, que lleva a la necesidad de definiciones conceptuales claras. En el libro *Proyectar imaginarios*, Neyla Graciela Pardo Abril sostiene que *“las representaciones sociales son un conjunto organizado y jerarquizado de saberes que un grupo específico elabora a propósito de un objeto o fenómeno social”* (Pardo Abril, 2006) y define los imaginarios como *“una teoría estética,*

[pues] responden a las formas colectivas como se siente el mundo” (Pardo Abril, 2006). Por otro Lado, Juan-Luis Pintos afirma que *“los imaginarios sociales están siendo esquemas socialmente contruidos, que nos permiten percibir, explicar e intervenir, en lo que en cada sistema social diferenciado se tenga por realidad”* (Pintos, 2006). Sin embargo, Armando Silva los define como

aquellas representaciones colectivas que rigen los procesos de identificación social y con los cuales interactuamos en nuestras culturas haciendo de ellos unos modos particulares de comunicarnos e interactuar socialmente. Desde esta perspectiva, los imaginarios corresponden a construcciones colectivas (Silva, 2006: 104).

De estas definiciones se puede sacar la conclusión de que, a pesar de su carácter heterogéneo, hay un consenso en que los imaginarios son: primero, una construcción colectiva; segundo, que están enmarcados en una sociedad y una cultura; y, tercero, que permiten explicar, interactuar e interpretar la realidad social. Además, como se pudo ver con Silva (2006), imaginarios y representaciones colectivas muchas veces se establecen como sinónimos, lo cual permite entender, por ejemplo, por qué Manuel Castells (2009) habla de representaciones mentales, que pueden ser igualmente colectivas y llevar a la producción de sentido.

Los imaginarios implican un nuevo campo de estudio *“en el que convergen varias disciplinas en su construcción epistemológica, se ocupa de lo que está por fuera de la racionalidad positiva”* (Silva, 2006). En el concepto de ‘imaginario’ se envuelve tanto lo ficticio como lo real, pues se trabaja desde la perspectiva de valorar *“los hechos sociales donde la marca imaginaria actúe como si fuese la misma realidad”* (Silva, 2006). Desde la filosofía, se dice que *“en rigor el imaginario radical implica la "capacidad de hacer surgir como imagen algo que no es, ni que fue" (Castoriadis, 1982: 220)”* (Silva, 2006: 96). Esto no es totalmente acorde a las investigaciones, puesto que a pesar de que *“lo imaginario afecta los modos de simbolizar aquello que conocemos como realidad”* (Silva, 2006: 96), los imaginarios no son solo ficción, no vienen simplemente de lo que no es ni fue, sino que se construyen en esa dialéctica entre lo real y lo irreal, en la interpretación de los hechos que acontecen y acontecieron con el simbolismo otorgado por la sociedad. Pero esta carga simbólica no proviene solamente de las imágenes producidas en las mentes individuales, necesita el carácter colectivo, la producción de significado compartido, un rol generalmente jugado por los medios de comunicación.

b. Comunicación mediática y producción de significado

Por su perfil de constructo social, los imaginarios necesitan tiempo para tomar forma y para lograr la adherencia de la sociedad. Entonces, *“transformar un imaginario toma mucho tiempo, un tiempo impredecible. La imagen que los otros se han hecho de Bogotá se parece mucho a las figuraciones que difunden los medios, que dibujan las sensaciones, y a partir de ellas arman una visión”* (Silva, 2003: 327). Así, las *“imágenes de ciudad que construyen los medios, en especial prensa, radio y televisión”* (Silva 2006: 12) son aquellas que comienzan a hacer mella en las mentes individuales y empiezan a formar los imaginarios colectivos. Es necesario subrayar el hecho de que no se busca plantear aquí una loa al paradigma unidireccional de la comunicación donde los individuos no tienen recursos intelectuales para resistirse a la información producida por los medios de comunicación (Carretero Pasin, 2006). La sociedad, a pesar de estar fuertemente marcada por la producción mediática, no vive en una constante dominación de los medios. El “código de sentido único” no existe, pues las imágenes mediáticas son consumidas por los individuos, pero estos tienen la posibilidad de sopesar con otras imágenes, propias o colectivas.

Carretero Pasin (2006) habla del modelo bidireccional de la comunicación, que va más allá de la mera manipulación mediática. Los medios de comunicación producen imágenes para comprender la realidad social, pero a la vez lo social exige que los medios produzcan contenidos específicos, reclamando una relación de “doble movimiento” (Carretero Pasin, 2006) entre lo imaginario y lo real. Sin embargo, no se puede dejar de lado que *“la cultura mediática utiliza la imagen como argamasa que favorece la ligazón social. [...] La imagen mediática, difundida por todo el cuerpo social posibilitaría la interacción social y, en consecuencia, la cristalización de un vínculo comunitario”* (Carretero Pasin, 2006: 124). Jesús Martín Barbero (1987) sostiene que los medios de comunicación juegan el papel de mediadores sociales. Son estos quienes ponen a rodar imágenes con un sentido, activando la memoria de los imaginarios colectivos (Silva, 2006: 50). *“La comunicación implica en nuestras sociedades un conjunto de decisiones selectivas”* (Pintos, 2006) lo cual explica que los receptores, como consumidores de medios, seleccionen las versiones de la realidad que se les están contando, y a partir de esto, creen unos imaginarios para continuar entendiéndolas.

Entonces, no es que estemos inmersos en una ‘espiral del silencio’, como diría esa teoría de la opinión pública, donde la masa se inscribe en la opinión general o simplemente se calla al margen. Muchas veces una audiencia, unos lectores desprevenidos, pueden caer en la formación de opinión pública únicamente a través de los medios. Esto no quiere decir tampoco que se

afirme la teoría sesentera de la aguja hipodérmica donde el público se consideraba pasivo y simplemente respondía al ‘chuzón’ de la información mediática. Lo que se quiere demostrar es que los medios de comunicación históricamente han sido los establecedores de la agenda mediática, la cual por lo general se traduce en agenda política y en agenda pública. Así, los imaginarios mediáticos se reproducen una vez tras otra, llegando así a la posibilidad de un imaginario compartido socialmente y que se reproduce con el tiempo, pues *“los medios de comunicación se dirigen normalmente a públicos muy amplios, con el consiguiente efecto de transmitir mensajes estándar y estereotipados que, indudablemente, homogeneizan la sociedad”* (Monzón, 1996: 334). No obstante, no puede minimizarse el hecho de que *“las comunicaciones masivas son públicas y, por mucha intencionalidad que lleven estos mensajes, siempre estarán abiertos a todo el mundo, porque es aquí donde se forma la agenda pública y el espacio público, donde la opinión pública encuentra su lugar natural de existencia”* (Monzón, 1996: 334).

c. La ciudad como constructo imaginario

El espacio público en tanto ciudad no se limita a su carácter espacial, no solo es un conjunto de edificios y calles, ni se estudia solo a través del urbanismo y la arquitectura.

La ciudad de hoy no es solo un conjunto de elementos visibles, como edificios, calles, parques y plazas, sino también, y de manera muy significativa, una representación que puede encontrarse en los medios. [...] A la realidad de los entornos físicos, los medios aportan un cubrimiento que contribuye a generar juicios que denigran y satanizan ciertos escenarios (Silva, 2003: 23).

No cabe duda entonces de que los medios de comunicación tienen un rol importante en la construcción de las imágenes de ciudad, puesto que lo urbano tiene que ver con lo simbólico y de su mano está lo imaginario. *“La ciudad aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión”* (Silva, 2006: 29) y, por este motivo, se debe *“estudiar la ciudad como lugar del acontecimiento cultural y como escenario de un efecto imaginario”* (Silva, 2006: 25). La ciudad es vivida e interiorizada por los ciudadanos que la habitan, que no solo la recorren –lo que nos hace pensar en el apartado sobre espacio público– sino que también la reconstruyen como imagen urbana y la resignifican, estableciéndola como una suma interactiva de imaginarios (Silva, 2006: 30, 103). De esta manera, *“la ciudad, a partir de los imaginarios, atiende a la construcción de sus realidades sociales y a sus modos de vivirlas y proponerlas. Lo imaginario antecede al uso social; esa es su verdad”* (Silva, 2003: 24).

Se dice que lo imaginario antecede al uso social, aunque aquí se piensa que el uso a veces antecede al imaginario y luego lo refuerza, produciendo una circularidad donde no se sabe si fue primero el huevo o la gallina. No obstante, lo importante es el uso y apropiación que los ciudadanos dan a los espacios. La ciudad se plantea como un mosaico pues es una mezcla de lo físico y lo simbólico:

en lo físico, se mezclan los colores, los ruidos, las formas, los signos, las letras, como una especie de permanentes collages cubistas o surrealistas, que si bien la ciudad entrega en un caos dependiendo de múltiples iniciativas, cada ciudadano en el ‘recorrer la ciudad’ les da un orden particular; y mezcla simbólica en cuanto los entrecruces de ideologías, de posibles construcciones de relatos individuales que en conjunto hablan de la ciudad, la representan, la cuentan y la recuerdan (Silva, 2006: 70).

Y es en su mezcla físico-natural y de uso social, en la expresión de lo público y en la formación de identidad y memoria ciudadana que la ciudad se erige como un constructo imaginario.

d. Sentido e identidad

Me preguntó de un modo pensativo:

- *¿Qué es ser colombiano?*
- *No lo sé –le respondí–. Es un acto de fe.*
- *Como ser noruega –asintió.*

Así es cómo en el cuento “Ulrica”, de *El libro de arena*, Jorge Luis Borges (1975) da una muestra de la construcción de identidad nacional. Ese ‘acto de fe’, más allá de lo religioso, se podría interpretar como el tejido imaginario que implica la identificación con un ‘nosotros’, muchas veces constituido a base de símbolos y significados en un territorio.

Territorio fue y sigue siendo un espacio, así sea imaginario, donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos. Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma es darle entidad física (Silva, 2006: 54).

A través de lo histórico, lo cultural y lo narrativo, se le otorga un carácter simbólico a lo físico, a ese territorio, a esa ciudad imaginada. “*Las sociedades son constructos culturales. Por cultura entiendo el conjunto de valores y creencias que dan forma, orientan y motivan el*

comportamiento de las personas” (Castells, 2009: 65) y que hacen que se vaya forjando una identificación con el lugar que se habita. Se piensa entonces una *“necesidad de ‘producir identidad cultural’ quizás como una puesta en escena”* (Silva, 2006: 56). Esta puesta en escena, esta teatralidad, toma forma en el seno de la formación de lo que llamamos modernamente la nación.

Para Benedict Anderson (1993), la nación es una comunidad imaginada, un conjunto de relatos, narrativas e imaginarios que se expande para ser compartido por los distintos miembros de lo que en un comienzo era una comunidad desarticulada. Si se piensa la nación como una narración, son los discursos históricos quienes renuevan el sentido de pertenencia a ese 'nosotros', pues *"la historia y el lenguaje son dos elementos fundamentales para la construcción narrativa de la identidad"* (Guirland Vieira y Rangel Henriques, 2014: 168), como ya se vio anteriormente con las narrativas y la opinión pública. Las aproximaciones constructivistas y del interaccionismo simbólico explican la formación de identidad a través de símbolos e interacciones, de creencias e imaginarios compartidos que se construyen socialmente y generan un sentimiento de colectividad.

Los imaginarios no son mentiras ni secretos, pues muy por el contrario se viven como verdades profundas de los seres así no correspondan a verdades comprobables empíricamente. Unos ciudadanos bogotanos o paulistanos pueden creer desde sus puntos de vista ciudadanos que sus ciudades son grises y no hay una prueba científica que las demuestre como tal. Los imaginarios son así verdades sociales [...] (Silva, 2006: 97).

Y como verdades sociales, los imaginarios llevan a la formación de una memoria compartida, al establecimiento de unas figuras del recuerdo que responden a una selección construida históricamente y reforzada a través de los medios de comunicación (Silva, 2006: 175). Esto, porque ya se vio que *“el significado se construye en la sociedad a través de la acción comunicativa”* (Castells, 2009: 36) y son *“los relatos y figuraciones sobre la urbe [quienes] constituyen un principio de construcción simbólica”* (Silva, 2003: 211). Entonces, mientras la identidad se localiza en un espacio, la ciudad se eleva como artificio para convertirse en *“la obra más continuada de las generaciones y el lugar de evocación más determinante en el ser contemporáneo”* (Silva, 2003: 211). *“Michel Maffesoli ha incidido [...] en cómo en las sociedades contemporáneas persiste un elemento tribal directamente ligado al estar juntos (être ensemble)”* (Carretero Pasin, 2006: 123), lo que hace referencia al espacio compartido, al sentimiento de un ‘nosotros’ por compartir un espacio al que damos uso gracias a las ‘redes imaginarias’ (Bartra, 1981) que surgen de él. Aunque la identidad nacional –o ciudadana–, como

una cebolla, desaparezca si se le abren sus capas en búsqueda de su centro, tiene efectivamente unas bases sobre los imaginarios y las narraciones sociales. Y es “*por estas vías de percepción simbólica de la ciudad, de percepción utópica o ideal de la ciudad, de percepción de la idiosincrasia*” (Romero, 2009: 126) que se genera historia urbana, lo cual explicaría muchos de sus usos y llevaría a la comprensión de su realidad.

CAPÍTULO 2
LA CARRERA SÉPTIMA DE BOGOTÁ
ESCENARIO URBANO DE LA HISTORIA POLÍTICA COLOMBIANA

La historia no tiene guión.

Manuel Castells.

1. Los escenarios urbanos

Pensar en un lugar del espacio público con connotaciones simbólicas, históricas y políticas es preocuparse “*por las formas en que las imaginaciones grupales construyen mundos urbanos*” (Silva, 2003: 22). Los imaginarios colectivos, como se vio en el Capítulo 1, en tanto representaciones y esquemas socialmente contruidos que permiten la interpretación de lo real en una sociedad, permiten la producción de escenarios en la ciudad con carga simbólica. Así, un escenario urbano sería “*la puesta en escena de lugares y sitios de la ciudad*” que refieren “*a la urbe como tablado teatral donde suceden hechos cívicos*” (Silva, 2003: 21). Esta puesta en escena se da socialmente, se construye en la unión de distintas experiencias y memorias colectivas. La construcción imaginaria desde los habitantes –pero también desde las narrativas de los medios de comunicación– lleva a la producción de unos emblemas urbanos que “*representan a cabalidad los lugares, personajes o acontecimientos donde la gente, en altas y concentradas proporciones simbólicas, define y redefine su urbe con su propia visión diaria*” (Silva, 2003: 23). Estos se cargan cada vez más de significado con el tiempo, con el pasar de los años, mientras los ciudadanos y los medios de comunicación los reinventan y resignifican. Hay que subrayar que estos no son triviales ni intrascendentes, sino que “*los emblemas pesan en la gente, pues envuelven su realidad y, dada su condición de blindaje –naturaleza de la que están dotados para funcionar como mitos urbanos–, terminan por hacerse intocables*” (Silva, 2003: 23-24). Entonces, debe dejarse claro que se les llama emblemas urbanos a los “*sitios, objetos, hechos, personas o personajes que, dado su alto poder simbólico, cuando son nombrados o evocados aluden a la ciudad como si la representaran de manera esencial. [...] la ciudad física interactúa con la construida por símbolos colectivos*” (Silva, 2003: 69).

En efecto, aquí son importantes los sitios, los espacios, más allá de los personajes que los construyeron o usaron. Son esos símbolos colectivos que históricamente cobran valor y trascendencia los que se cargan de significados e imaginarios, muchas veces compartidos por el total o gran parte de la sociedad que los usa e imagina, lo cual, además, se produce a causa de unos acontecimientos que marcan la realidad social.

2. Los hitos políticos

Silva (2003) habla de un ‘tablado teatral donde suceden hechos cívicos’, pero esta noción se queda corta, pues sería difícil explicar qué es un ‘hecho cívico’, se trataría de todo y de nada. Aquí se comprenderá que en el ‘tablado teatral’ que es la Carrera Séptima suceden ‘hitos políticos’ los cuales la establecen como escenario urbano. Se entiende por hito político un hecho clave, un acontecimiento de importancia, que marcó el ámbito de la política en un contexto específico y que, por estar relacionado con otros hechos, cobra significado y relevancia para la comprensión de la realidad social y política. Un hito es generalmente de corta duración y se toma como referencia para desarrollar algún análisis histórico. Un ejemplo de hito político, sería la Marcha del Silencio liderada por Jorge Eliécer Gaitán en febrero de 1948, pues marcó el desarrollo de un proceso histórico y tuvo un rol en el contexto de la época en Colombia. Un hito político, inscrito en las bases de una sociedad, en relación con otros hechos de relevancia social y política, enmarcado en una realidad y en un contexto, obtiene retención y reconocimiento social cuando es narrado, pues las narrativas son aquellas que permiten que el significado cobre forma.

Con la definición clara, a pesar de no tratarse de un concepto homogéneo ni altamente replicado por autores en tanto ‘hito político’, los hitos de movilización para esta investigación se eligieron con base en el pensamiento de Walter Benjamin. Precisamente, la historiadora María Isabel Zapata afirmó en entrevista que

lo que Walter Benjamin va a decir en sus Tesis sobre la filosofía de la Historia es que, a diferencia del historicismo que muestra hechos históricos en una cadena cronológica de tiempo, la Historia no es una cadena de perlas sobre hechos que van pasando una después de la otra, sino que la Historia, los hechos en el pasado, son un montón de estrellas regadas en el firmamento (Zapata, 2014).

El investigador social escoge las estrellas que son necesarias y forma constelaciones para dar significado. Benjamin (1973) demuestra que la Historia es un mosaico, un rompecabezas donde las piezas van conformando una figura. Se dice que “*el tiempo, en términos sociales, solía definirse como una secuencia de prácticas*” (Castells, 2009: 63), pero debe comprenderse no como secuencia, sino como conjunto posiblemente diacrónico y lleno de sentido. El significado se produce en el marco de una sociedad; un hecho aislado no da significado, sino que hay que unirlo a otros para lograr construir una realidad y comprender los procesos sociales y políticos. Un hecho se vuelve hito porque toma sentido en una realidad y en una sociedad; junto con otros

hechos escogidos en ese firmamento el hito produce significado simbólico y genera un impacto sobre el contexto social. Por este motivo, aquí se estudiarán los siguientes hitos políticos: la Marcha *del Silencio* de febrero de 1948, la movilización estudiantil contra el gobierno militar de junio de 1954, la movilización contra la renuncia de Carlos Lleras a la presidencia de la República en junio de 1968, las movilizaciones del Paro Cívico en septiembre de 1977, la marcha contra el asesinato de Jaime Pardo Leal en octubre de 1987, la marcha contra el asesinato de Carlos Pizarro en abril de 1990 y la marcha *Un Millón de Voces contra las Farc* de febrero de 2008, todas acontecidas sobre la Carrera Séptima.

3. Breve historia de la Carrera Séptima de Bogotá

El ser humano es un ser espacializado y los hitos políticos que construyen su realidad se enmarcan siempre en un lugar. Históricamente, los escenarios urbanos típicos donde acontece lo público son las calles y las plazas. Es obvio que el espacio público contiene más sitios de la ciudad, como los parques y los centros comerciales, pero estos carecen de un factor esencial para que sean la puesta en escena de los hitos: su uso generalmente es recreativo, no político. Entre las calles y las plazas de Bogotá se levantan dos escenarios que han adquirido un peso histórico y político claro: la Plaza de Bolívar y la Carrera Séptima. Y esta importancia de la Séptima tiene bases históricas que se remontan hasta la época de la Colonia.

En varias épocas, por supuesto coloniales y posteriores, ¿cómo ingresa alguien oficialmente a la ciudad? Eso es muy ‘charro’ [cómico] porque ingresaban por el Occidente, por la 13 y por la 12. Llegaban a caballo, los saludaban en Fontibón y descansaban. Unos días después se iban hasta San Diego y entraban procesionalmente a la ciudad. Se entraba por ahí, a pesar de que se podía llevar en la capital una o dos semanas. Entrar ya con la carga simbólica de lo que es llegar a la ciudad podía ocurrir después de estar en ella, y era por la Séptima, invariablemente. Se va construyendo entonces una tradición que sí está en la memoria de que a Bogotá se entra por la Séptima (Mejía Pavonni, 2015).

La Carrera Séptima “a manera de escenografía, señalaba el lugar para la entrega de llaves de la ciudad en la entrada triunfal de virreyes, libertadores y visitantes ilustres” (Jaime Iregui, s.f.) y demostraba el simbolismo de estar en la capital. Esto, por que, en efecto, “es la avenida más representativa y el eje vital de Bogotá por su valor histórico y cultural. Sobre ella se pueden leer 474 años de evolución urbana a lo largo de un sinuoso recorrido, que va desde el barrio 20 de julio en el sur, hasta La Caro en inmediaciones del municipio de Chía por el Norte” (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá, 2012). En la segunda mitad del siglo XVI, siguiendo el trazo de un antiguo camino indígena que los españoles llamaron el Camino de la Sal

o de Tunja, se configuró la lineal Sur –Norte de la actual Carrera Séptima, por comunicar el pueblo indígena de Usaquén con la capital de Boyacá. De esta forma, la Séptima “*se originó como un elemento de unión entre los dos núcleos iniciales de Santa Fe: la Plaza de San Francisco, hoy parque de Santander, lugar donde se celebró la primera misa en 1538, y la Plaza Mayor, hoy Plaza de Bolívar, la cual tuvo su origen en el trazado en damero que aplicaron los conquistadores en 1539*” (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá, 2012). Con el tiempo, a pesar de las divisiones entre las actuales calles 7 y 26 que le otorgaban diferentes calificativos, la actual Carrera Séptima se nombraba comúnmente como la “Calle Real” o “Avenida de la República”, ilustrando su importancia y trascendencia política.

Durante la Colonia, se construyeron sobre la Séptima múltiples edificaciones religiosas, como la Catedral, conventos e iglesias. A finales del siglo XIX, el cambio de época y de estética llevó a la construcción de hoteles, inmuebles de lujo y locales comerciales, lo cual se mantiene hasta hoy. Esto particularmente es importante pues “*en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico: sus escrituras y representaciones*” (Silva, 2006: 26). Entre 1884 y 1948, el tranvía circulaba por la Séptima, unido a otros medios de transporte como las típicas caminatas peatonales y vehículos de tracción animal.

En los años cincuenta, luego de la destrucción causada por el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán en el ‘Bogotazo’, se buscó la ampliación de la Carrera Séptima, para acabar con su carácter angosto, colonial y residencial y pasar a ser moderna y con población flotante; “*ahora cada ciudadano era retratado de frente caminando por ella sin previo aviso*” (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá, 2012). Esta es la típica imagen de Richard Sennet (1994) donde los cuerpos individuales se desplazan por el espacio urbano, devaluándolo en virtud del movimiento por edificios de oficinas, de afán y sin vivir lo público, como se vio en el primer apartado del Capítulo 1. No obstante,

como espacio público la vía ha servido como escenario religioso, político y recreativo. Por ella, desde siempre se han sucedido procesiones como la del Corpus Christi y las marchas fúnebres de personajes ilustres del país, que tienen como punto de partida la Catedral, y luego de un lento recorrido sobre la Séptima doblando por la 26, tienen como punto de llegada el Cementerio Central. El siglo XX trajo su utilización laica: las marchas sociales la hacen un corredor político que desemboca en la Plaza de Bolívar y en lo recreativo, los carnavales estudiantiles, la ciclovía y el ‘septimazo’ son usos populares de la avenida (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá, 2012).

Con base en esto, puede afirmarse que *“la Carrera Séptima es la avenida con mayor diversidad de usos que tiene la ciudad: vehicular, peatonal, ciclístico, maratónico, carnavalesco, religioso, recreativo y de marcha social, política y militar”* (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá, 2012). El patrimonio de la Séptima no son solo los monumentos que la enmarcan, ni los lugares históricos y culturales que recorre, sino sobre todo su multiplicidad de usos.

Rodeada de monumentos y símbolos de poder, la Calle Real ha tenido históricamente una connotación escenográfica: es lugar esencial para la representación de Bogotá [...] y el...] escenario de solemnes ceremonias civiles y religiosas, expresiones de sus ciudadanos y, especialmente, testigo de los más importantes acontecimientos que han transformado tanto su fisonomía, como la realidad política, social y cultural de la ciudad y del país (Jaime Iregui, s.f.).

Y es por esta razón que la Carrera Séptima puede, en efecto, ser considerada como un escenario urbano, una calle emblema.

4. La Plaza de Bolívar como lugar de encuentro

La Carrera Séptima se construye entonces como el corredor político que desemboca en la Plaza de Bolívar. En su análisis de imaginarios colectivos, Armando Silva demuestra que *“la Plaza de Bolívar, en conjunto, obtiene las mejores calificaciones al sumar [...] más de un 70% de “buena imagen”*” (Silva, 2006: 212). Junto con Monserrate, la Plaza de Bolívar representó uno de los sitios preferidos de los bogotanos, por lo cual se puede pensarla *“como uno de los auténticos emblemas de Bogotá”* (Silva, 2006: 212). Efectivamente, la Plaza Mayor de Bogotá es un símbolo ciudadano, teniendo características tanto gubernamentales y políticas como turísticas y culturales. Desde el lado político, la Plaza de Bolívar representa la *espacialización* de la rebeldía o de la aquiescencia, el grito en el corazón del poder y el lugar donde *“el tamaño de la multitud importa, porque no es lo mismo un desfile de tres que uno de cien mil y el éxito de algo se mide por la capacidad de llenar esa plaza, que se llena como con 300 mil personas... es un indicador”* (Mejía Pavonni, 2015).

Pero, ¿cómo se llega a la Plaza de Bolívar? A pesar de que los imaginarios políticos en Bogotá generalmente la toman como el escenario por preferencia de la capital, y es reconocida en todo Colombia por su carga simbólica e histórica, en Bogotá se utiliza siempre una vía para el arribo a la plaza: la Carrera Séptima. Si bien es cierto que la llegada se lleva el crédito de la movilización, el cubrimiento mediático y el simbolismo político, el desfile por la Séptima para llenar la Plaza de Bolívar también tiene connotaciones histórico-políticas. En el imaginario colectivo, según el

análisis de Silva (2003), cuando se le preguntó a los entrevistados, alrededor del 12% dijo que la calle o sitio más alegre es la Carrera Séptima y se la establece como un sector de amplia tradición en los bogotanos. Entonces, se dice en los resultados de investigación que la Séptima es definida como comercial, bonita, agradable, buena, relacionada con la Plaza de Bolívar y como la Calle Real (Silva, 2006: 197). Pero no solo debe pensarse desde la alegría, ni desde los buenos olores, ni tampoco desde lo comercial, y ahí está el meollo del asunto con la Séptima, pues no importa si es contra el poder o por el poder, la procesión por la antigua Calle Real hace que este uso político le dé nuevas connotaciones a la vía, análisis que aún no se ha realizado. La Carrera Séptima y la Plaza de Bolívar deben pensarse también desde su impacto y sus usos políticos.



La Carrera Séptima con calle 11: esquinas de la Catedral y la Casa del Florero en la Plaza de Bolívar.

Noviembre de 2015. Fotografía por Mariana Toro Náder

CAPÍTULO 3
PROCESIÓN VS. CONCENTRACIÓN
EL ESPACIO PÚBLICO-POLÍTICO ALREDEDOR DEL GLOBO

Cada ciudad tiene su propio estilo.

Armando Silva.

1. El espacio público-político

Nora Rabotnikof lo dice claramente: “*el espacio público es político*” (Rabotnikof, 2005). Sin embargo, no siempre se lo piensa desde la perspectiva donde los usos políticos trascienden lo meramente público. Aquí se conceptualizará esta mirada como *espacio público-político*. Precisamente, porque somos seres *espacializados*, tenemos imaginarios *espaciados*, y la ciudad, por su lado se traduce en “*una construcción en el espacio*” (Lynch, 1974: 9). En el Capítulo 1, se vio cómo la ciudad es un mosaico donde se yuxtapone lo físico con lo simbólico, donde los edificios y los signos toman forma para obtener carga simbólica. Un espacio público se convierte en *espacio público-político* cuando ese simbolismo deja de lado lo económico, lo social y lo cultural para ser antes que todo político. Así, el “*uso e interiorización de los espacios y sus respectivas vivencias*” (Silva, 2006: 25) toma rasgos políticos.

Como “*nada se experimenta en sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de acontecimientos que llevan a ello, con el recuerdo de experiencias anteriores*” (Lynch, 1974: 9), el *espacio público-político* logra su carácter particular cuando los contornos de ciudad –por ejemplo los límites de lo que es la Carrera Séptima en Bogotá–, los acontecimientos –como las movilizaciones políticas– y los recuerdos anteriores –basados en la memoria colectiva y la historia urbana y política– se entremezclan. Y es en esta mezcla que surge el *espacio público-político* como un escenario simbólico, pues la carga de poder que lleva adentro le dio su calificativo de lo político. Y es colectivo, en tanto que hay “*una imagen pública de cada ciudad que es el resultado de la superposición de muchas imágenes individuales*” (Lynch, 1974: 47). De esta manera, se puede pensar que el *espacio público-político* es la yuxtaposición de los elementos vistos en el Capítulo 1, pues se entremezcla el espacio público con las narrativas políticas y la opinión pública junto con los imaginarios compartidos sobre el escenario que carga el significado político. El *espacio público-político* se considera *de todos*, donde convergen todas las clases sociales, todos los grupos, todas las iniciativas políticas. Es precisamente porque allí sucede lo público con matices políticos, que su trascendencia se obtiene gracias al uso y apropiación de los lugares. Y es tan increíble esta apropiación del *espacio público-político*, que se traspasa el límite del uso, para llegar a niveles altos de identificación, que bien podrían llegar a

la identidad nacional. Así, los individuos se apropian de esos escenarios simbólicos y comienzan a forjar su realidad cotidiana alrededor de ellos. Los ciudadanos en Bogotá han construido un vínculo tanto con la Plaza de Bolívar como con la Carrera Séptima, hasta el punto de que se convirtieron en lugares especiales cargados de valor simbólico por donde los actos políticos, sobre todo las movilizaciones, deben pasar para adquirir igualmente valor.

En el breve recuento sobre la Carrera Séptima y en la descripción de la Plaza de Bolívar como lugar de encuentro en el Capítulo 2, se vio que, históricamente, esos espacios han tenido un simbolismo típico y han sido el blanco de los usos de la manifestación política en la capital colombiana. La Plaza de Bolívar es un escenario más obvio, pues es el corazón histórico de la ciudad, donde se encuentra la Catedral, el Capitolio, el Palacio Liévano de la Alcaldía Mayor; está rodeada de Ministerios y es vecina del Palacio presidencial de Nariño; sin duda puede tomarse como un ejemplo de *espacio público-político*. Lo que no es tan obvio es por qué la vía recoge tantas representaciones en su utilización como lugar de desfile. Esta cuestión hace que se planteen varias preguntas, cómo cuáles son las particularidades que hacen de la Carrera Séptima el referente de movilización capitalino, como lugar de expresión de lo público. En entrevista, el historiador Germán Mejía Pavonni afirmó que la particularidad está en lo procesional, en *“el carácter simbólico que adquiere el transcurrir por ese espacio para llevar la expresión hacia el centro de poder que es la plaza. La expresión de la protesta y de la opinión tienen un transcurso por la ciudad, un recorrido, y aquí se manifiestan por la Séptima”* (Mejía Pavonni, 2015). De esta manera, el imaginario sobre la movilización hace que siempre se recaiga sobre la Carrera Séptima, para llegar, invariablemente a la Plaza de Bolívar: *“¿por qué las marchas que comienzan en las Américas, en la Nacional, en la 72, confluyen a la 26 y terminan en la Plaza? No importa de dónde vengán. Inevitablemente, si yo me subo por la calle 12, yo entro a la Séptima”* (Mejía Pavonni, 2015).

En *Carne y piedra*, Richard Sennet afirma que, en la modernidad de la ciudad occidental, *“los cuerpos individuales que se desplazaban por el espacio urbano poco a poco se independizaron del espacio en que se movían y de los individuos que albergaba ese espacio”* (Sennett, 1994: 344). Este tema se revisó en el Capítulo 1, hablando de la teorización del declive de lo público, el cual se plantea como un mal característico de la sociedad contemporánea. Sin embargo, se ha visto que espacios como la Plaza de Bolívar y la Carrera Séptima en Bogotá no pierden su valor ni su significado, ni siquiera en el contexto actual de repliegue sobre lo privado. Esto puede explicarse en tanto que representan *espacios público-políticos*, que comparten las cualidades de ser colectivos, construirse en tanto emblemas sociales, perdurar en el tiempo y mantener su uso

y su apropiación con el pasar de las generaciones. Pero esto no solo se da en Colombia, sino que sucede en todos los rincones del mundo, principalmente en las capitales.

2. Los escenarios simbólicos en las ciudades del mundo

En el Capítulo 2 se habló de los escenarios y emblemas urbanos en tanto son los lugares donde se define la urbe, donde los ciudadanos evocan su ciudad como símbolos compartidos y la representan espacialmente. Desde el *espacio público-político*, la ciudad se vuelve el lugar del aparecer –como diría Hannah Arendt (1993)–, con las condiciones de teatralidad y cotidianidad. Y como “*una urbe tiene que vérselas con la construcción de sus sentidos*” (Silva, 2006: 144) propios, el *espacio público-político* surge en las ciudades gracias a los significados compartidos que le dieron su carga simbólica.

Pero, efectivamente, cada ciudad tiene su propio estilo, y cada una produce sus *espacios público-políticos* en los que la opinión pública se expresa. Unas ciudades tienen escenarios simbólicos de movimiento y otras los tienen de concentración. Mientras en algunos lugares del globo se habla de vías arteriales que le dan trascendencia a los desfiles políticos, culturales y sociales, otras ciudades poseen plazas que concentran a la muchedumbre. A pesar de sus rasgos disímiles, lo que comparten estos *espacios público-políticos* es que son las ciudades quienes los generan, pues “*ennoblecen, resignifican, valorizan lo que ocurre; sitios donde se rompe la vida cotidiana cuando suceden, se permean de ese valor y adquieren significado*” (Mejía Pavonni, 2015). Se entiende que hay ciudades que *producen* unos lugares procesionales y otras que *producen* sitios de concentración, lo cual surge por pensamientos y culturas divergentes. No es coincidencia que en los países hispanohablantes se hable de la “Plaza Sésamo”, mientras que en los anglófonos se disfrute de la “*Sesame Street*”.

3. La ciudad en procesión: casos de la Quinta Avenida y la Nevsky Prospekt

Esos escenarios semejantes a la Sesame Street tienen un carácter moderno, ya sea europeo o anglosajón, donde en la ciudad “*se vuelve automática la búsqueda de la calle ‘principal’, en la que también automáticamente se confía*” (Lynch, 1974: 52). Por ejemplo, Marshall Berman (1982) presenta los casos de la Quinta Avenida de Nueva York y de la Nevsky Prospekt de San Petersburgo como referentes viales de modernidad.

En su estudio sobre el Desfile Puertorriqueño y el Carnaval de Trinidad y Tobago que acontecen en Nueva York, Freidenberg y Kasinitz (1990) explican cómo se busca siempre desfilarse por la

Quinta Avenida. Esto, porque la ruta “*representa la localización del poder, la ubicación física del establishment de la ciudad; de allí su importancia para los neoyorquinos de cualquier extracción étnica*” (Freidenberg y Kasinitz, 1990: 113). Entonces, “*tomando el desfile como mecanismo de protesta*” (Freidenberg y Kasinitz, 1990: 117), los autores demuestran que la Quinta Avenida tiene una carga sumamente importante en el imaginario colectivo de los neoyorquinos, sin importar cuál sea su procedencia. En efecto, caminar, marchar, desfilarse por la vía permite hacerse escuchar en el corazón de la capital del mundo, colapsar el tráfico y, como se diría en inglés, *making a point*. La Quinta Avenida es un claro ejemplo de *espacio público-político*, a pesar de que a veces se use para desfiles culturales o sociales, puesto que la idea es que el común de los ciudadanos comparta el espacio y se identifique con él.



Quinta Avenida en Nueva York, EE.UU. Julio de 2011. Fotografía por Mariana Toro Náder.

Por otro lado, en San Petersburgo se ubica la Nevsky Prospekt, una de las avenidas con más historia del mundo. Berman (1982) describe cómo los principales escritores del siglo XIX en la literatura rusa presentan a la Nevsky Prospekt como una calle moderna y blindada del poder político, de la manipulación del gobierno, y que era el espacio donde todas las clases sociales podían convivir y expresarse, era el referente donde convergían las diferentes fuerzas sociales y por donde los individuos manifestaban sus protestas. Se puede decir que esta mentalidad perdura hasta hoy. Entre los lugares que influyen en el desplazamiento y las acciones de la multitud, se dice que, históricamente, “*todos sabían que deberían ir al Nevsky Prospekt o al Palacio Tauride, porque eran los lugares adonde iban los manifestantes. Los traslados de la multitud no eran “espontáneos”: continuaban una tradición ya establecida, un código de protesta espacio-cultural de la capital*” (Figs y Kolonitskii, 2001: 63). El imaginario colectivo sobre la vía es innegable, hasta el punto de que el escritor Nikolái Gógol la presenta en uno de sus relatos no solo como un lugar, sino como un actor, como un personaje. De esta forma, se ve cómo la avenida es un referente simbólico de la ciudad de San Petersburgo y se erige como el

espacio público-político donde la muchedumbre que expresa su opinión quiere –y cree que debe– manifestarse.

4. La ciudad concentrada: casos de la Plaza de la Independencia y la Plaza de Armas

En varios de sus textos y conferencias, Slavoj Žižek afirma que no existe nada en el mundo sin que tenga de por medio una ideología. Todos actuamos desde ella, y las ciudades, como constructos imaginarios, no se quedan atrás. Se puede decir que lo urbano tiene un elemento físico, otro social y otro ideológico. Es en este último donde

prevalece una concepción de la vida en la que predomina la autoridad del conjunto de reglas, normas e ideas que se crean en la convivencia. Por eso lo fundamental de una ciudad es la plazuela o, si se quiere usar las fórmulas griega y romana, el ágora y el foro. En la plaza, el contacto codo a codo crea la solidaridad, la opinión, las corrientes de opinión (Romero, 2009: 122).

Lo hispánico, entonces, permea las posturas modernas que se buscaron en América Latina en el siglo XIX –como se vio con la breve historia de la Séptima en el Capítulo 2– y no deja que se pierda la importancia de la plaza, pensamiento heredado de la Colonia Española. No por nada el arquitecto Juan Carlos Pérgolis tituló su libro como *La plaza: el centro de la ciudad* (2002). En este, afirma que

la plaza fue un elemento urbano redescubierto y enfatizado en su carácter comunitario. Por sus significados de permanencia en el trazado urbano y en la memoria colectiva y por haber sido en casi todos los casos, punto de arranque de la ciudad o parte inherente a los sectores históricos, la observación de las plazas condujo obligadamente al estudio de la historia urbana (Pérgolis, 2002: 69).

La plaza es el centro donde se concentra la expresión, donde la opinión se reúne en un espacio para que, en el contacto, la multitud recoja las demandas políticas y sociales. Es el sitio primordial del imaginario de tradición colonial y de ideología hispánica, pues es la base de la construcción de la ciudad, el eje estructural, el pilar de la identidad ciudadana y el arranque de los trazados de planificación y urbanismo. En las sociedades hispanoamericanas, sobre todo, la plaza representa el lugar de identidad y memoria colectiva, de hacerse ver y oír, de estatus, rango y poder, el espacio donde se edificaban los principales inmuebles políticos, religiosos y comerciales, pero que, a pesar de esto, se podía considerar *de todos*. Veamos unos ejemplos.

También conocida como la Plaza Grande, la Plaza de la Independencia es la de mayor tamaño en Quito, símbolo del poder ejecutivo y lugar donde se encuentra la Catedral Metropolitana y el Palacio presidencial de Carondelet. Su herencia española hizo que la plaza se convirtiera en el espacio de convergencia de lo religioso y lo político, lo cual llevó a que la ciudad se expandiera con la Plaza de la Independencia como su corazón. En el libro *Quito imaginado*, los autores afirman que los imaginarios en la capital ecuatoriana se refieren constantemente a ese *centro*, escenario donde todo ocurre. “*El Centro es el “espacio de todos”, puesto que le otorga el sentido de identidad colectiva a la población que vive más allá de sus mismos predios*” (Aguirre, Carrión y Kingman, 2005: 99). Sostienen, además, que “*es un espacio público por ser un ámbito de relación y de encuentro, donde la población se socializa, se informa y se expresa cívica y colectivamente*” (Aguirre, Carrión y Kingman, 2005: 99). Pero, cabe decir, que no solo es público, sino que es un *espacio público-político*. Como se vio en la conceptualización al comienzo de este capítulo, este espacio de características políticas tiene tanta carga simbólica que, más allá de ser un referente colectivo siempre presente en las representaciones de los ciudadanos, puede llevar a la construcción de una identidad compartida. En Quito, precisamente, el lugar donde acontecen los hitos políticos es el centro, y más que el centro, es la Plaza de la Independencia. Esto explica por qué, cuando los manifestantes quieren expresar sus demandas en ese *espacio de todos*, la Policía cierra las entradas a la plaza, obstaculizando así el paso al escenario de concentración de la multitud. En el imaginario ecuatoriano existe la idea de que si el movimiento logra llegar a la Plaza de la Independencia, ya el gobierno no puede hacer nada frente al peso titánico de la muchedumbre.

De otra mano, siguiendo en la vecindad regional, se puede decir que sucede un fenómeno similar en la Plaza de Armas en Lima. Igualmente situada en el centro histórico, la también llamada Plaza Mayor hace las veces de espacio concentrador en la capital peruana. La historia de este espacio se remonta al siglo XVI, cuando los españoles reconquistaron los territorios que anteriormente estaban bajo el yugo inca. “*La explanada sobre la cual se ubica la Plaza Mayor estaba rodeada por una serie de montículos de carácter ceremonial*” (Programa de Desarrollo, s.f.), lo cual le da un carácter tanto hispánico como precolombino, pues se buscaba la composición de una nueva sociedad basada en la religión católica que estuviera encima de las divinidades andinas (la Catedral se construyó sobre la zona de adoración indígena, por ejemplo). Se entiende entonces que ese espacio donde actualmente está la Plaza de Armas, la Catedral y la casa del Gobernador, tiene desde hace siglos un simbolismo de poder y gestación de la ciudad. Fue desde allí que se trazaron las calles y las manzanas de viviendas, y representó la época de la Colonia y el dejar atrás la herencia del imperio Inca. La planificación urbana tomó la plaza como

el eje central, llenando de estatus a las edificaciones que se situaran sobre y alrededor de esta y significando el lugar de los principales eventos de la capital, como desfiles militares, mercados comerciales y presentaciones culturales. Hoy en día, cuando los ciudadanos limeños se movilizan, no importan las calles por las cuales llegan, siempre y cuando logren congregarse en la Plaza de Armas. Lo trascendente es colmar el espacio de concentración.



Plaza de Armas en Lima, Perú. Octubre de 2012. Fotografía por Mariana Toro Náder.

5. ¿Posibilidad de hibridación?: casos de la Plaza de Mayo y la Avenida Paulista

Ya se vieron algunos escenarios simbólicos que por su carácter procesional o concentrador se traducen en *espacios público-políticos*. Los primeros son modernos, anglosajones, mientras los segundos son coloniales, hispánicos. Sin embargo, debe pensarse también la posibilidad de hibridación, de que haya un *espacio público-político* que, a pesar de tener una tradición colonial e ibérica que tendería a la plaza, se establece como un escenario procesional que tiende a lo moderno.

Es el caso de la Plaza de Mayo de Buenos Aires que, en realidad, más que una plaza, se convirtió en un espacio vial, con la apertura de la Avenida de Mayo en 1894. En Argentina se formó entonces “*el primer gran eje urbano al romper la trama colonial*” y “*como remate del eje que conforma la Avenida de Mayo, se construyó en la Plaza Lorea el edificio del Congreso de la República con una gigantesca cúpula en línea con la avenida*” (Pérgolis, 2002: 117). La hibridación fue obvia. Un espacio de concentración, meramente colonial e hispánico, mutó para convertirse en un espacio procesional. Se habla de Plaza de Mayo y de Avenida de Mayo, pero, realmente, ambas se usan como un solo escenario simbólico por donde la multitud transcurre y se expresa. Es así como se posicionaron ante el mundo las Madres de la Plaza de Mayo. Particularmente, estas surgieron en sus espacios privados, en el llamado *oikos* griego del que hablaba Arendt (1993), pero el movimiento social tomó el nombre del lugar físico y se trasladó a las portadas de los periódicos internacionales para continuar con una amplia visibilidad política. El espacio y el movimiento social se transformaron en aliados, tomando significados comunes

para el objetivo de hacer mella sobre la opinión pública y llegar a las agendas mediáticas del globo.



Plaza de Mayo en Buenos Aires, Argentina. Abril de 2012.

Fotografía por Mariana Toro Náder.



Avenida Paulista en São Paulo, Brasil. Julio de 2015

Fotografía por Mariana Toro Náder.

Por otro lado, en el libro *São Paulo imaginado*, los autores sostienen que en la ciudad más grande de Brasil, “*mientras el centro antiguo perdía su prestigio como marco simbólico de la identidad de la ciudad en el imaginario social, la Avenida Paulista emergió como un nuevo símbolo identificador del São Paulo industrial y de la capital monopolista*” (Rebollo et al., 2006: 52)³. Se ve, así, cómo se va produciendo la hibridación: el centro paulista, a diferencia del limeño y el ecuatoriano, se empezó a diluir en tanto escenario simbólico, y comenzó a perder su carácter de *espacio público-político*. Entonces, a mediados del siglo XX, “*a pesar de que no estuviese totalmente ocupada, la Avenida Paulista ya era motivo de orgullo de los paulistanos, representaba la prosperidad y la riqueza [...], considerada la materialización de la fantasía de riqueza americana con una exuberancia y belleza de la flora tropical*” (Rebollo et al., 2006: 43)⁴. De esta forma, siguiendo los parámetros estadounidenses, la vía de São Paulo empezó a mutar para convertirse en una especie de Quinta Avenida brasileña. Esto explica por qué los primeros símbolos de la avenida eran “*el Club Horms, lugar de encuentro de la comunidad árabe y las dos sedes de la Federación de Industrias y de Comercio*” (Rebollo et al., 2006: 43)⁵. De la misma manera en que la Quinta Avenida es la sede de los comercios más caros del mundo, la Avenida Paulista recogió los lujos: “*A la Avenida Paulista se la denomina: bancos, dinero, movimiento, futuro, progreso, o edificios, opulencia, W. Street.. o bonita, carros, belleza y gringa*” (Silva, 2006: 258). No obstante sus características de lujo y economía, la Avenida

³ Traducción libre del original.

⁴ Ídem.

⁵ Ídem.

Paulista también es el lugar donde se manifiesta la opinión pública, donde se expresa lo ciudadano, y es por esto que se puede decir que más allá del Viaducto del Chá y del Parque Ibirapuera –ambos espacios turísticos y significativos– “*el símbolo urbano más desarrollado en la ciudad de São Paulo es la Avenida Paulista*” (Silva, 2006: 239).

Con estas ilustraciones de *espacios público-políticos*, se puede dar cuenta de la diversificación de escenarios simbólicos alrededor del globo. Y la lista podría seguir: en lo moderno y procesional se podría revisar la Oxford Street de Londres, en lo hispánico estaría la Plaza Mayor de Santiago de Chile, en la hibridación se encontraría el Paseo Reforma junto con la Avenida 5 de mayo y el Zócalo de México D.F. Sin dudar que los espacios vistos son representativos, ahora quedaría plantearse el interrogante: ¿en Bogotá el *espacio público-político* es procesional, concentrador o híbrido? La respuesta podría ser inesperada: ninguno.

La importancia histórica y política de la Plaza de Bolívar la establecería en el ámbito de concentración, mientras que el uso constante de la Carrera Séptima la establecería como un espacio procesional. Y definitivamente no se trata de un híbrido, puesto que son dos espacios diferentes que se relacionan en la apropiación ciudadana para la expresión política de la opinión pública. ¿Cómo explicar este lazo que parecería incompatible? En comparación con São Paulo, Armando Silva dice que “*la sociedad colombiana, en su conjunto, es más "historizada", tiene mayor conciencia de su pasado, de sus tragedias, de sus frustraciones, de sus ídolos políticos*” (Silva, 2006: 235).

Quizás este es el motivo por el cual en Bogotá no hay solo uno, sino dos *espacios público-políticos* que recogen los imaginarios de la ciudad como constructo. En tanto más política e historizada, la capital colombiana permite la construcción imaginario de símbolos que se tejen, sin perder su trascendencia individual. No obstante, debe ponerse en tela de juicio si ambos escenarios simbólicos se erigen como tal en las narrativas y en la opinión pública que, como se vio en el Capítulo 1, toma mucho de la agenda y el enmarcado de los medios de comunicación.

CAPÍTULO 4
LENGUAJE, NARRATIVAS Y OPINIÓN PÚBLICA
ANÁLISIS DE DISCURSO EN LA PRENSA COLOMBIANA 1948-2008

*No nos damos cuenta de la prodigiosa diversidad
de juegos de lenguaje cotidianos porque el revestimiento exterior
de nuestro lenguaje hace que parezca todo igual.*

Ludwig Wittgenstein.

1. El lenguaje y la opinión pública política

El pensamiento de Wittgenstein, desde la filosofía del lenguaje, tiene dos fases: la primera, donde el lenguaje crea realidad a través de su creación de significado; y la segunda, donde se establecen los juegos del lenguaje, y deja de importar el significado como tal sino que importa el uso dado. Visto desde cualquiera de las dos fases, se trasciende la idea de que la realidad genera el lenguaje, para comprender que el lenguaje también crea realidad, haciendo que lo real sea una construcción discursiva. Se puede afirmar entonces que *“la realidad es construida, es un hecho del lenguaje y de la imaginación humana”* (Silva, 2006: 104). El discurso, desde esta perspectiva, es un juego lingüístico desde donde se puede acceder a los discursos sobre el mundo. Por esta razón, todo deviene discurso, lo cual hace que esté sujeto a la lectura y a la interpretación de la realidad. Sin embargo, esta interpretación, para que comience a crear una realidad común, necesita estar mediada y distribuida, produciendo así significados compartidos.

En la primera parte del Capítulo 1 se habló de la mente pública, donde las redes de comunicación, principalmente los medios, limitan el impacto de las expresiones independientes (Castells, 2009: 396). Luego, en la segunda parte de ese capítulo, se buscó describir las diferentes teorías de la opinión pública, llegando al enfoque del enmarcado o *framing*. Se decía que en este proceso comunicativo, los medios de comunicación seleccionaban y resaltaban aspectos de los acontecimientos para promover una determinada interpretación (Castells, 2009: 218), lo cual llevaba a que delimitaran las fronteras del conocimiento y el juicio de los lectores o la audiencia (Sampedro, 2000: 97). Esto se aplica sobre todo en materia de hitos sociales y políticos, pues ya se había visto que *“la gente recurre a los medios de comunicación para obtener la mayor parte de su información política”* (Castells, 2009: 264). Y, desde el enfoque constructivista explicado por Losada y Casas (2004), se comprendió que la realidad adquiere significado en la medida que es interpretada, y se dijo que *“cuando son los medios los productores de sentido, se tejen relaciones de significado y de simbolismo que permiten comprender los acontecimientos cotidianos”* (Toro Náder, 2015).

Los medios de comunicación, en este caso la prensa, son quienes sacan a la luz los asuntos sociales y políticos, para que los hechos puedan ser observados, como se decía con Rabotnikof (2005) en el Capítulo 1, pues son estos quienes tienen la posibilidad de reducir la complejidad – pensando desde Luhmann–. Pero, así como se reduce lo complejo de la realidad y se ofrece una interpretación de los hechos a través del enmarcado, también se termina construyendo realidad gracias al uso del lenguaje y las narrativas. Los símbolos generados por la prensa “*se establecen como realidad más allá de lo vivido*” (Rincón, 2006: 17), pues la retórica y la narrativa (storytelling) llevan a la persuasión (Roth, 2007: 63) y a la construcción de un significado común, de un imaginario compartido. No por nada “*los atenienses solían hacer sacrificios anuales a la diosa de la persuasión (Peito) como reconocimiento del poder extraordinario del lenguaje*” (Majone, 1997: 42). El poder del lenguaje hace que las narrativas mediáticas sean usadas como herramientas para persuadir sobre la realidad. Omar Rincón (2008) afirma que “*significar es un acto político*”, pues, sin duda, narrar también es un acto político.

Estudiar las narrativas de los medios de comunicación, de la prensa colombiana, es sumamente importante para describir los imaginarios que existen sobre la Carrera Séptima de Bogotá. En el Capítulo 2 se mostró que esta vía es históricamente la calle del desfile y la procesión en la capital colombiana; y en el Capítulo 3, que se la puede definir como un espacio *público-político* precisamente por su historia de movilizaciones políticas y su simbolismo como escenario urbano. No obstante, esta caracterización de la vía arterial no es casualidad, ni se dio por un azar histórico. Su carácter político ha surgido de una multiplicidad de procesos y dinámicas, como la planeación urbana, la repetición de su uso procesional y la apropiación del espacio.

Pero, sobre todo, los imaginarios alrededor de la Carrera Séptima han crecido como producto de las narrativas de los medios de comunicación sobre ella. Ahora quedaría investigar cuál o cuáles imaginarios son los que se han construido a través de los relatos mediáticos. Por esta razón, se decidió hacer un análisis de discurso del cubrimiento de cuatro líneas editoriales de periódicos o semanarios entre 1948 y 2008, pues, a partir del estudio de los discursos, se puede comprender, pensando desde las teorías de la opinión pública del *framing* y del elitismo institucional, como se vio con Castells (2009) y Sampedro (2000), que los medios de comunicación contribuyen a la construcción de una interpretación de lo real. Y, así, contribuirían a la construcción de un imaginario sobre la Carrera Séptima en calidad de espacio *público-político*.

2. Metodología de análisis de discurso

Como herramienta cualitativa, el análisis de discurso se caracteriza por el estudio de textos como unidad de análisis, que se componen de signos lingüísticos o semióticos (Santander, 2011). A través de este método cualitativo, se busca analizar el discurso en su contexto, intentando una aproximación interpretativa de las narrativas del texto. Para esto, se establecen unas categorías previas o emergentes, según el caso, para dirigir la búsqueda y rastrear lo más relevante del discurso analizado (Santander, 2011). Con base en esta metodología, para analizar los siete hitos políticos, uno por década, de épocas disímiles y con un contexto particular para cada uno, se decidió revisar las narrativas de la prensa colombiana, pues era el único medio que podría tener registro desde 1948 hasta el 2008.

Los periódicos con mayor historia y recorrido en el país son *El Tiempo* y *El Espectador*, solo cerrados por un corto lapso en el gobierno militar y que, igualmente, salieron con los nombres de *Intermedio* y *El Independiente*, esquivando la censura. El problema de estos periódicos es que ambos tenían tendencia liberal, lo cual sesgaba la búsqueda de los primeros hitos. Por este motivo, se decidió estudiar también *El Siglo*, fundado por Laureano Gómez y periódico conservador por excelencia, que, *a priori*, cubriría los hechos desde otro ángulo del bipartidismo –para el último año se revisó el *Nuevo Siglo*, que ha tratado de seguir la línea editorial y, como en 1954 *El Siglo* estaba cerrado, se revisó el periódico conservador *El Diario de Colombia*, dirigido por Gilberto Alzate Avendaño. Finalmente, como, a pesar de sus discrepancias, liberalismo y conservadurismo representaban a la derecha colombiana, se buscó indagar en las narrativas de la prensa de izquierda. Sin embargo, como no hay un medio de izquierda que haya perdurado durante todo el lapso de análisis, se revisó el *Semanario Voz* –antes llamado *Voz Proletaria*- desde 1968, y para los años 1948 y 1954, a falta de registro de otro medio de izquierda, se analizó el semanario *Sábado*, dirigido por Abelardo Forero Benavides, liberal considerado con tendencias izquierdistas.

Por razones metodológicas, se estudiaron las noticias informativas desde el día del hito político hasta una semana después. Es decir que si la renuncia de Carlos Lleras fue el 8 de junio de 1968, se estudiaría esa fecha y los seis días siguientes, hasta el 14 de junio, para darle tiempo al cubrimiento mediático de hablar tanto de los hechos como de las movilizaciones políticas. Y así con los demás hitos: desde el 7 de febrero de 1948 para la Marcha del Silencio, el 9 de junio de 1954 para la movilización estudiantil contra el gobierno militar, el 14 de septiembre de 1977 para el Paro Cívico, el 11 de octubre de 1987 para la movilización contra el asesinato de Jaime Pardo Leal, el 26 de abril de 1990 para la manifestación en rechazo al asesinato de Carlos Pizarro y el 4

de febrero de 2008 para la *Marcha Un millón de voces contra las Farc*. En total se revisó un total de 50 días, pues el hito de 1954 podía contarse desde el 8 de junio, día de la muerte del estudiante Uriel Gutiérrez en la Ciudad Universitaria en enfrentamientos con la fuerza pública.

Con los medios de comunicación seleccionados, se debió hacer un barrido inicial de algunas narrativas mediáticas para extraer las categorías básicas que sirvieran al análisis de prensa. Como el objeto de estudio es la Carrera Séptima, las narrativas y los imaginarios creados en la opinión pública sobre esta, se eligieron las siguientes categorías previas de análisis. Primero está la categoría “Fotografía de la Séptima” seguida por su texto, pues así se comprendería si el cubrimiento de la movilización política le dio especial tratamiento a la Séptima, lo cual se reforzaría con un apoyo visual. En segundo lugar, se eligió la categoría “Plaza de Bolívar”, donde se rastrearon todas las veces que se habló de la Plaza Mayor de Bogotá, para revisar si se le dio más importancia a esta que a la Séptima que era el escenario de movilización y la plaza el lugar de llegada. Luego, se buscaron “Otras vías”, para revisar si la Carrera Séptima era tratada como una vía más, o si se le daba preponderancia a otras calles y escenarios. En cuanto a la movilización como tal, se buscaron las categorías de “Simbología” y “Magnitud”, para revisar qué tanto se narró en la prensa de la movilización y de la fuerza de los símbolos utilizados –lo cual serviría además para comparar con las entrevistas del próximo capítulo–. Por último, aunque como categoría más relevante, se analizó la “Importancia de la Séptima”, pues era necesario revisar qué tanta trascendencia le dieron los medios de comunicación a la vía en esos hitos políticos que se movilizaron por ella. A cada una de las categorías se le asignó una celda extra en la base de datos para los ejemplos, lo cual facilitaría la cuantificación de los “sí” y “no” en las categorías. Es decir, por ejemplo, que se establecía en un primer lugar si había o no referencia a la simbología, y después se ilustraba cómo narraban los medios esos símbolos.

El siguiente fue el modelo utilizado para la sistematización de datos:

Medio de comunicación	Fecha	Titular	Fotografía de la Séptima	Texto	Plaza de Bolívar	Ejemplos	Otras vías	Ejemplos	Simbología	Ejemplos	Magnitud	Ejemplos	Importancia de la Séptima	Ejemplos	Comentarios
-----------------------	-------	---------	--------------------------	-------	------------------	----------	------------	----------	------------	----------	----------	----------	---------------------------	----------	-------------

3. Análisis de resultados

Se analizaron 105 noticias de prensa, entre las cuales se cuentan 32 de *El Tiempo*, 30 de *El Espectador*, 30 de *El Siglo* (y el *Diario de Colombia* como periódico conservador) y 13 de *El Semanario Voz* (y el *Semanario Sábado* como representante de la izquierda en los primeros años). Como los signos estudiados a través del análisis de discurso fueron meramente lingüísticos –pues no se analizaban las fotografías como tal, sino su texto– se decidió realizar un análisis transversal a partir de las categorías previas. Esto, pues es más interesante estudiar los

resultados de cada categoría que realizar una descripción de las narrativas según orden cronológico o según solo el medio de comunicación. Estos fueron los datos más relevantes extraídos del análisis de la prensa colombiana, presentados a partir de ejemplos representativos.

a. Plaza de Bolívar

En las noticias analizadas, la Plaza de Bolívar sale 44 veces, y muchas de aquellas en las que no sale es porque son un seguimiento a lo que ya se había dicho en una noticia anterior, donde sí se hablaba de la plaza. Es decir que, en prácticamente todos los hitos, a excepción de la tragedia estudiantil de 1954, la Plaza de Bolívar es un símbolo recurrente. Se entiende que en este hito no hayan sido representativas las referencias a la plaza, pues la movilización de estudiantes no alcanzó a llegar allí, aunque igualmente se nombra el hecho de que se estaban dirigiendo hacia ella. Los epítetos más utilizados, en todos los medios, son “*Plaza Mayor*”, “*Plaza del Libertador*” y “*plaza principal de Bogotá*”, y generalmente se escribe en mayúsculas, tomándola casi como un actor con nombre propio. Asimismo, el escenario urbano es presentado como el lugar de reunión, de muestra de la expresión política: “*se congregaron en la Plaza de Bolívar*” (*El Tiempo*, 1948), “*se reunieron ayer en la gran Plaza de Bolívar*” (*El Tiempo*, 1968). Y también se subrayan las grandes edificaciones que quedan sobre ella, como la “*Catedral Primada*” y el “*Capitolio*”, principalmente en los hitos de 1987 y 1990. Pero lo más importante era siempre demostrar que se llenaba con los manifestantes: “*entre la multitud que colmaba la Plaza de Bolívar*” (*El Espectador*, 1987), “*la Plaza de Bolívar se empezaba a poblar de seguidores*” (*El Tiempo*, 1990), “*la Plaza de Bolívar otra vez llena en la protesta*” (*Semanario Voz*, 1990), “*en pocas ocasiones la Plaza de Bolívar de Bogotá logra congregarse a tantas personas como sucedió ayer*” (*El Tiempo*, 2008), “*la Plaza de Bolívar se vio totalmente abarrotada*” (*El Siglo*, 2008), “*el momento más emocionante de toda la movilización se originó en la Plaza de Bolívar donde cerca de 35 mil personas se unieron al clamor nacional*” (*El Siglo*, 2008).



Semanario Voz, semana del 15 de octubre de 1987.



El Siglo, 12 de junio de 1968.

b. Magnitud y simbología

La magnitud fue la categoría que no faltó nunca en el conjunto de noticias analizadas. Tanto *El Tiempo*, como *El Espectador*, *El Siglo* y el *Semanario Voz* buscaron cuantificar las movilizaciones, y las caracterizaron, sin importar de cuál se tratara, con adjetivos como “espectacular”, “magnífica”, “tumultuosa”, “enorme”, donde había “millares de personas” y “ríos de gente”. Esta categoría es significativa pues va de la mano tanto con la Carrera Séptima como con la Plaza de Bolívar –aunque sobre todo con esta última–. Se comprende que la idea de “llenar” la plaza demuestra el éxito de la movilización, su capacidad de mover a las masas y concentrarse en el centro del poder en la capital. En el Capítulo 2, se hablaba con Germán Mejía Pavonni de que “la capacidad de llenar esa plaza” (Mejía Pavonni, 2015) era el indicador del triunfo del desfile. La magnitud y la Plaza de Bolívar fueron categorías utilizadas incluso cuando se buscaba minimizar el hito, como sucedió con el periódico *El Siglo*, ampliamente conservador, y las movilizaciones liberales: “por la misma Plaza de Bolívar transitaba la gente sin preocuparse mayor cosa de la jerga, como puede apreciarse en esta foto” (*El Siglo*, 1948), “se observa la Plaza de Bolívar con inmensos claros” (*El Siglo*, 1968). Igualmente, la izquierda no se quedó atrás en la crítica al oficialismo, como en la manifestación por la renuncia de Carlos Lleras y la Marcha Un millón de voces contra las Farc: “manifestaciones provocadas”, “teatral renuncia”, “esquelética manifestación” (*Semanario Voz*, 1968); “manipular a un grupo de

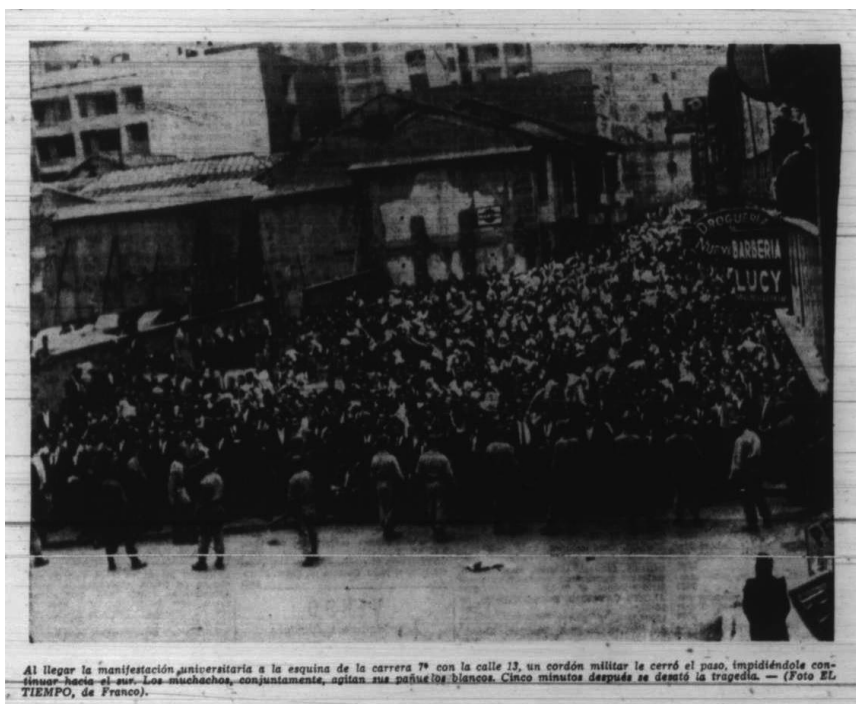
colombianos que de todas maneras no representa a la gran masa de la población”, “la marcha fue de odio”, “marcha uribista” (*Semanario Voz*, 2008). Así, la magnitud en las noticias de prensa se tomaba como la cantidad de gente que iba a llegar –o no– a la plaza, al escenario urbano de concentración que hay que colmar para que sea exitoso, y no el número de personas que iban en la procesión. Esto solo se vio en pocas ocasiones, como cuando se dijo “con pancartas que iban de lado a lado de la Carrera Séptima, los bogotanos marchaban en forma ordenada” (*El Tiempo*, 1968), “la Carrera Séptima, en su parte más encajonada, trayecto entre las calles 16 y 11, daba la sensación de un inmenso oleaje humano”, “el desfile, al llegar a la calle 13, era ya tan imponente que la gente no cabía por la calle sino que tuvo que apelar a las aceras” (*El Tiempo*, 1948). De la misma forma, la simbología sirvió más que todo para demostrar que las movilizaciones “con pancartas”, “con banderas” o “con pañuelos” llenaron la plaza, demostraron el expresar de la multitud, el sentimiento de los manifestantes. Por esta razón, cuando se revisó la categoría, se vio que los simbolismos, más que transitar la calle, se concentraban en la Plaza de Bolívar, demostrando nuevamente la importancia de este espacio público-político como emblema de Bogotá donde se congregan los símbolos de movilización política.

c. Otras vías

Del análisis de discurso de la prensa colombiana entre 1948 y 2008 se extrajo el hecho de que, por lo general, no se habla de otras vías en las movilizaciones políticas. Solo en contadas ocasiones, se nombran otros escenarios relevantes, entre los cuales están la calle 13 –testigo de los disparos en la tragedia estudiantil de 1954– y la calle 26 –vía de llegada al Cementerio Central en las movilizaciones por los magnicidios de Jaime Pardo Leal y Carlos Pizarro de 1987 y 1990–. En el resto de casos en los que aparece la categoría de “otras vías” se vislumbra que se habla de “las vías céntricas” de Bogotá (*El Siglo*, 1968) o de “las principales calles del centro de la ciudad” (*Semanario Voz*, 1977). Además, lo más pertinente de esta categoría fue el hecho de que se habla, sobre todo, de las calles de la Carrera Séptima, aunque esta no se visibiliza. Llama la atención que se nombre la calle 23, la 22, la 16, la 11, pero no se especifique realmente que es con Séptima, lo cual queda más bien tácito. Por ejemplo, en la manifestación contra el asesinato de Pizarro, que tuvo una organización de tipo *al revés*, pues empezaba en la Plaza de Bolívar y se dirigía a su conclusión en el Cementerio Central. A pesar de ser una vía obligada para tomar la calle 26, la Carrera Séptima brilló por su ausencia, tanto para la llegada a la Quinta de Bolívar como al Cementerio Central –solo el *Semanario Voz* dijo algo al respecto: “más de 50 mil personas colmaron la Carrera Séptima” (*Semanario Voz*, 1990)–.

d. Importancia y fotografía de la Séptima

Un dato curioso y preocupante extraído del análisis de discurso fue que solo 30 noticias hablaron de la importancia de la Carrera Séptima en los hitos de movilización y simplemente en 19 se presentó una fotografía de la vía. De estas, aproximadamente la mitad son de *El Tiempo*. De resto, las sigue *El Espectador*, luego *El Siglo*, y por último el *Semanario Voz*, que no expuso ninguna fotografía de la Séptima y que solo en una noticia, realmente, habló de ella como tal: “en Bogotá más de 50 mil personas colmaron la Carrera Séptima (sic) en un desfile que se prolongó desde las nueve de la mañana hasta el mediodía” (*Semanario Voz*, 1990). Fue especialmente en el hito de 1954 donde más se habló de la Séptima y se la fotografió, lo cual se comprende pues los disparos acontecieron en la Carrera Séptima con calle 13, y, además de que nunca se concretó la llegada a la Plaza de Bolívar, hubo fotografías inmediatas de la tragedia.



“Al llegar la manifestación universitaria a la esquina de la carrera 7ª con la calle 13, un cordón militar le cerró el paso, impidiéndole continuar hacia el sur. Los muchachos, conjuntamente, agitan sus pañuelos blancos. Cinco minutos después se desató la tragedia”. *El Tiempo*, 10 de junio de 1954.

Por otro lado, en el hito de 1977, simplemente se habla de la Séptima por lo vacía, por la poca cantidad de carros que transitaban a causa del Paro Cívico, y no por su importancia para la movilización: “avenidas populosas que son un hervidero de gente, como las carreras séptima, trece y décima, la avenida 26, la Jiménez y la Caracas estaban semidesiertas” (*Semanario Voz*, 1977). Incluso *El Tiempo*, que la nombró múltiples veces, a diferencia de *El Espectador* y *El Siglo* donde brilló por su ausencia, privilegió la movilidad en la Séptima que su relevancia política y social en el hito: “aunque ayer martes 14 de septiembre en realidad la carrera 7ma (sic) fuera tal vez la vía urbana más importante y famosa de Colombia, parecía estar viviendo el día de

año nuevo, no precisamente por el bullicio festivo sino por la ausencia de vehículos y por las marejadas humanas que se desplazaban por ella”, “en realidad la carrera 7ma (sic) estuvo ayer más sola y concurrida que nunca, la afluencia de peatones por las aceras fue numerosísima”, “esta calle es nuestra, anotó un transeúnte por lo libre del furioso ruido de los carros”, “a las 12 del día la Carrera Séptima parecía uno de esos bulevares europeos por donde transita la gente sin temor de ser arrollada por un vehículo” (*El Tiempo*, 1977). Algo similar sucede en el hito de 1987, donde la Carrera Séptima fue tomada principalmente como una vía más de los saqueos a raíz de la manifestación, como se puede observar con la frase: “por la séptima, vidrios, avisos, andenes rotos, a lo ancho de la Avenida cientos de grafitos invitaban al paro” (*El Tiempo*, 1987), y con fotografías de la vía que hablaban de los “encapuchados”, del “saqueo delincuencia”, de los “vándalos” y de las “olas de lumpen que atacaban las tiendas”, como se vio en *El Espectador*, *El Siglo* y el *Semanario Voz*.

Sin embargo, lo que más llamó la atención sobre la “Importancia de la Carrera Séptima” fue el hito de 2008, donde los medios de comunicación tomaron una perspectiva completamente disímil. Mientras *El Espectador* y *El Siglo* le dieron mayor cubrimiento a la Plaza de Bolívar como “epicentro de la marcha original” (*El Espectador*, 2008) y “el destino final de una de las marchas” (*El Siglo*, 2008) y el *Semanario Voz* a duras penas la nombró para criticar el discurso del vicepresidente Francisco Santos, *El Tiempo* buscó darle toda la preponderancia posible a la Carrera Séptima. No solo el medio de comunicación convocó a movilizarse desde el 4 de febrero: “la gran marcha sale del Parque Nacional hacia la Plaza de Bolívar por la Séptima (sic)” (*El Tiempo*, 2008), sino que además presentó un mapa donde explícitamente se muestra a la Séptima –así, con mayúscula– como el lugar especial del desfile. Como si fuera poco, utilizó en la mayoría de las veces enormes fotografías a color de la vía: “este era el panorama en la Carrera Séptima (sic) con calle 72”, “esta imagen de la carrera 7ma (sic) hacia el norte muestra la magnitud de la respuesta de los bogotanos a la marcha” (*El Tiempo*, 2008) y se presentó un mapa explicitándola como el espacio primordial de la marcha. En efecto, aquí la magnitud no solo es en la Plaza de Bolívar, sino en la Carrera Séptima, como escenario procesional que también estaba repleto, aún más que las mismas plazas de Bogotá y que, a diferencia de otras movilizaciones, no comenzaba en la calle 26, sino muchísimo antes, con particular importancia de la calle 72, lo cual extendería la Séptima, la antigua Calle Real.



“A las 12:35, este era el panorama en la carrera séptima con calle 72”.
El Tiempo, 5 de febrero de 2008.



“Ruta de la gran marcha”. *El Tiempo*, 4 de febrero de 2008.

4. Conclusiones del análisis de discurso

Con el análisis de discurso y los datos encontrados según las categorías de estudio, se pueden sacar siete conclusiones principales:

1. La Plaza de Bolívar se lleva prácticamente todo el cubrimiento mediático, lo cual se puede comprender porque es el escenario urbano concentrador, donde se puede vislumbrar más fácilmente la magnitud de la movilización política, además de que ahí es donde suceden por lo general los hechos más cruentos, como los enfrentamientos con la Policía, los gases lacrimógenos y las consignas simbólicas de las marchas. Esto se entiende pues en el ámbito político, *“la información de más éxito es aquella que maximiza los efectos de entretenimiento”* (Castells, 2009: 270). Así, se le da preeminencia en las narrativas mediáticas a lo sensacional de la Plaza de Bolívar y no a lo procesional generalmente más tranquilo de la Carrera Séptima. Incluso muchas veces se hablaba del recorrido de plaza a plaza, sin darle importancia a la vía de unión: *“desde la Plaza San Diego hasta la Plaza de Bolívar”* (*El Siglo*, 1968).

2. La magnitud y la simbología son categorías recurrentes en casi todas las noticias pues representan la capacidad de movilización política y social del hito político y van de la mano con lo sensacional, con lo extraordinario, relacionados particularmente con lo emocionante de la Plaza de Bolívar.
3. Por lo general, en la prensa analizada se habla de la Carrera Séptima cuando es estrictamente necesario porque los acontecimientos sucedieron ahí, como en la tragedia estudiantil del 9 de junio de 1954. De resto, *El Espectador*, *El Siglo* y el *Semanario Voz* la tratan sobre todo como una vía más de la movilidad bogotana –como en el Paro Cívico de 1977–, lo que lleva a pensar en la importancia del movimiento por encima del uso de lo público, como se vio en el Capítulo 1 y la obra de Richard Sennet (1974).
4. Las ideologías políticas no están directamente ligadas a la construcción de imaginarios sobre la Plaza de Bolívar y la Carrera Séptima, puesto que, a pesar de que el *Semanario Voz* tiende a minimizar las movilizaciones consideradas de derecha, como la Marcha *Un millón de voces contra las Farc* de 2008, igualmente habla de la Plaza de Bolívar y, en ocasiones, del uso de la Séptima. Entonces, se comprende que los imaginarios sobre los espacios *público-políticos* de Bogotá no están sesgados por la tendencia ideológica de los medios de comunicación, sino que más bien la trascienden, virando las narrativas hacia una especie de homogeneidad.
5. Se da una invisibilización parcial del rol de la Séptima como escenario urbano procesional, pues se la nombra y a veces se le da relevancia como vía arteria, pero generalmente las referencias como espacio *público-político* se quedan cortas en el simbolismo, sobre todo en *El Espectador*, *El Siglo* y el *Semanario Voz*.
6. *El Tiempo* es el medio de comunicación que más visibiliza la importancia de la Carrera Séptima, presentando varias veces fotografías de las movilizaciones por ella o con referentes claros a que es “la vía urbana más importante y famosa de Colombia” (*El Tiempo*, 1977) y el posible lugar obligado de paso y procesión para el éxito de las movilizaciones políticas.
7. Sin embargo, a pesar de que generalmente se la nombra, este tipo de referencias *maximizadoras* de la pertinencia de la Séptima como espacio *público-político* en el periódico *El Tiempo* no acontecieron en todos los hitos, lo cual deja algunas dudas sobre si se le da realmente relevancia o si a veces se trata de errores como las mayúsculas como

nombre propio en 2008 o, por el contrario, está viva la idea de que hay que pasar “*por las calles reales*” (*El Tiempo*, 1948), como si hubiera más de una, minimizando el carácter de la Avenida Séptima como la Calle Real de Bogotá.

En suma, el análisis de discurso es una herramienta útil a la hora de describir las narrativas de los medios de comunicación, particularmente de la prensa en Colombia, pues permite la revisión de las expresiones, la multiplicación del uso de una palabra, y la visibilidad o invisibilidad de un hecho o escenario específico en las narraciones. Sin embargo, está claro que estudiar los imaginarios sobre la Carrera Séptima como espacio *público-político* deja ver que “*estamos ante eventos apenas textualizados y son más bien patrimonio de estructuras implícitas de intercomunicación. [...] la percepción imaginaria corresponde a un nivel profundo pero también concomitante a la del dato empírico*” (Silva, 2006: 98). Por esta razón, no se puede simplemente permanecer en los datos narrativos, que también pueden responder a intereses particulares de los dueños de los medios, de su tendencia ideológica o de su pertenencia política. Entonces, se debe trascender el análisis de discurso para llegar al análisis de las percepciones individuales. Es decir, se debe pasar a observar a quienes transitan la calle, quienes comparten los imaginarios, quienes construyen el acontecer público: los individuos; y, aún, mejor, los individuos que vivieron los hitos de movilización en carne propia. Al fin y al cabo, quienes imaginan no son los medios como estructuras organizacionales, sino las personas que pertenecen a –o tal vez se alejan de– la mente pública.

CAPÍTULO 5
EL IMAGINARIO POLÍTICO DE LA MOVILIZACIÓN
UN ANÁLISIS DESDE LAS PERCEPCIONES CIUDADANAS

Los imaginarios sociales sueñan hacia adelante.

*Por esto son diurnos: están dispuestos a ser
poblados todos los días y todas las noches sin término.*

Armando Silva.

1. El imaginario político

Los ruidos, los colores, los espacios, los medios, el tiempo, el pasar de la gente, todos nos hacen construir una versión de lo que es nuestra realidad. En el Capítulo 1 se definieron los imaginarios como construcciones colectivas, enmarcados en una sociedad y una cultura, que permiten explicar, interactuar e interpretar la realidad. Se veía con Castoriadis (1982) que esto implica la capacidad de hacer surgir como imagen algo que no es, es decir, que se establece en el ámbito de la ficción, de lo no real. No obstante, también se afirmó que lo imaginario afecta la forma como se simboliza la realidad, por lo cual lo importante no es simplemente lo empírico sino también lo hermenéutico, la interpretación de esos acontecimientos en una sociedad. El carácter compartido de los imaginarios sociales hace comprender que el significado interpretado es generalmente construido por entes que pueden llevar a una especie de homogeneidad, como son los medios de comunicación. En efecto, aunque no existe un código único de sentido, la producción mediática ha construido imágenes adheridas por gran parte de la sociedad, lo cual afecta las percepciones de la opinión pública sobre los acontecimientos. Y, como se vio con Manuel Castells (2009) esta adherencia se da principalmente en los temas políticos, pues la gente busca los contenidos y las interpretaciones en los medios de comunicación, que se erigen como mediadores sociales (Martín-Barbero, 1987). Como la comunicación implica un “conjunto de decisiones selectivas” (Pintos, 2006), la opinión pública selecciona la información presentada por los medios de comunicación y, junto con las conversaciones que representarían la OP discursiva de Sampedro (2000), se construyen imágenes sobre lo político y lo social.

Sin embargo, ya se dijo que aquí no se sostiene la teoría de la espiral del silencio, donde quien no se inscriba en la opinión general se queda callado al margen. Por este motivo, se debe subrayar el hecho de que, a pesar de que, intencional o desprevenidamente, los consumidores de medios puedan caer en la formación de opinión pública solo a través de las narrativas mediáticas, también está la posibilidad de que existan imaginarios al margen de los colectivamente

compartidos y contruidos con base en los relatos de los medios. Se llega así a la posibilidad de que existan imaginarios paralelos, sobre todo si se trata de temas políticos. Estas percepciones paralelas pueden ser llamadas puntos de vista ciudadanos, que representarían *“una serie de estrategias discursivas por medio de las cuales los ciudadanos narran las historias de su ciudad”* (Silva, 2006: 45). Estas no necesariamente son compartidas, sino que más bien, responden a diferentes construcciones individuales, familiares y/o culturales. Es decir que, tal vez puedan estar marcadas por construcciones narrativas de los medios, pero también por la *empíria*, por lo que estas personas vivieron, observaron o interpretaron. *“Las percepciones de la gente proyectadas en una ciudad son imaginarias por varios motivos: porque cada individuo es hijo de las cualidades de su cultura, porque cada persona vive lo que entiende como su realidad y también porque aquello que cada cual imagina es la visión con la que piensa el futuro”* (Silva, 2003: 39).

No obstante se debe resaltar lo siguiente: estas percepciones no son objetivas, no están completamente libres de la influencia de lo social, por eso no se pueden considerar meramente personales. Son, ante todo, interpretaciones de lo real, lo cual responde a una multiplicidad de dinámicas de la cotidianidad: lo que se ve, lo que se lee, lo que se conversa, lo que se piensa... lo que se imagina. La vida cotidiana está marcada por diferentes agendas: la propia, la pública, la política y la mediática. Y es en este entrelazar de agendas que se van construyendo los símbolos. Así, *“el símbolo se da “en las expresiones de doble o múltiple sentido” por lo cual “el símbolo llama a ser interpretado” (Ricoeur, 1970: 15)”* (Silva, 2006: 92). Estas interpretaciones, sumadas, constituyen el conjunto simbólico de lo social.

Pero, ¿qué se puede considerar como imaginario político? Con base en las definiciones iniciales, se comprende aquí a los imaginarios políticos como aquellas representaciones mentales construidas individual o colectivamente, enmarcadas social y culturalmente, que permiten interpretar la realidad política, sus hitos, personajes y escenarios. Entonces, se entiende que puede existir un imaginario político sobre el Palacio de Nariño, sobre Jorge Eliécer Gaitán y sobre la toma del Palacio de Justicia en 1985. Igualmente, se sostiene aquí que, en efecto, existen imaginarios políticos sobre la Carrera Séptima. Y se pone así, en plural, pues habría que revisar realmente si se pueden generalizar y homogenizar las percepciones y las narrativas de este espacio *público-político* en un solo imaginario político. Esto, pues como no se puede hablar de homogeneidad social en temas políticos, existe la posibilidad de que haya imaginarios políticos tanto colectivos como individuales. Para descubrirlo, es necesario llegar al estudio de las voces de quienes vivieron esos hitos, de sus experiencias de primera mano, que encauzan la representación de la vida política a través de lo acontecido en esa realidad social.

2. Metodología de la entrevista semi-estructurada

Dentro de la investigación cualitativa, es común utilizar el método de la entrevista, pues representa la herramienta de recolección de datos que puede ser empleada “*cuando el problema de estudio no se puede observar o es muy difícil hacerlo*” (Hernández Sampieri et al, 2006: 598). Las entrevistas pueden ser estructuradas, semi-estructuradas o abiertas. En este caso, se utilizó la entrevista semi-estructurada, que se basa en “*una guía de asuntos o preguntas y el entrevistador tiene la libertad de introducir preguntas adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los temas deseados (es decir, no todas las preguntas están predeterminadas)*” (Hernández Sampieri et al, 2006: 597). Se decidió escoger este tipo de entrevista pues permitía seguir una línea de preguntas que diera curso a la conversación y facilitara la comparación con las demás entrevistas, a la vez que admitía la posibilidad de profundizar en algunos temas o narrativas del entrevistado y de añadir preguntas si era necesario. La entrevista estructurada presentaba muy poco movimiento a la hora de preguntar, mientras que la abierta era demasiado ambigua y podía perderse el hilo del análisis para la interpretación de significados.

Las preguntas se plantearon principalmente para que demostraran lo que piensan los entrevistados, es decir, clasificadas en el tipo de “*preguntas de opinión*” de Mertens (2005). De esta forma, en las siete entrevistas, una por hito lo que interesó fue descubrir las percepciones de los entrevistados, para que “*en sus propias palabras*” (Hernández Sampieri et al, 2006: 597) hablaran de los hitos políticos de movilización. Esto permitió revisar el contenido de las respuestas, lo cual, en la interpretación, llevaría al análisis de los imaginarios políticos sobre la Carrera Séptima, según el hito y la época. Las preguntas básicas fueron ocho, divididas de a dos en cuatro ejes primordiales: la memoria sobre el hito, la utilización de la Carrera Séptima, el cubrimiento y narrativas de la prensa, y finalmente, la relevancia e impacto de la Carrera Séptima como escenario de movilización. El siguiente es el formato de entrevista utilizado en esta investigación.

FORMATO ENTREVISTA

“Esta entrevista será grabada y transcrita para fines académicos y posiblemente publicables. Lo que se hable en ella será utilizado para la realización del Trabajo de Grado de Mariana Toro Náder que será presentado para obtener el título de Comunicadora Social con énfasis en Periodismo y de Politóloga en la Pontificia Universidad Javeriana”.

Memoria sobre el hito

1. ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presencié? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?
2. ¿Cómo fue la reacción de la gente en la Carrera Séptima? ¿De los residentes, comerciantes y fuerza pública? ¿Recuerda receptividad o rechazo por la movilización?

Utilización de la Carrera Séptima

3. ¿Por qué cree que se escogió la Carrera Séptima como escenario de la movilización?
4. ¿Cómo se utilizó la vía? (Símbolos, consignas, destrucción de inmuebles, hechos cruentos)

Cubrimiento y narrativas de la prensa

5. ¿La prensa estaba cubriendo el suceso? ¿Cuáles medios de comunicación?
6. En retrospectiva, ¿piensa que la prensa narró bien lo sucedido? ¿Cómo se relataron los hechos? ¿Algún medio en particular? (Pertinencia, veracidad, detalle, imparcialidad, sesgo)

Relevancia e impacto de la Carrera Séptima como escenario de movilización

7. ¿Se le dio importancia al uso de la Carrera Séptima en la prensa como espacio *público-político* de movilización?
8. En su opinión, ¿qué impacto político cree que tiene haber usado la Carrera Séptima para movilizarse? ¿Históricamente, sigue teniendo impacto?

En un esfuerzo investigativo, la idea fue entrevistar a personas que participaron directamente en los hitos de movilización entre 1948 y 2008 o que vieron lo que acontecía por la Carrera Séptima. De esta manera, se entrevistó a Carlos Alemán Zabaleta, abogado liberal de 97 años que marchó detrás de Jorge Eliécer Gaitán en la Marcha del Silencio de 1948; a Antonio Ramírez, periodista de 81 años que descendió de su oficina a la Séptima cuando sucedió la tragedia estudiantil de 1954; a Luis Fernando Marín, filósofo y docente que en su juventud protestó contra el gobierno en el Paro Cívico de 1977; a Gustavo Salazar, abogado y uno de los impulsores de la Séptima Papeleta en 1991, quien gritó con indignación por los magnicidios de Jaime Pardo Leal y Carlos Pizarro en 1987 y 1990; y a Miguel Andrés Fierro, uno de los fundadores del grupo de Facebook y de la posterior Marcha Un Millón de Voces contra las Farc de 2008. Para el hito de 1968, a falta de alguien que hubiera marchado contra la renuncia del expresidente Carlos Lleras, se entrevistó al historiador Abel López, quien a pesar de no haber participado de la movilización, recuerda el porqué de la renuncia y los acontecimientos posteriores y dio su opinión frente al impacto político de la Carrera Séptima y su carácter de espacio *público-político*.

3. Análisis de resultados y conclusiones de las entrevistas

Se debe tener en cuenta que, como se dijo anteriormente, las entrevistas para recolectar datos desde fuentes primarias, con información de primera mano de los acontecimientos, no se pueden considerar objetivas ni verdades reveladas. Antes bien, las entrevistas son los relatos, las percepciones subjetivas y personales de los individuos que dan su voz. Contando lo que vieron con sus propios ojos, no están libres de las influencias de su medio, de su ideología, de su educación ni de sus pares. Sin embargo, estas narraciones son precisamente la materia bruta de los imaginarios, que, a pesar de que pueden ser contruidos sobre mitos, son vividos como “*verdades profundas*” (Silva, 2006: 97). Los imaginarios de ciudad son la suma interactiva de imaginarios individuales, que pueden reforzarse o distanciarse de las representaciones compartidas. Entre la información que se pudo extraer de las entrevistas semi-estructuradas realizadas, se encontraron siete conclusiones básicas, que se ilustrarán con apartes de los relatos.

1. La Carrera Séptima es siempre caracterizada por los entrevistados como una arteria de la ciudad. Así como se vio con el análisis de discurso de la prensa colombiana entre 1948-2008, los entrevistados también hablaban de la Séptima como una vía principal de la capital y como la más importante del Oriente bogotano: “*en el Oriente, la Séptima es la primera vía, aunque no la única, que atraviesa toda la ciudad de Norte a Sur*” (Fierro, 2015). Esto, además, porque se la considera el corredor de la movilidad entre el Norte y el Sur de Bogotá: “*hay una única arteria que comunica desde el Norte de la ciudad a la Plaza de Bolívar y es efectivamente la Carrera Séptima*” (Fierro, 2015), “*la Séptima maneja el tráfico de toda la ciudad y la tendencia es crecer hacia el Norte... Es muy importante*” (Aleman Zabaleta, 2014), “*era la vía nerviosa y viva de la ciudad*” (Ramírez, 2015).
2. Pero sobre todo se dice que la Carrera Séptima tiene impacto político –en efecto, todos los entrevistados afirmaron su importancia como espacio *público-político* de Bogotá– porque es la vía obligada para arribar a la Plaza de Bolívar. Entonces, la Séptima tiene una importancia propia, pero también una adquirida gracias a su estrecha relación con la Plaza de Bolívar: “*la Calle Real era la que comenzaba en la Plaza de Bolívar y llegaba hasta la 26, siempre se ha usado políticamente*” (Aleman Zabaleta, 2014), en la capacidad de la movilización no solo para llenar la Séptima sino también la plaza: “*la demostración del poder de una acción política se concreta en acudir a la Plaza de Bolívar, la competencia entre la lucha de los sectores políticos está en quién llena más la Plaza de Bolívar como un centro de demostración de participación popular, que se*

mantiene hasta hoy” (Ramírez, 2015), *“las plazas tienen un sentido y es finalmente de en dónde muestras la cantidad de la gente, porque concentras, y es el ruido y es el ritual”* (Salazar, 2015).

3. Entonces, la plaza representaría el escenario donde se ejerce la idea de lo público de Arendt (1993) el ver, oír, ser visto y oído por otros. Es decir, a pesar de que los entrevistados sostenían que la Carrera Séptima era políticamente relevante, siempre llegaban a la conclusión de que también lo es ya que representa el corredor hacia el centro del poder político de Bogotá y del país entero: *“la marcha por la Séptima y la llegada a la Plaza de Bolívar era como que el presidente escuche el malestar, era un asunto de protesta, llegar al corazón del poder y protestar; es el lugar donde se hace escuchar”* (Salazar, 2015), *“hay impacto desde lo simbólico hasta la pretensión física de que gritar en la Plaza de Bolívar hay posibilidad de que te escuchen en el Palacio de San Carlos y en el Palacio de Nariño, la pregunta es si el ruido se oye. Es acercarse a las puertas del poder”* (Salazar, 2015), *“la Carrera Séptima es algo emblemático por lo que deriva hacia el poder”* (Fierro, 2015), *“siempre la Plaza de Bolívar es el escenario propiamente a llamar”* (Fierro, 2015).
4. No obstante, a pesar de que se la considera un corredor de llegada a la plaza principal de la capital, también se recalca la trascendencia de la Carrera Séptima como espacio público-político al recoger las demandas de todas las clases, de todos los movimientos, de toda índole: *“la Carrera Séptima siempre ha sido un pulso de la acción política, de los movimientos sociales de todo orden. La Séptima ha sido históricamente una vía de confluencia de manifestación política, todos los movimientos sociales y públicos en Bogotá siempre han canalizado allí”* (Ramírez, 2015), *“pasar por la Séptima es pasar por el Centro de Bogotá, por el corazón de la ciudad, pasar por donde de alguna manera confluye todo, los barrios populares inamovibles, las Cruces, Egipto, pero también los organismos de poder. En el Centro, en la Séptima, confluyen siempre todas las clases y el poder”* (Salazar, 2015). O como claramente lo dice el historiador Abel López: *“la Séptima tiene una connotación política... política en el sentido amplio, no solamente de partidos políticos, sino de manifestaciones de maestros, de sindicatos. Se busca retar la Séptima... es un reto”* (López, 2015).
5. Es tal la magnitud que tiene la Carrera Séptima para los entrevistados que se afirma que la vía tiene la capacidad de darle fuerza al hito político, de darle el carácter de trascendente políticamente. Gustavo Salazar sostuvo claramente: *“Yo creo que dentro del*

imaginario público en Bogotá está la Séptima, o sea, marcha que no pase por la Séptima es algo que no tiene importancia” (Salazar, 2015), recalando las burlas que se ganaban marchas marginales a la Carrera Séptima, como el movimiento de señoras que le daba vueltas al Parque de la 93 para protestar contra el descrédito del expresidente Ernesto Samper. Igualmente, se dijo que *“la Carrera Séptima es el escenario para la movilización en Colombia. Cualquier marcha que quiera ser medianamente exitosa, que tenga ese propósito, esa aspiración, tiene que ser por la Carrera Séptima por el tema de la concentración del centro del poder de Colombia, donde se congregan las tres ramas del poder público”* (Fierro, 2015). Y precisamente por esta razón, Luis Fernando Marín subrayó que en el Paro Cívico *“se quedó debiendo una gran marcha por la Séptima para reclamar y denunciar al gobierno”* (Marín 2015) y esto hizo que en 1977 *“la Séptima [haya sido] protagonista lejana, potencial, expectante, estaba y está disponible para ver pasar la historia de Bogotá y Colombia, con sus dramas, violencias, injusticias, pero también con sus indignaciones”* (Marín, 2015).

6. En relación con las narrativas de la prensa y el cubrimiento mediático, los entrevistados criticaron el sensacionalismo a la hora de contar los hitos, sobre todo en aquellos que implicaban muertes y dolor, como la movilización estudiantil de 1954, y los asesinatos de Jaime Pardo Leal y Carlos Pizarro en 1987 y 1990. Se dijo que la prensa le hizo seguimiento a los acontecimientos en 1954 *“desde el punto de vista del sensacionalismo policiaco”* (Ramírez, 2015), y en los magnicidios de 1987 y 1990 *“los medios se quedaron con los amarillismos, hubo cosas que no se registraron”* (Salazar, 2015). Entonces, se podría decir que, *a priori*, los entrevistados vieron el cubrimiento de la prensa desde una posición crítica, sin dejarse llevar por las narrativas mediáticas. Esto se entiende pues ellos estuvieron en el momento de los hechos, y pueden narrar con sus propias voces lo sucedido, cosa que tal vez no pasaría con alguien que solo se enteró del hito por la prensa. No obstante, no se puede concluir que sus percepciones son totalmente alejadas de la opinión pública construida por los medios de comunicación, ya que, como se dijo antes, los imaginarios individuales están marcados por una pluralidad de dinámicas sociales y culturales, de donde no se puede extirpar la agenda mediática. Precisamente, Miguel Andrés Fierro (2015) sostuvo que para el 2008, *“todos”* los medios estuvieron presentes y narraron *“muy bien”* lo acontecido.
7. Queda claro que, para los entrevistados, la Carrera Séptima ha visto *“pasar la historia de Bogotá y Colombia”* y esta es una de las respuestas que explican el porqué del uso de esta vía en las movilizaciones políticas que *“quieran ser medianamente exitosas”*. Casi como

una verdad inherente a la ciudad, los entrevistados utilizan el argumento histórico: desde 1948 se pensaba que *“esa era la vía que se utilizaba para las manifestaciones”* (Alemán Zabaleta, 2014) pues *“la Carrera Séptima siempre ha sido el sitio donde se ha medido toda la acción y la reacción del pueblo”* (Ramírez, 2015). Sin duda se piensa que *“obviamente hay antecedentes históricos”* (Fierro, 2015) para el uso de la Carrera Séptima como escenario urbano de la movilización política. No obstante, llama la atención que no se logra llegar a una explicación específica de la apropiación, sino que se entiende que históricamente se ha utilizado y es esto lo que le da su carácter de espacio público-político: *“no tengo duda de que la Séptima tenga un impacto político, pero no sé por qué. Es una especie de consenso, es tácito”* (López, 2015). Como si hubiera un acuerdo previo, sin una fecha ni hito específico que lo haya generado, se ve a través de los relatos ciudadanos que se ha erigido un imaginario colectivo de la Carrera Séptima como la vía obligada para el éxito de las movilizaciones políticas, sin que se pueda explicar realmente cuándo ni cómo comenzó su simbolismo.

Esta metodología de análisis de entrevistas semi-estructuradas permitió encontrar que, efectivamente, hay un imaginario político –no varios, curiosamente– de la Carrera Séptima. Esta se categoriza como una de las vías más importantes de Bogotá, si no la más importante, el corredor de conexión entre el Norte y el Sur, la pasarela de llegada a la Plaza de Bolívar, el escenario para colapsar la ciudad y hacerse escuchar por el poder. En el Capítulo 2, se mostraba que la Carrera Séptima ha tenido una trascendencia histórica en la capital de Colombia pues, además de los inmuebles lujosos y los comercios importantes, se construyó como la entrada al centro del poder político, económico y religioso: la Plaza de Bolívar. Esta historia de la vía hizo que, año tras año, siglo tras siglo, se reforzara el imaginario político de que era la vía de la procesión, del desfile, y, como lo afirmó el historiador Germán Mejía Pavonni (2015), el escenario de *entrada* a Bogotá. No se podría decir a ciencia cierta cuál fue el hito, ni cuál fue la fecha exacta, desde donde se comenzó a construir este imaginario; sin embargo, ahí está y con el tiempo se ha reproducido hasta el punto de que, a pesar de que sean experiencias de primera mano, los relatos individuales y las narrativas mediáticas se dirijan hacia el mismo lugar. Ahí está la idea de imaginario colectivo, imaginario urbano, imaginario político: *“el mundo se vive según las percepciones que se tengan de él, y cuando estas participan en conglomerados amplios, complejos y de contacto, como son las ciudades, adquieren mayor contundencia en su definición grupal”* (Silva, 2003: 24). Así, grupalmente, bogotanos y colombianos han construido una versión del mundo, de la capital del país, donde la vía más importante para la movilización política es la Carrera Séptima. El asunto está en que el imaginario político no la toma como

trascendente *per se*, sino en tanto su lazo con la Plaza de Bolívar, seno de la historia de Bogotá y de Colombia entera.

Armando Silva (2006) dice que lo imaginario antecede al uso social, pero en el Capítulo 1 se sostuvo que *“el uso a veces antecede al imaginario y luego lo refuerza, produciendo una circularidad donde no se sabe si fue primero el huevo o la gallina”* (Toro Náder, 2015). Uso y representación, narraciones y apropiación, se entrelazan para forjar la circularidad de los imaginarios urbanos, del imaginario político. *“Se llega a la imaginación simbólica, propiamente dicha, cuando el significado no se podrá presentar con una cosa específica, en cuanto tal, una palabra exacta o una descripción única, y lo que se presenta es más que una cosa, un sentido o muchos”* (Silva, 2006: 91). Las representaciones que hay sobre la Carrera Séptima son imaginaciones simbólicas, pues no pueden pensarse como objetos específicos, sino que, más bien, son un tejido de sentido que aparece, crece, muta. Las *“construcciones de relatos individuales que en conjunto hablan de la ciudad, la representan, la cuentan y la recuerdan”* (Silva, 2006: 70) forman el tejido imaginario que lleva a la identificación con una ciudad, con unos espacios, con un *nosotros*.

Cuando se revisaba el tema de las narrativas mediáticas en el Capítulo 1, se decía que el paradigma narrativo puede observarse en un funcionamiento de negociación entre los acontecimientos históricos y los significados que los sujetos le dan a esos sucesos. Anderson (1993) dice que la nación es una comunidad imaginada. Aquí podríamos decir que la ciudad es una comunidad imaginada, que sus escenarios simbólicos hacen parte de esos imaginarios y su historia hace que los discursos y los símbolos renueven la pertenencia a esa comunidad a través del uso y apropiación de sus espacios. Entonces, la identidad urbana, pensada desde el interaccionismo simbólico, se da en ese recorrer, utilizar, narrar e imaginar la ciudad. Pensar la Carrera Séptima desde el mismo imaginario político llevaría a un sentimiento de colectividad y sentido compartido. Ya se afirmó que *“así la identidad nacional –o ciudadana–, como una cebolla, desaparezca si se le abren sus capas en búsqueda de su centro, tiene efectivamente unas bases sobre los imaginarios y las narraciones sociales”* (Toro Náder, 2015). Y a partir de estos es que se genera historia urbana. Imaginarios y narrativas se nutren unos a otros y se conforman como verdades sociales, llevando a la formación de una memoria compartida, al establecimiento de unas figuras del recuerdo que responden a una selección construida históricamente y reforzada a través de los medios de comunicación.

CONCLUSIONES

Pensé en un laberinto de laberintos, en un sinuoso laberinto creciente que abarcara el pasado y el porvenir [...]. Absorto en esas ilusorias imágenes, olvidé mi destino [...]. Me sentí, por un tiempo indeterminado, percibidor abstracto del mundo.

Jorge Luis Borges.

Aún siento que soy la niña de 18 años que llegó a Bogotá un día de julio de 2010. Todavía me sorprenden algunos rincones de la Carrera Séptima, a pesar de que la recorro casi a diario. Pensar conceptos tan abstractos y polisémicos como los imaginarios, las narrativas y el espacio público plantea un reto académico e investigativo, pues se puede pecar por ambigüedad o por superficialidad. En este Trabajo de Grado, se pretendió aportar una nueva perspectiva a las disciplinas de la Comunicación Social y de la Ciencia Política, y al Periodismo como campo profesional, para pensar lo obvio, lo cotidiano, lo público en una sociedad que tiende a replegarse cada vez más sobre lo privado. La Carrera Séptima de Bogotá, además de tener un gran sentido simbólico para mi experiencia personal, es la viva imagen de que nos perdemos en la obviedad, en el seguir de largo sin observar y analizar el porqué de las cosas. ¿Por qué todas las marchas buscan pasar por la Carrera Séptima? En Bogotá esta pregunta se vive sin respuesta. Rara vez la vía deja de salir en los noticieros, en las impresiones de los periódicos, en las ondas de radio cuando se trata de movilizaciones políticas. Sin embargo, nadie se ha preguntado por qué.

Y esa es precisamente la razón por la cual me pareció importante construir conocimiento en mis ámbitos de estudio alrededor de una calle de todos los días en Bogotá. Porque tal vez esas obviedades responden a motivos históricos profundos, a significados arraigados en el imaginario colectivo. Cuando se habla de imaginarios se está caminando sobre un terreno fangoso que se debate entre lo real y la ficción, entre el mito y la verdad. Pero esos imaginarios van de la mano de unas narrativas, de unos relatos, que se inscriben en unos espacios. Todos estos no pueden ser pensados por fuera de la ubicuidad y la temporalidad de la ciudad, de la historia urbana. Y si algo tiene que quedar subrayado es que “*recuperar la historia es la única alternativa para recuperar la realidad: la historia concreta como fuerza de choque contra la abstracción*” (Pérgolis, 2002: 69). Vivimos flotando en esa abstracción de la memoria, en los olvidos por culpa de la cotidianidad y la falta de curiosidad. Pensamos generalmente que la memoria colectiva solo se construye a través del estudio del conflicto. Nadie niega lo importante que es construir memoria para la no repetición, para la llegada a la verdad, a la reconciliación del posconflicto. Sin

embargo, debemos dejar de minimizar la importancia de la comprensión de nuestro día a día, de los acuerdos previos que hacen que Bogotá, y Colombia, sean lo que son hoy, que sus espacios *público-políticos* se usen como se utilizan hoy. En este Trabajo de Grado se buscó presentar una nueva forma de pensar la memoria, de estudiar las narraciones, de describir los imaginarios. Aquí se afirma que la memoria colectiva también se puede –y se debe– construir desde la historia urbana.

El escenario urbano por excelencia utilizado fue, efectivamente, la Carrera Séptima y, por razones de análisis y relación, la Plaza de Bolívar, a través de siete hitos seleccionados por representar distintas épocas, distintos actores y distintas voces de la movilización política en Colombia. Con un hito por década, se pudo observar que este país ha estado marcado por la violencia y por la expresión pública en las calles. Pero no son las mismas violencias ni los mismos conflictos. Es el conflicto bipartidista, es el conflicto frentenacionalista, el conflicto social, el exterminio a la oposición, el conflicto con las guerrillas. Y no hay duda de que quedarían faltando conflictos y restarían hitos por revisar, abriendo nuevas miradas para continuar el recorrido investigativo. Se pueden estudiar los movimientos obreros de los años 20, el movimiento estudiantil, las manifestaciones de maestros, los asesinatos de Luis Carlos Galán, Jaime Garzón y Álvaro Gómez Hurtado, la marcha del 6 de marzo contra el paramilitarismo. O se puede trascender la movilización política para hacer un estudio de los diversos hitos violentos acontecidos sobre la Carrera Séptima como el “Bogotazo” en 1948, los incendios de los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador* en los años 50, el atentado al Nogal en 2003.

Sería posible también revisar el cambio de nombre de la Carrera Séptima, por qué no se la llama Calle Real, por qué no se le dice Avenida Alberto Lleras Camargo, si ambas tienen el carácter suficiente para inscribirse en el lenguaje idiosincrásicamente numérico de los colombianos, como sí se nombra a la Avenida Caracas, la Avenida Jiménez. O quizás se podrían revisar los otros usos públicos, ya no políticos, de la calle, como la ciclovía, los eventos de la solidaridad, la peatonalización de la antigua Calle Real. Hasta sería posible estudiar cuáles son los establecimientos principales situados sobre la Séptima, como las universidades, los teatros, los parques, los museos. Estas líneas de investigación servirían para tener una imagen más amplia sobre la Carrera Séptima y poder reconstruir cada vez más a fondo la memoria colectiva a través de la historia urbana y sus espacios clave. Se podrían trascender las entrevistas semi-estructuradas para pasar a una encuesta actual, ver qué piensa la gente hoy sobre esos murmullos que quedan en el tiempo pero que no salen del laberinto de lo implícito y lo obvio.

En esta investigación, se buscó demostrar que tanto las narrativas de los medios de comunicación como las percepciones de los puntos de vista ciudadanos llevan a la producción de imaginarios políticos. Los hitos políticos de movilización por la Carrera Séptima hacia la Plaza de Bolívar son importantes para la formación de un imaginario, pues a partir de los hechos, los espacios que usaron y las narrativas que sobre ellos se formaron se construye la memoria, el acontecer público. Las narrativas mediáticas contribuyen a la construcción de imaginarios de los escenarios urbanos, pero, precisamente, no son las totales creadoras de la producción imaginaria. Los medios se caracterizan por su producción en escala, por su generación de códigos, imágenes y significados que llevan a transmitir representaciones y memorias. Sus narraciones no solo reconstruyen el pasado, sino que plantean lo que seguirá sucediendo a presente y a futuro. Entonces, el verbo está claro: contribuyen. Y como toda contribución, no es total y va de la mano con otros procesos de formación del objeto que se ayuda a construir.

No obstante, son los habitantes de la ciudad, sus relatos y sus recuerdos, quienes reafirman la construcción de la memoria urbana, de la historia que lleva a la interpretación de la realidad. Es en ellos donde viven los imaginarios que van tomando características colectivas, donde se forma el imaginario político. Y como se vio con los escenarios urbanos alrededor del globo, las ciudades, desde su historia y sus habitantes, tienden a generar espacios simbólicos que adquieren rasgos principalmente políticos. Son lugares físicos que simbólicamente tienen un significado compartido y sus usos reiteran día tras días, año tras año, su carácter *público-político*. Y es la comprensión de la apropiación de estos espacios que se construye memoria colectiva sobre lo compartido.

Entonces, desde las categorías del marco teórico, luego de ver otros espacios del mundo, revisar prensa y realizar entrevistas sobre los hitos seleccionados, se llega a la conclusión general de que la Carrera Séptima más que una calle emblema, más que un lugar simbólico de Bogotá –aunque en efecto lo sea– es un espacio *público-político* sobre el cual se ha construido un imaginario político principal –desde los medios y desde las percepciones ciudadanas–: es una vía arteria de la capital, que une el Norte y el Sur de la ciudad, históricamente utilizada para la movilización política, y es por esto que se reproduce su uso y apropiación para las procesiones siguientes. Así, con base en sus rasgos físico-espaciales y sus antecedentes históricos, la Carrera Séptima es un escenario procesional que culmina su rol en el escenario concentrador por excelencia, la Plaza de Bolívar. No se trata de un solo espacio unido, por lo cual no es un espacio *público-político* de hibridación, sino que son dos espacios que comparten el uso político de expresar la opinión pública en la calle. Además de darle significado y contenido a la avenida, esta expresión de lo público demuestra que no son los hitos los que hacen importante a la Carrera Séptima, sino que,

por acuerdos tácitos históricos de los cuales nadie puede dar una explicación exacta, es la Séptima la vía que da trascendencia al hito político.

No solo colapsar el tráfico, sino desfilar por sus calles es lo que hace que los organizadores de la mayoría de las marchas políticas pidan permisos a la Alcaldía Distrital para movilizarse por la Carrera Séptima. El imaginario político, trascendiendo la mera movilidad, se basa en la necesidad de las movilizaciones políticas de hacer una procesión por la Carrera Séptima y llenar la Plaza de Bolívar, como centro del poder en Colombia, para que la marcha sea exitosa. La Séptima como corredor de opinión pública es la aorta que lleva la sangre de los pasos y las voces hacia el corazón de la ciudad, del país. Habiendo descrito siete veces la Carrera Séptima, a través de siete hitos, siete días de noticias y siete relatos ciudadanos, queda claro que vivimos en un acuerdo tácito que se reproduce y del cual los murmullos permanecen.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, M., Carrión, F. y Kingman, E. (2005). *Quito imaginado*. Bogotá: Editora Aguilar.

Alemán Zabaleta, C. (2010). *En cada casa un piano*. Memorias. Bogotá.

_____ (2014). Conversación personal, entrevista, 23 de mayo de 2014.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Arendt, H. (1993). “Capítulo 1: La condición humana” y “Capítulo 2: La esfera pública y la privada” en: *La condición humana*. Editorial Paidós.

Bartra, R. (1981). *Las redes imaginarias del poder político*. México D.F.: Ediciones Era.

Bauman, Z. (2002). “Introducción”, “En busca del espacio público” y “En busca de la agencia”. En: *En busca de la política*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Págs. 9-118.

Benjamin, W. (1973). *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Madrid: Taurus.

Berman, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI Editores.

Brockmeier, J. & Harré, R. (2003). *Narrativa: problemas e promesas de un paradigma alternativo*. *Psicología: Reflexão e Crítica*, 16(3) 525-535. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18816311>

Calvino, I. (1972). *Le città invisibili*. Italia: Einaudi.

Carretero Pasin, A. E. (2006). “Lo mediático y lo social: una compleja interacción”. En: *Proyectar imaginarios*, IECO (compilador)(2006). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Sociedad Cultural La Balsa.

Castells, M. (2001). *Sociología urbana*. Editorial Alianza.

_____. (2009). *Comunicación y poder*. Editorial Alianza.

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.

_____. (2005), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.

Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura IECO (compilador). (2006). *Proyectar imaginarios*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Sociedad Cultural La Balsa.

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. (2012). *La historia de la Carrera Séptima*.

Revisado el 30 de marzo de 2014. Disponible en línea: <http://www.patrimoniocultural.gov.co/component/content/article/320.html>

Iregui, J. (s.f.). *De la Calle Real a la Carrera Séptima*. Bogotá temática. Revisado el 28 de marzo de 2014. Disponible en línea: <http://elobservatorio.info/callereal.htm>

Fierro, M. A. (2015). Conversación personal, entrevista 14 de octubre de 2015.

Figes, O. Y Kolonitskii, B. (2001). *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. Universitat de València.

Fisher, W. (1988). "The Narrative Paradigm and the Assessment of Historical Texts." En *Argumentation and Advocacy*.

_____. Narration as a human communication paradigm. The case of public moral argument. En: *Rhetoric, reason and public morality*.

Freidenberg, J. And Kasinitz, P. (1990). *Los rituales públicos y la politización de la etnicidad en Nueva York*. Instituto de Desarrollo Económico y Social. Vol. 30, No. 117 (Apr. - Jun., 1990) , pp. 109-132. Instituto de Desarrollo Económico y Social. Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3466974>

Geertz, C. (2003). *Géneros confusos*. Ensayo. Conferencia Consejo de Humanidades del Estado de Nevada.

Guirland Vieira, A. y Rangel Henriques, M. (2014). *A Construção Narrativa da Identidade*. *Psicologia: Reflexão e Crítica*, 27(1) 163-170.

[Hernández Sampieri, R. Fernández, C., Baptista, P. \(2006\). *Metodología de la investigación*. México D.F.: McGraw Hill. Cuarta edición.](#)

[Lezama, J. L. \(2005\). *Teoría social, espacio y ciudad*. México D. F.: El colegio de México.](#)

[López, A. \(2015\). Conversación personal, entrevista 9 de noviembre de 2015.](#)

Losada, R. y Casas, A. (2003). *Enfoques para el análisis político*. Bogotá: Universidad Javeriana.

Luhmann, N. (1995). *Poder*. Barcelona: Anthropos.

Lynch, K. (1974). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.

Majone, G. (1997). *Evidencia, argumentación y persuasión en la formulación de políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marín, L.F. (2015). Conversación personal, entrevista, 28 de octubre de 2015.

Mejía Pavonni, G. (2015). Conversación personal, entrevista, 13 de febrero de 2015.

Monzón, C. (1996). “La opinión pública en la sociedad actual” En: *Opinión pública, comunicación y política: la formación del espacio público*. Madrid: Editorial Tecnos, S. A.

Muller, P. (2002). *Las políticas públicas*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Muñoz, A. (1992). Capítulo 1: “Génesis y aparición del concepto de opinión pública”. En: *Opinión pública y comunicación política*. Madrid: EUEDEMA, S.A.

Negri, T et al. (2010). *Imperio, multitud y sociedad abigarrada*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.

Niño, C. Y Reina, S. (2010). *La carrera de la modernidad*. Construcción de la carrera Décima. Bogotá (1945-1960). Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

Pappe, S. (2005). *Perspectivas multidisciplinares de la narrativa. Una hipótesis*. Historia y Grafía, (24) 53-92. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922830003>

Pardo Abril, N. G. (2006). “Presentación”. En *Proyectar imaginarios*. Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura IECO (compilador). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Sociedad Cultural La Balsa.

Pérgolis Valsecchi, J. C. (1998). *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a finales del siglo XX*. Bogotá: TM Editores. Universidad Piloto de Colombia.

_____. (2002). *La Plaza: el centro de la ciudad*. Bogotá: Editorial Universidad Católica de Colombia.

Pintos, J. L. (2006). “Comunicación, construcción de realidad e Imaginarios Sociales”. En *Proyectar imaginarios*. IECO (compilador). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Sociedad Cultural La Balsa.

Programa para el Desarrollo (PD). (s.f.). *Lima: antecedentes históricos*. Embajada de España en Perú. Revisado el 30 de septiembre de 2015, disponible en línea: http://www.programapd.pe/rch/ch_lima/index.php?option=com_content&task=view&id=15&Itemid=36

Rabotnikof, N. (2005). *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Ramírez, A. (2015). Conversación personal, entrevista, 25 de agosto de 2015.

Rebollo Goncalves, L., De Lemos, A., Freire, C., Capuano Scarlato, F., Batista Neto, J., Bertoli, M. (2006). *Sao Paulo imaginado*. Bogotá: Editora Aguilar.

Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entrenamiento*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.

Rivera Betancur, J. & Roncallo Dow, S. (2011). *Narrativas y representaciones*. Palabra Clave, 14(2) 197-198. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64921329001>

Romero, J. L. (2009). *La ciudad occidental: culturas urbanas en Europa y América*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Roth, A. N. (2007). *Análisis de las políticas públicas: de la pertinencia de una perspectiva basada en el anarquismo epistemológico*. Bogotá: Ciencia política No. 3 enero-junio 2007.

Rubio Gallardo, J.C. ¿El derecho a la ciudad? En: Boito, M., Toro Carmona, E., Grosso, J. (2011). *Transformación social, memoria colectiva y cultura (s) popular (es)*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos.

Salazar, G. (2015). Conversación personal, entrevista, 5 de agosto de 2015.

Sampedro Blanco, V. (2000). *Opinión pública y democracia deliberativa: medios, sondeos y urnas*. Madrid: Ediciones Itsmo, S. A.

Santander, P. (2011). *Por qué y cómo hacer análisis de discurso*. Valparaíso: Escuela de Periodismo. Pontificia Universidad Católica. Cinta moebio 41: 207-224.

Sartori, G. (1999). "La Opinión Pública". En: *Elementos de la Teoría Política*. Madrid: Alianza Editorial.

Sennett, R. (1974). *El declive del hombre público*. Editorial Anagrama. Edición 2011.

_____. (1994). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial (2007).

Silva, A. (2003). *Bogotá imaginada*. Bogotá: Editora Aguilar. Convenio Andrés Bello.

_____. (2006). *Imaginaris urbanos*. Bogotá: Arango Editores Ltda. Quinta Edición.

Sola Morales, S. (2013). *Hacia una tipología de narrativas mediáticas identitarias*. Sphera Pública, (2), 13, 30-48.

Squire, C. (2014). *O que é narrativa?*. Civitas - Revista de Ciências Sociais, 14(2) 272-284. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74231120006>

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza Editorial.

Tilly, C. (1978). "Acting collectively without elections, surveys or social movements". En: *From mobilization to revolution*.

Torgerson, D. (1992). "Entre el conocimiento y la política: tres caras del análisis de políticas", en Aguilar, L, El estudio de las políticas públicas. México: Ángel Porrúa.

Urrutia, V. (1999). *Para comprender qué es la ciudad*. Pamplona: Editorial Verbo Divino.

Vargas Pedraza, D. V. (2012). *Las narrativas: evidencia cultural en la organización*. Razón y Palabra, 17(81). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199524700025>

Vasilachis, I. (1995). La representación discursiva de los conflictos sociales en la prensa escrita. En: Estudios sociológicos. XIII. Núm. 67, 2005. Colegio de México.

Velasco, J. C. (2003). *Para leer a Habermas*. Madrid: Editorial Alianza.

Zapata, M. I. (2014). Comunicación personal, entrevista, 11 de noviembre de 2014.

ANEXO 1

ENTREVISTAS TESIS

LA CARRERA SÉPTIMA EN GENERAL

ENTREVISTA GERMÁN MEJÍA PAVONNI

13 de febrero de 2015

Las preguntas fueron eliminadas pues se buscó que fuera una entrevista a profundidad y tienen un carácter únicamente para hilar la conversación.

En clase hemos hecho el ejercicio de pintar la ciudad, y todos ponen la plaza, algunos cerquita al río, al monte es una locura, pero aparece la plaza es interesante eso, de todas maneras el referente sí está. La manera como yo lo articulo, ya sea un relato, ya sea una explicación, varía. Yo dudaría que no hubiera un imaginario sobre la Séptima; que yo no sea capaz de definirlo es otra cosa, pero ahí está, empezando porque la sacan en el noticiero con cierta regularidad.

Una aclaración se entiende imaginario como representación que tiene un acuerdo tácito colectivo. Pero qué es lo colectivo. A veces es mejor usar el concepto representación, ambos son polisémicos, tienen el problema de varios significados. El imaginario tiene dos significados claros: ficción y el referente de significado que es anterior y que es compartido por una comunidad determinada. Entonces, eso ya no es ficción, para yo poder entender tengo que imaginar. La imagen que yo me formo en mi mente es la que viene de ese acuerdo.

Convertir la Séptima en un actor es interesante. La Séptima es un corredor por el cual suceden cosas. Esos hitos no son parte de la Séptima. Nada puede ocurrir en el ser humano que no esté espacialmente situado, nosotros somos espacialmente situados. Cualquier cosa que ocurra pasa en un lugar. Se vuelve un problema de frecuencia. Hay un tipo de eventos que suceden más en un lugar que en otros. Cuando yo digo que la Séptima es un actor, no es una perspectiva organicista de darle entidad humana a algo físico. ¿Qué es lo que en definitiva es la Séptima y cuál Séptima es la que en definitiva es eso? Con los ejemplos del resto del mundo, que yo comparto, la Séptima es una vía procesional. Cómo construyo desde ese carácter que tiene una vía y no otras, y es desde ahí se configura la representación. Por qué las marchas que comienzan en las Américas, en la Nacional, en la 72, confluyen a la 26 y terminan en la Plaza, y no importa de dónde vengan. Inevitablemente, si yo me subo por la calle 12, yo entro a la Séptima. Y hay cosas muy viejas.

Pero, ¿qué es lo que es la Séptima que hace que sea representación? ¿Cuál es su significado que hace que si eso no transcurre por ahí funcionó? Eso es darle contenido a la avenida; la manera como fluye en el espacio abierto lo público. La calle no es lo que es público, no es espacio público. Lo público es la gente caminando por la calle, la manifestación de la opinión. Decimos que lo público es lo contrario de lo privado y eso es empobrecer la noción. La expresión de lo público sucede en la calle. Entonces, por qué en esa y no en otras.Cuál es la particularidad de esa calle para entenderla como expresión de lo público. Yo lo encuentro en lo procesional. El carácter simbólico que adquiere el transcurrir por ese espacio para llevar la expresión hacia el centro de poder que es la plaza. La expresión de la protesta y de la opinión tienen un transcurso por la ciudad, un recorrido, y aquí se manifiesta por la Séptima. Eso es más viejo de lo que uno se imagina.

En varias épocas, por supuesto coloniales y posteriores, ¿cómo se ingresa a la ciudad? ¿Cómo ingresa alguien oficialmente a la ciudad? Eso es muy charro porque uno ingresaba por el Occidente, por la 13 y por la 12. Llegaban a caballo, Los saludaban en Fontibón y descansaban. Unos días después se iban hasta San Diego y entraban procesionalmente a la ciudad. Se entraba por ahí, a pesar de que se podía llevar ahí una, dos semanas. Entrar ya con la carga simbólica de lo que es llegar a la ciudad podía ocurrir después de estar en ella, y era por la Séptima, invariablemente. Y va construyendo entonces una tradición que sí está en la memoria de que a Bogotá se entra por la Séptima. Y es que la Séptima hoy en día va ya en la Caro, pero no vale. La entrada es desde San Diego hacia atrás porque todavía yo creo hay un referente muy profundo en la memoria de que Bogotá es el Centro, el viejo Bogotá, el del poder. Hace 100 años toda Bogotá era lo que estaba allá. La Séptima, su fuerza, según mi interpretación, es su carácter procesional, que tiene su origen en lo religioso, pero con la construcción de lo público, de la opinión pública, se toman elementos que se van a secularizar. Qué diferencia entre una procesión y una marcha, o un desfile? El objeto. Pero es lo mismo. No va el Sagrado Corazón pero van las antorchas y las banderas de la patria. El hecho de desfilar es uno de esos gestos humanos profundos, un significado simbólico enorme, y el tamaño de la multitud importa; porque no es lo mismo un desfile de tres que uno de cien mil y el éxito de algo se mide por la capacidad de llenar esa plaza, que se llena como con 300 mil personas, es un indicador.

Lo que vale la pena es descubrir cómo dotar a la calle de significado, entender la relación entre esa calle y lo que va a suceder ahí. La Marcha del Silencio transcurrió por la Séptima porque ahí es donde la opinión usa el desfile realmente para dotar de significado. La calle deja de ser una excusa que se llena de hitos, sino que lo que se vuelve hito es la calle y lo que se tiene son transcurrirres, adquieren significado en sí mismos por supuesto y pero porque pasaron por ahí.

Se une el espacio con la manifestación como tal. El sitio público por excelencia donde se expresa la opinión que proviene de la manifestación, no del acto individual, como expresión de lo público, es la plaza, el *agora*, desde toda la vida. Pero hay un llegar a la plaza. ¿Por qué no se convoca a que la gente se reúna en la plaza? Porque hay que hacer manifiesta la opinión. ¿Qué es una procesión? ¿Por qué tiene que salir el cura y recorrer unas calles? Cuál es el valor del desfile? Cómo se dota una calle como corredor fundamental para que transcurra el desfile? El punto de llegada no es donde se origina la expresión, viene desde antes, es ese caminar. La Marcha del Silencio es poderosísima por si misma, pero lo que la hizo temible es el recorrido, la llegada a la plaza, el discurso, Gaitán en sus mejores y últimos momentos. Pero el desfile es terrorífico, porque fue el control en un recorrido de la multitud. En la Marcha de la paz de febrero no solo se llenó la plaza sino que se llenó desde la 26. ¿Qué valor le da el corredor en el desfile a la marcha? ¿Qué le agrega de valor y de significado? ¿Cómo se ha construido en la ciudad un espacio procesional, un corredor que marca cosas? Cuando se discute con la ciudad, los permisos para hacer las marchas es por la Boyacá. Pero todos quieren pasar por la Séptima y llegar a la Plaza de Bolívar. Colapsa todo, se pide permiso para eso. La capacidad de la marcha misma de alterar la vida cotidiana. Para interrumpir toca ocupar un espacio que siempre es el mismo. Dotar a la vía de un carácter, por qué la Séptima. Las ciudades tienden a tener esos corredores. La pregunta es por la calle. El hito no vuelve importante a la Séptima, es cómo la Séptima le da importancia al hito. La Séptima es un corredor de opinión pública, que la valoriza, que la coloca. Los medios de comunicación le dan el valor al hito y a la Plaza, pero ¿por qué la Séptima? ¿Qué le agrega de valor a la marcha? Lo procesional. Las ciudades generan unas vías procesionales que ennoblecen, resignifican, valorizan lo que ocurre ahí. Sitios donde se rompe la vida cotidiana cuando suceden, se permean de ese valor y adquieren significado.

1948, MARCHA DEL SILENCIO

ENTREVISTA CARLOS ALEMÁN ZABALETA

23 de mayo de 2014

Carlos Alemán Zabaleta, de 97 años, es un escritor y abogado liberal que trabajó varios años con el gobierno en la Costa Caribe y un gran amigo de Gabriel García Márquez.

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presenció? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?

Carlos Alemán: La Marcha del Silencio fue para protestar contra la violencia que se venía ya del gobierno, sobre todo en Boyacá, Norte de Santander y Caldas. Ahí comenzó la violencia contra los liberales. Muchos de los desplazados ese día desfilaron. Ahí fue donde demostró Gaitán su poder sobre las masas.

MT: ¿Cómo fue la reacción de la gente en la Carrera Séptima? ¿De los residentes, comerciantes y fuerza pública? ¿Recuerda receptividad o rechazo por la movilización?

CA: Nadie se atrevió a lanzar un grito, porque por eso se llamaba la Marcha del Silencio. En un grupo donde yo me encontraba dijimos que había que romper el silencio para ir hasta el Palacio, y los organizadores de la Marcha nos sacaron a la fuerza diciendo que veníamos a sabotear. Si no nos íbamos de ahí, nos hubieran golpeado. El jefe dio la orden de que era en silencio y como nosotros quisimos romper ese silencio, por muy pequeño que fuera lo que dijimos, nos sacaron amenazados. Hubieran sido capaces de levantarse contra nosotros en la marcha pacífica.

MT: ¿Por qué cree que se escogió a la Carrera Séptima como escenario de la movilización?

CA: Esa era la vía que se utilizaba para las manifestaciones. Aunque anteriormente, hubo una marcha con velas cuando empezaba la campaña y la candidatura presidencial de Gaitán que salió de la Plaza de Toros. En 1946 surgió la división liberal entre Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Turbay ganó la postulación en una convención que se hizo en Bogotá, más que todo por lo parlamentario. Gaitán no asistió y lo que hizo fue convencer a la parte popular.

MT: ¿Cómo se utilizó la vía? ¿Cuáles eran los símbolos?

CA: En la Marcha del Silencio no se veía nada de pancartas. La gente estaba casi toda vestida de negro. En esa época la gente vestía era de colores oscuros. Los desplazados, que eran muchos, sobre todo ellos iban vestidos de negro.

MT: En retrospectiva, ¿piensa usted que la prensa narró bien los hechos? ¿Cómo se relataron los hechos? ¿Algún medio en particular?

CA: Yo escribí un artículo para *El Herald* en la Costa sobre la Marcha del Silencio unos años después (entrega copia fotocopiada de la publicación).

MT: ¿Y qué piensa del uso de la Carrera Séptima como espacio público político de movilización?

CA: La Calle Real era la que comenzaba en la Plaza de Bolívar y llegaba hasta la 26, siempre se ha usado políticamente, por ahí estaban ardiendo las calles en el Bogotazo.

MT: En su opinión, ¿qué impacto político cree que tiene haber usado la Carrera Séptima para movilizarse? ¿Históricamente, sigue teniendo impacto?

CA: Aquí todo cambió después del Bogotazo en el 9 de abril. En ese entonces la Séptima no tenía edificios altos, todavía no. Venían casi todos de la Independencia. El concepto arquitectónico cambió. El espacio público también cambió... El tranvía era muy lento. Lo quemaron y ya quedó atrás como medio de transporte. La Séptima maneja el tráfico de toda la ciudad y la tendencia es crecer hacia el Norte. Es muy importante.

1954, MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL CONTRA EL GOBIERNO MILITAR

ENTREVISTA ANTONIO RAMÍREZ

25 de agosto de 2015

Antonio Ramírez, a sus 80 años, es un periodista empírico liberal y crítico, formado en el Noticiero Radial La Opinión con Alberto Galindo, periodista de El Pereque.

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presencié? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?

Antonio Ramírez: Pues yo en ese momento, en el año 54, estaba trabajando. No estuve precisamente en la manifestación del 8 pero sí en la del 9. En la del 8 de junio era la conmemoración de la muerte del estudiante Bravo Pérez en el año 29, en la Ciudad Universitaria, los muchachos ya venían de haber hecho el desfile. La primera acción de represión fue en la Carrera Séptima con calle 13, donde está la fotografía famosa de Julio Flórez, que no era fotógrafo de prensa, sino que tomaba fotos de los caminantes, él era un fotógrafo de la calle. Cuando venía la manifestación del 9 él se subió en un club social y tomó la foto famosa que recorrió todo el mundo. El 9 fue la reacción ante el atropello de la policía el 8, ahí se presentó la

balacera y ahí fue donde muriendo los muchachos, no recuerdo cuántos heridos. El sitio fue ese y la Carrera Séptima siempre ha sido el sitio donde se ha medido toda la acción y la reacción del pueblo. Yo estaba en el noticiero en la Carrera 5ta con Avenida Jiménez, al frente de donde es el banco de la República.

MT: ¿Recuerda si la prensa estaba cubriendo el suceso?

AR: En esa época no había la velocidad de producción periodística que hay hoy. Los periodistas caminábamos apuntando en una libreta lo que veíamos y luego iba y redactaba. Seguramente había fotógrafos de *El Tiempo*, de los otros periódicos que cubrieron la manifestación pero yo en ese momento no estaba ni con grabadora. Era solamente ver las acciones y luego sobre lo que uno veía más conversando con los colegas, elaborar la información.

MT: En retrospectiva, ¿piensa que la prensa cubrió bien los hechos de ese día?

AR: Desde el punto de vista del sensacionalismo policiaco, obviamente hubo el despliegue. Desde el punto de vista del análisis político, los periódicos liberales tenían más crítica y reacción ante las acciones del gobierno de Rojas Pinilla. De los periódicos conservadores era mucho más fuerte *El Siglo*.

MT: Pero *El Siglo* estaba cerrado...

AR: Había un diario gráfico que fue como un primer proyecto de Belisario Betancur que se llamó *La Unidad*, y a raíz del cierre de *El Siglo*, fue *La Unidad*, aunque más popular, el diario conservador.

MT: Y más allá de la importancia histórica de la Carrera Séptima, ¿usted piensa que la prensa le da esa importancia política o simplemente la deja de lado dándole solo preponderancia a la Plaza de Bolívar?

AR: La Carrera Séptima siempre ha sido un pulso de la acción política, de los movimientos sociales de todo orden. La Séptima ha sido históricamente una vía de confluencia de manifestación política, todos los movimientos sociales y públicos en Bogotá siempre han canalizado y sobre todo en ese momento que no había otras vías importantes, como la 26, el Centro de Bogotá era la vía nerviosa y viva de la ciudad. La demostración del poder de una acción política se concreta en acudir a la Plaza de Bolívar, la competencia entre la lucha de los

sectores políticos está en quién llena más la Plaza de Bolívar como un centro de demostración de participación popular, que se mantiene hasta hoy. En la época de Ospina Pérez, la Plaza fue decorada y había unas fuentes en cada una de las esquinas que ocupaban mucho espacio, y cuando la Conferencia Panamericana en el 48, construyeron unas esferas en las esquinas para poner las banderas, pero los críticos de la época comentaban que esa distribución la habían hecho para que no se pudiera contar la asistencia porque quitaban espacio a lo que podía ser la plaza llena. Años después quitaron eso y quedó como está hoy.

1968, MOVILIZACIÓN CONTRA LA RENUNCIA DE CARLOS LLERAS

ENTREVISTA ABEL LÓPEZ

9 de noviembre de 2015

Abel López es profesor de historia en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana. Era estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana cuando sucedió la movilización contra la renuncia de Carlos Lleras, y aunque no participó, recuerda el por qué se dio la renuncia y cuenta qué piensa del impacto de la Carrera Séptima como espacio público-político en Bogotá.

Mariana Toro: ¿Piensa que la Carrera Séptima, movilizarse por ella, tiene un impacto político?

Abel López: Efectivamente todas las marchas llegaban ya fuera por la 26 o por la 45, pasaban por la Séptima. Era el lugar de encuentro. No sé por qué. Incluso en la época que yo recuerdo, la Séptima y la Caracas eran las dos arterias vehiculares. Y eso puede explicar. No tengo duda de que la Séptima tenga un impacto político, pero no sé por qué. Es una especie de consenso, es tácito. La vía antes era sentido Sur-Norte. No se sabe si una vez construido el imaginario, simplemente sigue. La usan los maestros, la usan los políticos. La Séptima tiene una connotación política... política en el sentido amplio, no solamente de partidos políticos, sino de manifestaciones de maestros, de sindicatos. Se busca retar la Séptima, es un reto. O es un problema de costumbre... Uno no pasa por la Séptima porque haya lugares de poder. En la Plaza de Bolívar sí. En la Séptima no hay nada que uno diga de importancia. Pero es política no solo desde el punto de vista partidista, sino ciudadano. Y no es solo manifestación, es marcha, es procesión. Mi hipótesis es que hay que echar mucho para atrás, para revisar las procesiones religiosas. Hay unos grados de continuidad. Se traslada de lo sagrado a lo laico, manteniendo lugares y ritmos. Cuando uno marcha, es al ritmo de enunciados: "Indiferencia. Complicidad.

¿Hasta cuándo? Hasta siempre”. Igual a cuando se rezaban las letanías en latín. Mismo lenguaje teológico pero secularizado. Es hacer de un lugar un símbolo. Se podría revisar los rituales políticos de Clifford Geertz.

1977, PARO CÍVICO

ENTREVISTA LUIS FERNANDO MARÍN

28 de octubre de 2015

Luis Fernando Marín es filósofo, profesor de la Universidad Externado de Colombia, experto en temas de opinión pública, medios y comunicación.

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presencié? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?

Luis Fernando Marín: El Paro Cívico Nacional de 1977, 14 de septiembre, fue una protesta social mayúscula, que en Bogotá alcanzó a ser, después del 9 de abril de 1948, la protesta más grande y popular de la segunda mitad del siglo XX. Las autoridades cifran entre 18 y 33 los muertos por las balas oficiales...Crímenes que hoy están en abierta y olvidada impunidad. Me acuerdo muy chico que por la televisión salió un Alfonso López Michelsen, presidente del "Mandato claro", histérico y desencajado que con las manos dando golpes al escritorio mostraba las tachuelas y otros elementos que él decía habían utilizado los sindicalistas para obstruir a los vehículos y sembrar el caos y bla bla bla (sic).

MT: ¿Cómo fue la reacción de la gente? ¿De los residentes, comerciantes y fuerza pública? ¿Recuerda receptividad o rechazo por la movilización?

LFM: La convocatoria al paro fue organizada por las centrales obreras, los maestros y otros sectores organizados, las reivindicaciones eran de corte social, salarial, estatuto docente, etc. El día del paro, el 14 de septiembre, la jornada se manifestó en una enorme protesta social y popular barrial. El noroccidente de la ciudad, el sur, Fontibón, fueron los escenarios de movilizaciones, con enfrentamientos con la fuerza pública, atrincheramientos, saqueos a algunos almacenes grandes como EL YEP en el barrio La Estrada. La fuerza pública disparó a los manifestantes sin miramientos y arrestó a un número considerable de los mismos.

MT: ¿Cómo se utilizó la Séptima en el Paro Cívico?

LFM: Podríamos decir que la Carrera Séptima en esta ocasión, contrario a lo que ocurriera el 9 de abril de 1948, fue un escenario prometido y un testigo lejano de lo que ocurrió en la barriada popular.

MT: En retrospectiva, ¿piensa usted que la prensa narró bien los hechos?

LFM: La declaración de los dirigentes sindicales días después sobre el éxito del paro se hizo por algunos medios de comunicación...

MT: ¿Y qué piensa del uso de la Carrera Séptima como espacio público-político de movilización?

LFM: Se quedó debiendo una gran marcha por la Séptima para reclamar y denunciar al gobierno por los jóvenes, obreros y otros ciudadanos que fueron asesinados por la Policía. Quedó faltando la marcha con los féretros para visibilizar que había una radical asimetría entre unos protestantes con tachuelas y una fuerza pública que disparo a matar. La Séptima esta vez fue protagonista lejana, potencial, expectante, estaba y está disponible para ver pasar la historia de Bogotá y Colombia, con sus dramas, violencias, injusticias, pero también con sus indignaciones.

1987, MOVILIZACIÓN POR EL ASESINATO DE JAIME PARDO LEAL

ENTREVISTA GUSTAVO SALAZAR

5 de agosto de 2015

Gustavo Salazar es abogado, profesor de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Javeriana, experto en conflicto, reconciliación e investigación de paz y uno de los jóvenes impulsores de la Séptima Papeleta en 1991.

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presencié? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?

Gustavo Salazar: Con el asesinato de Jaime Pardo Leal hay dos movilizaciones. Una que es al día siguiente del asesinato. A el lo matan un domingo, un sábado en la noche, era un puente festivo de octubre. La primera se da en la mañana del festivo y yo me movilizo individualmente inicialmente desde la Jiménez hasta la Plaza de Bolívar. La gente iba simplemente caminando, no había marcha formal y se formó un núcleo en la Plaza de Bolívar. Después empiezan a venir

las marchas, de la Unión Patriótica y la JUCO (Juventud Comunista Colombiana), con la marcha de la JUCO la cosa cambió completamente, esa tomó toda la Séptima. Venían dos marchas, una desde el barrio Santafé, donde era una de las sedes y otra por la Séptima, no recuerdo si por la 26. Se toma la Séptima hasta la Plaza de Bolívar. Se estaba esperando que el cadáver fuera llevado al Congreso, antes de que llegara la marcha de la JUCO, éramos unos cientos de personas, se estaba dando una pequeña ronda a la Casa de Nariño. Cuando llegaron, había un dispositivo policial muy fuerte, había mucha tensión, el ambiente estaba muy cargado, tipo 11 de la mañana, la gente empezó a llegar muy temprano. Hay una cosa bien particular, el dispositivo de policía baja, muy armado, había unas tanquetas, lo que no recuerdo bien es si una de la tanquetas bajó a bloquear la Séptima, a la altura de la Casa del Florero o si llegó por atrás. Cuando llega la JUCO con banderas rojas, empezaron a sonar petardos y a romperse las vitrinas, con gases lacrimógenos. El grupo de la JUCO se toma la esquina nororiental de la Plaza de Bolívar y ahí empieza una pedrea, Es muy tenso porque suenan disparos en la Séptima y la Octava, mucha de la gente se entra al Palacio de Justicia que estaba abandonado y le empiezan a lanzar cocteles molotov a la Policía. Esa movilización por el asesinato de Pardo Leal sobre la Séptima se torna supremamente violento. La política manda una tanqueta con todo, suenan disparos al aire, había gente haciendo pintas y yo recuerdo que me salí de la Plaza porque se estaba poniendo muy fuerte. La gente estaba rompiendo las vitrinas de los bancos, siempre eran objeto de vandalismo. Yo dije yo me voy porque sonaban tiros por todos lados. El centro era un caos absoluto. Recuerdo una escena en la Séptima con 13, había una llovizna, un pelado estaba haciendo un grafiti de la UP y los policías van a cogerlo. Empieza un jaleo, el pelado se sube al anden y cuando los policías lo persiguen en una moto se resbalan, el policía se levanta muerto de la ira y toma la ametralladora y yo dije “lo mató” pero solo echó tiros al aire. Ahí dije que me iba. Me bajé hasta la 9, porque el aérea de disputa estaba en la Séptima. Luego en la marcha del entierro, en el acto que invierte la marcha, saliendo de la Plaza de Bolívar y se baja por la 26, yo la acompaño cuando baja por la 26 y ahí aparecen unos guerrilleros del M-19, la cosa estaba muy tensa porque se notaba que había agentes del Estado ahí.

MT: ¿Cuántos años tenía usted en ese momento?

GS: 20 años...

MT: ¿Por qué cree que se escogió la Carrera Séptima como escenario de movilización?

GS: Hay dos momentos. El primero es el del barrio Policarpa Salavarrieta el día anterior. La marcha por la Séptima y la llegada a la Plaza de Bolívar era como que el presidente escuche el malestar, era un asunto de protesta, llegar al corazón del poder y protestar. Es el lugar donde se hace escuchar. Cuando la marcha sale inversa, es el peso simbólico del Cementerio Central, que los personajes importantes, hasta esa época, debían tener un lugar allí.

MT: Ya hablamos de que hubo hechos muy cruentos de enfrentamientos con la Policía, disparos, pero ¿la prensa estaba cubriendo el hecho? ¿Había medios de comunicación en particular que estaban cubriendo los hechos?

GS: Siempre hay medios, pero en esa marcha en particular no recuerdo.

MT: En retrospectiva, ¿piensa que la prensa narró bien lo que sucedió? Sin importar cuál medio haya sido, ¿se relataron bien los hechos?

GS: Wow... Esa pregunta está difícil porque los niveles de conciencia varían. En ese momento yo no tenía una mirada muy crítica. Yo considero que los medios en ese tipo de eventos se quedaron con los amarillismos, hubo cosas que no se registraron. Dentro de la marcha había gente armada que ripostó a la fuerza pública, había guerrilleros, no recuerdo si hubo heridos de fuerza pública. Si fue algo de primer plano el despliegue de las banderas en el cementerio central. Fue un momento de mucha tensión.

MT: Entonces, ¿la prensa, con lo que dijo y no dijo, le dio importancia al uso de la Séptima como el espacio público y político de movilización?

GS: Yo creo que dentro del imaginario público en Bogotá está la Séptima, o sea, marcha que no pase por la Séptima es algo que no tiene importancia. Había un poco una burla cuando entró en descrédito Ernesto Samper y se genera un movimiento de protesta de señoras que lo hacen en el parque de la 93, hasta ahora se está conformando. Para el año 96, ellas hacían la marcha alrededor de la 93, y era objeto de burla. Pasar por la Séptima es pasar por el centro de Bogotá, por el corazón de la ciudad, pasar por donde de alguna manera confluye todo, los barrios populares inmovibles, las Cruces, Egipto, pero también está los organismos de poder, en el Centro, en la Séptima, confluyen siempre todas las clases y el poder. No es casualidad que Gaitán es asesinado en la Jiménez con Séptima, la calle más transitada.

MT: Entonces, ¿se puede decir que la Séptima, movilizarse por ella, tiene un impacto político sobre el poder, por el poder y contra el poder?

GS: Hay impacto desde lo simbólico hasta la pretensión física de que gritar en la Plaza de Bolívar hay posibilidad de que te escuchen en el Palacio de San Carlos y en el Palacio de Nariño, la pregunta es si el ruido se oye. Es acercarse a las puertas del poder y no es una particularidad colombiana; en Francia se busca llegar a veces a la Asamblea Nacional. Yo creo que las plazas también tienen un sentido y es finalmente de en dónde muestras la cantidad de la gente, porque concentras, y es el ruido y es el ritual. Uno debería convocar las marchas al Estadio. Ante la ausencia de plaza en París, el lugar era la Explanade.

1990, MOVILIZACIÓN POR EL ASESINATO DE CARLOS PIZARRO

ENTREVISTA GUSTAVO SALAZAR

5 de agosto de 2015

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización? ¿Qué presenció? ¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno?

Gustavo Salazar: Hubo dos momentos. Uno es el mismo día que asesinan a Pizarro, hay una marcha básicamente estudiantil, liderada por la Universidad Nacional, sube... es curioso, nunca lo había pensado. La Universidad Nacional no toma generalmente toda la Séptima, una parte por la calle 19 y otra por la calle 13. Es decir, hay un pedazo de la gente que arrancamos por la 26 sin organización, caminando. Cada vez que había un homicidio los comerciantes bajaban cortinas, “aquí viene pelotera”. Estoy casi seguro, me puedo equivocar, que ellos suben por la 26, toman la Décima y solo suben a la Séptima por la 19. Es como, no sé, como si hubiera varios grados en la apropiación de la Séptima. Yo diría que el inescindible es la Plaza de Bolívar a la 19, después de la 19 a la Plaza de Toros, y luego hasta el Parque Nacional. Eso es el día que lo matan, la Policía parquea las tanquetas, se va sumando gente de otras universidades. Había reporteros extranjeros, sobre todo. El año 90 era muy tenso. Los reporteros de primera línea eran extranjeros.

MT: ¿Algún medio en particular?

GS: No, tenían chalecos. Había una profunda animadversión a la consignación de la información por parte del *Tiempo* o *El Espectador*. Los únicos que llevaban peto eran los extranjeros. Yo no recuerdo haber visto a ningún medio conocido, los escritos, que eran los más importantes en ese momento. Los únicos que llevaban distintivos eran los extranjeros, de pronto había *freelance*. Esa imagen sí la tengo muy clara. El cordón de Policía entre la Iglesia San Francisco y el Banco de la República, los estudiantes decidiendo qué hacían y los periodistas extranjeros ahí. La Policía se pone agresiva, con insultos, en un momento se propone bajar a la Octava y ahí se arma el despelote. Fue un barrido policial. Me salvé por un pelo porque iban cerrando calles completas. Al otro día Pizarro es llevado al Congreso y se hace la visita. La Séptima se bloquea a la altura del Florero o una cuadra antes. A partir de ahí se permite el ingreso para ver el cadáver. La Séptima se cierra todo, el paso de peatones solo se deja por el cordón policial. Yo me había cruzado a Pizarro cinco semanas antes en el puesto de votación de Corferias. Tuve una sensación muy rara, como dicen las señoras, como si hubiera saludado un muerto. Eso lo digo hoy, ex post. El caso de Pizarro la marcha dura muchísimas horas por la Séptima, no hay casi concentración en la Plaza de Bolívar, porque no se podía.

MT: En retrospectiva, ¿cómo narraron los medios?

GS: De lo de Pardo Leal a lo de Pizarro es muy diferente. Con Pizarro hubo un tratamiento más benigno porque él había suscrito un acuerdo de paz.

MT: En efecto *El Tiempo* puso listones negros en todas las páginas...

GS: Hay que entender que Enrique Santos en un momento fue de izquierda, pero él participó en los primeros acercamientos en La Uribe, él conoce a Pizarro. En un momento las negociaciones se hacen con la coordinadora nacional guerrillera y dentro de las comandancias está Pizarro. Enrique Santos participa en el proceso de Belisario Betancur y Pizarro firma el armisticio y ahí estaba Enrique Santos. No me extraña. Es más, no recuerdo ningún acto contra *El Tiempo*, porque era uno de los rituales.

MT: ¿Y *El Espectador*?

GS: No recuerdo nada. *El Espectador* siempre se ha visto como más liberal, como liberal menos burgués, *El Tiempo* con los Santos es más de familia. Los Cano eran periodistas pero no empresarios, podría decirse. Son dos lecturas diferentes. Cano había sido asesinado, la bomba de

El Espectador, el costo que había pagado era altísimo. Con esa bomba hubo mucha solidaridad, que era el periódico de mayor circulación.

MT: ¿Y de medios de izquierda? ¿Además del *Semanario Voz*?

GS: Pero es que ¿quién leía *Voz* en ese momento? Mmm... *La Prensa*, el periódico de Juan Carlos Pastrana era muy importante en ese momento, de hecho las portadas que yo recuerdo son de ese periódico sobre Pizarro, de hecho creo que hizo edición especial por el asesinato de Pizarro. Para ese momento uno lee *La Prensa* y *Semana*.

2008, MARCHA UN MILLÓN DE VOCES CONTRA LAS FARC

ENTREVISTA MIGUEL ANDRÉS FIERRO

14 de octubre de 2015

Miguel Andrés Fierro es un filósofo y abogado de 33 años con maestría en Estudios Latinoamericanos, activista de Derechos Humanos, excandidato a la Cámara de Representantes por el Centro Democrático y actual locutor del programa Realidades de Radio Red.

Mariana Toro: ¿Cómo recuerda la movilización que presencié y cuáles fueron las causas?

Miguel Andrés Fierro: Comencemos por las causas. Finalizando 2007, estaba latente una coyuntura muy fuerte en Colombia, el tema del intercambio humanitario, la mediación que el gobierno le retiró a Chávez y a Piedad Córdoba. El ambiente era de confrontación entre los dos gobiernos, Bogotá y Caracas, por lo cual las FARC manifestaron que el apoyo de Hugo Chávez llevó a que hicieran unas liberaciones unilaterales de Consuelo González de Perdomo, Clara Rojas y su hijo Emmanuel. Ese era el ofrecimiento de las Farc, aunque no se haya podido consolidar el acuerdo humanitario. Se generó el desplazamiento y la logística para esperar la hora cero de cuando las Farc entregaran las coordenadas para el corredor humanitario. Había muchos retrasos y las Farc manifestaron que estaban demoradas las liberaciones, toda vez que el ejército no había cumplido con el corredor, lo cual ponía en riesgo la vida de los rehenes, según decían las Farc. Se generó una presión importante sobre el gobierno y las fuerzas armadas por eso. El 30 de diciembre una información de inteligencia llegó a manos de Uribe diciendo que las Farc no habían entregado las coordenadas porque no tenían a Emmanuel, que estaba

supuestamente en manos de Bienestar Familiar. Eso conmocionó al país. Chávez adoptando la tesis de las Farc decía que eso era mentira, etc. El gobierno dijo que le iba a hacer pruebas de ADN mitocondrial al niño y a la madre de Clara Rojas, suspendiendo el operativo. El 4 de enero de 2008 el Fiscal Mario Iguarán en rueda de prensa manifiesta que hay una coincidencia absoluta del ADN y era irrefutable que el niño llamado Juan David no fuera Emmanuel. Esto fue un hecho político que indignó a todo el mundo. Las Farc le quedaron muy mal a la comisión internacional para el corredor humanitario.

Facebook hasta ese momento era una red social para encontrar viejos amigos, para activismo con grupos de intercambio de opinión, que solo estaba disponible en inglés. La gente opinaba pero no llevaba a acción concreta, los grupos más importantes en ese momento eran “yo odio a Laura Acuña”, “yo odio a Jota Mario”, “siempre pido la misma mierda en Crepes and Waffles”. Había grupos de rechazo a las Farc que se movían y que tenían seguidores.

MT: ¿Y ustedes cómo se unieron para crear el grupo de Un millón de voces contra las Farc?

MAF: El 4 de enero de 2008 se creó el grupo con un mensaje bastante claro, por el ingeniero Oscar Morales en Barranquilla y posteriormente muchas personas nos unimos. El florero de Llorente, el punto de fuga, el objeto de esa marcha fue Emmanuel. El grupo comenzó a crecer con el efecto bola de nieve, dominó. Facebook se convirtió en un laboratorio de opinión, alguien en algún momento dijo que se hiciera una protesta virtual contra las Farc. Pero alguien dijo no, hagámosla real. En ese momento hacer una marcha contra las Farc era totalmente impensable, era mandar a fabricar su propia lápida. Ninguno de los del grupo tenía precedentes en organización de una marcha, pero como estaba regado en muchas partes, eso permitió que hubiera ímpetu y liderazgo de las personas que vivían en diferentes ciudades para averiguar los permisos de las alcaldías para la movilización. Pasó algo muy interesante y es que los medios de comunicación llegaron donde estaba la noticia. Sino que fue tan evidente que no tocó llamar a los medios para que nos escucharan, ellos llegaron donde estaba la noticia y así se empezó a dar a conocer, para hacerlo en simultáneo. Hasta ese momento, la marcha que más había convocado personas en el mundo fue en el 2003 contra la guerra en Irak como con 4 millones de personas. Luego de la marcha del 4 de febrero fue que a nivel mundial marcharon más de 14 millones de personas en todo el mundo, en 40 países, más de 190 ciudades del mundo. El tema llegó a estar en boca de muchas personas, y fue muy importante el acompañamiento de medios, comenzaron a hacer propio el mensaje, con campaña de expectativa...

MT: ¿Cuáles medios?

MAF: Todos, todos.

MT: ¿Y los de izquierda?

MAF: También. El Polo quería poner un abstracto sin el nombre de las Farc pero eso no se dejó.

MT: Ahora en retrospectiva, ¿piensa que la prensa cubrió bien la movilización? ¿Se narraron bien los hechos?

MAF: Sí. Por supuesto. Basta con ver las portadas de todos los periódicos del 5 de febrero de todo el mundo, en España, México, Argentina. Esto fue un efecto interesante. Fue tanta la motivación que tuvo esto que los concejales de Nueva York declararon día cívico. En Perú la recibió Alan García. Todas las portadas muestran la movilización, lo que fue en su propio país la marcha. En ese momento no hay precedentes en el mundo, numéricos, los editoriales de talla mundial reconocían que fue un ejercicio importante de acción política y movimiento social. Y siempre mencionan ese experimento. En Facebook se aceleraron muchas cosas, al otro día ya estaba Facebook en español y nos invitaron a Palo Alto para ver cómo se dio esa convocatoria. En la historia de Facebook está siempre Colombia ligado por esa movilización. Se creó Facebook for goods, para mostrar que no solo era fotos. En uno de los computadores que incautaron de las Farc, se encontró que Tirofijo dijo que la marcha contra la muerte de los diputados en Cali había sido la mayor derrota política en la historia de la movilización. Hubiera sido bueno ver qué pensaron después de la del 4 de febrero. Luego hubo otra marcha el 20 de julio de 2008, motivada por la del 4 de febrero que le había dolido mucho a las Farc según decían los secuestrados liberados, muy importante, con artistas, convocar movilizaciones por la Séptima y juntar con los puntos de los conciertos. Se demostró que sí se le podía exigir a la guerrilla la liberación de secuestrados sin intercambio humanitario. Nos pusimos todos la bandera.

MT: ¿Y cómo se utilizó la Carrera Séptima? Sabiendo que había otras vías de movilización, ¿cómo se apropiaron las personas del espacio de la Séptima?

MAF: En el Oriente de Bogotá, la Séptima es la primera vía, no la única, que atraviesa toda la ciudad de Norte a Sur, hay una ruptura cuando se convierte en Carrera Décima. El propósito de la marcha, cuando se estaba madurando, una de las ideas basales era que la marcha iba a ser tan apoteósica, que la idea era que donde viera la marcha se subiera. Llegó después la negociación

con la Alcaldía, la logística, entonces dijeron que para efectos de atención, era mejor cartografiar la marcha, por si cualquier emergencia, para que las autoridades estén alertas. Entonces decidimos organizar la marcha. Obviamente hay antecedentes históricos, y también las movilizaciones del No Más posteriores a la muerte de Carlos Pizarro, Jaime Pardo Leal, también hay que recordar otros hechos importantes como la marcha después de la toma del Palacio de Justicia, la movilización con carro de bomberos y demás, hechos políticos bastante importantes.

MT: Entonces la Séptima por motivos históricos...

MAF: Sí, por supuesto. Además por otra razón histórica: el centro del poder de Colombia está en la Plaza de Bolívar. Las altas Cortes en el Palacio de Justicia, el Capitolio Nacional, y está contiguamente el Palacio de gobierno así como las autoridades de la Alcaldía de Bogotá, la Iglesia católica que tiene una tradición histórica que participa en los temas de paz. Ahí generalmente han sido las posesiones presidenciales. Siempre la Plaza de Bolívar es el escenario propiamente a llamar. Hay una única arteria que comunica desde el Norte de la ciudad a la Plaza de Bolívar y es efectivamente la Carrera Séptima. Pero algo que ocurrió en esa movilización, que no había ocurrido en ninguna de las anteriores es el punto de encuentro. Eso es importante el registro fotográfico y audiovisual. Por lo general las marchas comenzaban desde el Parque Nacional, pero no había precedentes de marchas... Es que ni se pudo marchar por la cantidad de gente. La Alcaldía dice que marcharon más o menos 2 millones de personas en Bogotá. Nosotros creemos que la cifra es un poquito más alta, aunque es incuantificable por los ríos de gente que había ese día. Es que ni se puede decir que fue una marcha, sino una movilización porque no fue posible marchar por la cantidad de gente. Los puntos de encuentro eran Unicentro, la 72 con 7ma... De hecho, la foto más hermosa de Bogotá es precisamente de la Carrera Séptima con calle 72: ver el Norte, el Sur, el Oriente, el Occidente, donde no le cabe ni una aguja. Eso es muy importante. El éxito no permitió llegar a la Séptima con calle 11 y 10 precisamente por eso. Las marchas que empezaron desde las 10 de la mañana llegaron a la Plaza de Bolívar.

MT: ¿O sea que la idea era desfilar? Porque generalmente la idea es concentrarse en la Plaza de Bolívar...

MAF: La idea era protestar.

MT: Sí, de mostrar ese movimiento...

MAF: Por supuesto. Las Farc como organización se han denominado con Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- Ejército del Pueblo. Ese día se mostró que la E y la P no eran ciertas, no eran el ejército del pueblo. Luego el 6 de marzo se hizo una marcha contra los paramilitares, pero también estaban en parte contra el Ejército. Como en ambiente de revanchismo. Entonces, la Carrera Séptima es algo emblemático por lo que deriva hacia el poder. Cuando haces una protesta estás protestando contra algún establecimiento, aunque aquí no era contra el gobierno, pero era el centro del poder y la Carrera Séptima es muy emblemática. Ese día fuimos víctimas del éxito. Había un río de gente impresionante desde la 127 hasta la Plaza de Bolívar.

MT: ¿Hubo un impacto político por el hecho de utilizar la Séptima como escenario de movilización porque si era tan grande se podía usar otra vía...?

MAF: Por supuesto, el objetivo era llegar a la Plaza de Bolívar. La Carrera Séptima es el escenario para la movilización en Colombia. Cualquier marcha que quiera ser medianamente exitosa, que tenga ese propósito, esa aspiración, tiene que ser por la Carrera Séptima por el tema de la concentración del centro del poder de Colombia, donde se congregan las tres ramas del poder público. Aunque como no se podía meter a todo el mundo en la Plaza de Bolívar, hubo varios puntos en Bogotá. Pero para mostrarse en el centro del poder, la Carrera Séptima tiene que ser un escenario obligatorio, porque si se hiciera por la Décima, por cuestiones de georreferenciación tendría que cruzarse, se rompería, pero la Séptima es obligatoria así no sea desde el Parque Nacional, desde la 72 o desde la 127 como lo hicimos. Aunque es dependiendo del actor.